

Fray Tomás de Celano

Vida Segunda de San Francisco

(Compuesta en 1253)



Por gentileza de www.fratefrancesco.org

PRÓLOGO	3
PARTE PRIMERA	4
SU CONVERSIÓN	4
SANTA MARÍA DE LA PORCIÚNCULA	10
TENOR DE VIDA DE SAN FRANCISCO Y DE LOS HERMANOS	11
PARTE SEGUNDA.....	14
ESPÍRITU DE PROFECÍA QUE TUVO SAN FRANCISCO	14
LA POBREZA.....	26
LA POBREZA DE LOS EDIFICIOS	26
LA POBREZA DE LOS ENSERES	27
LA POBREZA EN LOS LECHOS	28
ALGUNOS CASOS CONTRA EL DINERO.....	29
LA POBREZA EN LOS VESTIDOS	31
LA MENDICACIÓN.....	32
LOS QUE RENUNCIAN AL MUNDO.....	35
UNA VISIÓN QUE SE REFIERE A LA POBREZA.....	36
COMPASIÓN DE SAN FRANCISCO PARA CON OTROS POBRES.....	36
EL AMOR DE SAN FRANCISCO A LA ORACIÓN	40
INTELIGENCIA DE LAS ESCRITURAS QUE TENÍA, Y EFICACIA DE SUS PALABRAS	43
CONTRA LA FAMILIARIDAD CON LAS MUJERES.....	48
LAS TENTACIONES QUE PADECIÓ.....	49
CÓMO LO AZOTARON LOS DEMONIOS.....	50
LA VERDADERA ALEGRÍA ESPIRITUAL.....	52
SU CUIDADO EN OCULTAR LAS LLAGAS.....	56
LA HUMILDAD	58
LOS QUE DAN EJEMPLO BUENO O MALO	63
CONTRA EL OCIO Y LOS OCIOSOS	65
LOS MINISTROS DE LA PALABRA DE DIOS	66
LA CONTEMPLACIÓN DEL CREADOR EN LAS CREATURAS	67
LA DETRACCIÓN	73
DESCRIPCIÓN DEL MINISTRO GENERAL Y DE OTROS MINISTROS	74
LA SANTA SIMPLICIDAD	76
LAS DEVOCIONES ESPECIALES DEL SANTO	79
LAS DAMAS POBRES	82
RECOMENDACIÓN DE LA REGLA A LOS HERMANOS	83
LAS ENFERMEDADES DE SAN FRANCISCO	84
TRÁNSITO DEL PADRE SANTO	86
NOTAS.....	91

PRÓLOGO

En el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Al ministro general de la Orden de los Hermanos Menores

1. A la santa asamblea del capítulo general ya celebrado y a ti, reverendísimo padre (1), ha parecido bien encomendar, no sin disposición divina, a nuestra pequeñez que, para consuelo de los contemporáneos y recuerdo de los venideros, escribamos los hechos y también los dichos de nuestro glorioso padre Francisco; nosotros precisamente que, por la larga experiencia de asiduo trato y familiaridad con él, le hemos conocido más que los demás (2).

Acudimos, pues, con prontitud pía a obedecer los santos mandatos, que en modo alguno es permitido desoír; pero como la reflexión tira más fácil a mirar lo endeble de nuestras fuerzas, nos sacude el justo temor de que a asunto tan digno, por no haberlo tratado como merece, se le pegue algo nuestro que vaya a desagradar a los demás. Tememos mucho, queremos decir, que esta materia, digna de llevar en sí todo sabor de suavidad, se vuelva desabrida por incapacidad de quienes la tratan y que el mero hecho de haberlo intentado se atribuya más a presunción que a obediencia.

Porque si a este trabajo, fruto de muchos desvelos, sólo le esperase el juicio de tu benevolencia, venerable padre, que no creyese oportuno publicarlo, recibiríamos muy contentos igual la enseñanza de la corrección que el gozo de la aprobación. Desde luego, tan gran diversidad de dichos y de hechos, ¿quién puede pesarla en balanza de tanta precisión, de modo que la exposición de cada uno de ellos consiga de todos los oyentes un mismo y único juicio de aceptación?

Mas porque busquemos con sencillez el provecho de todos y de cada uno, exhortamos a los lectores a interpretar con benevolencia y a aceptar o llevar a bien la sencillez de los narradores, de manera que no venga a menos la reverencia que merece el personaje de quien se habla. Nuestra memoria, de hombres rudos al fin, más débil con el correr del tiempo, no puede abarcar cuantos dichos precisos del mismo circulan y los relatos que encomian sus hechos, ya que ni la agilidad de una mente avezada se valdría para grabarlos del todo aunque se los pusieran delante. Excuse, pues, todos los fallos de nuestra incompetencia la autoridad de quien así lo ha dispuesto reiteradamente.

2. Este opúsculo contiene, en primer lugar, algunos hechos maravillosos de la conversión de San Francisco, que, por no haber llegado de ninguna manera a noticia del autor, quedaron, por tanto, fuera de las leyendas que había escrito ya. A continuación intentamos decir y declarar con esmero cuál fuera la voluntad buena, grata y perfecta del santísimo Padre para consigo y para con los suyos en toda práctica de doctrina del cielo y en la tendencia a la más alta perfección, que mantuvo siempre en sus relaciones santamente amorosas con Dios y ejemplares con los hombres. Se intercalan algunos milagros que hacen al caso. Describimos, en fin, llanamente, sin alardes de estilo, cuanto se nos ofrece, queriendo, en lo posible, aficionar a los despreocupados y complacer a los entusiasmados.

Te pedimos, padre bondadosísimo, que te dignes consagrar con tu bendición los presentes, nada despreciables, que se recogen en este trabajo, y que hemos recopilado con no poco esfuerzo, corrigiendo los yerros y eliminando lo superfluo, para que cuanto tu autorizado criterio abone por bien dicho crezca en todas partes en consonancia con tu nombre de Crescencio, y se multiplique en Cristo. Amén.

PARTE PRIMERA

*Comienza el memorial según los deseos de mi alma (3)
o reseña de los hechos y dichos de nuestro santísimo padre Francisco*

SU CONVERSIÓN

Capítulo I

Cómo primero se llamó Juan y después Francisco. Lo que la madre profetizó de él y lo que predijo él de sí mismo y la paciencia que tuvo en la prisión

3. Francisco, siervo y amigo del Altísimo, a quien la Providencia divina impuso este nombre (4) para que, por lo singular y desacostumbrado de él, la fama de su ministerio se diese a conocer más pronto en el mundo entero, fue llamado Juan por su madre cuando, renaciendo del agua y del Espíritu Santo, de hijo de ira pasó a ser hijo de gracia.

Esta mujer, amiga de toda honestidad, mostraba en las costumbres una virtud distinguida, como quien gozaba del privilegio de cierta semejanza con Santa Isabel así en la imposición del nombre al hijo como en el espíritu de profecía. Porque a los vecinos, que admiraban la grandeza de alma y limpieza de costumbres de Francisco, les respondía así, como inspirada por Dios: «¿Qué vendrá a ser este hijo mío? Veréis que por sus méritos llegará a ser hijo de Dios».

De hecho era ésta la opinión de algunos que veían complacidos que Francisco, ya algo mayor, se distinguía por aspiraciones muy buenas. Rechazaba en toda ocasión cuanto pudiera parecer injuria a alguno; y viéndole adolescente de modales finos, a todos parecía que no pertenecía al linaje de los que eran conocidos como padres suyos. Como el nombre de Juan dice referencia a la obra del ministerio que recibió, así el nombre de Francisco la dice a la difusión de su fama, la cual, después de haberse convertido él plenamente a Dios, se esparció pronto por todas partes.

Por eso, entre las fiestas de los santos, tenía como la más solemne la de San Juan Bautista; la dignidad de este nombre le imprimió un sello de virtud misteriosa. *Entre los nacidos de mujer, no ha aparecido uno más grande que aquél* (Mt 11,11); entre los fundadores de religiones, no ha parecido uno más perfecto que éste. Observación, por cierto, merecedora de encomio.

4. Profetizó Juan encerrado en lo secreto del útero materno; Francisco, preso en la cárcel del siglo, desconocedor aún de los designios divinos, anunció lo por venir.

Cuando, en efecto, se desencadena no poco estrago, por el conflicto de la guerra, entre los ciudadanos de Perusa y de Asís (5), Francisco, con otros muchos, cae prisionero, y, encadenado como ellos, experimenta las miserias de la cárcel. Los compañeros de infortunio se sumen en la tristeza, lamentándose desdichados de la desgracia de su prisión; Francisco se alegra en el Señor; se ríe de las cadenas; las desprecia. Dolidos, reprueban aquéllos la conducta del que se muestra alegre entre cadenas; lo juzgan exaltado y loco. Francisco responde en son de profecía: «¿De qué creéis que me alegro? Hay aquí escondido un presentimiento: todavía seré venerado como santo en todo el mundo». Y de hecho ha sucedido así: se ha cumplido al pie de la letra lo que dijo entonces.

Había entre los compañeros de prisión un caballero soberbio e inaguantable. Mientras todos los demás se proponen hacerle el vacío, Francisco le sobrelleva siempre con paciencia. Aguanta al inaguantable, y gana a todos para reconciliarlos con el caballero. Capaz de toda gracia, vaso elegido de virtudes, rebosa ya de carismas.

Capítulo II

El caballero pobre a quien vistió y la visión que, viviendo aún en el siglo, tuvo sobre su propia vocación

5. Liberado poco después de la prisión (6), se vuelve más compasivo con los pobres. Decide, desde luego, no apartar los ojos del necesitado que al pedir invoque el amor de Dios.

Un día se encontró con un caballero pobre y casi desnudo. Movidio a compasión, le dio generosamente, por amor de Cristo, los ricos vestidos que traía puestos. ¿Qué menos hizo que aquel varón santísimo, Martín? Sólo que, iguales los dos en la intención y en la acción, fueron diferentes en el modo. Este dio los vestidos antes que los demás bienes; aquél, después de haber dado los demás bienes, dio al fin los vestidos. El uno como el otro vivieron en el mundo siendo pobres y pequeños y el uno como el otro entraron ricos en el cielo (7). Aquél, caballero, pero pobre, vistió a un pobre con la mitad de su vestido; éste, no caballero, pero sí rico, vistió a un caballero pobre con todos sus vestidos. El uno y el otro, luego de haber cumplido el mandato de Cristo, merecieron que Cristo los visitara en visión: el uno, para recibir la alabanza de lo que había hecho; el otro, para recibir amabilísima invitación a hacer lo que aún le quedaba.

6. Y así, poco después se le muestra en visión un suntuoso palacio, en el cual ve provisión abundante de armas y una bellísima esposa. Francisco es llamado por su nombre en sueños y alentado con la promesa de cuanto se le presenta. Con el objeto de participar en lances de armas, intenta marchar a la Pulla (cf. LM 1,3), y, preparados con exageración los arreos necesarios, se apresta a conseguir los honores de caballero. El espíritu carnal le sugería una interpretación carnal de la visión anterior, siendo así que en los tesoros de la sabiduría de Dios se escondía otra mucho más excelente.

Una noche, pues, mientras duerme, alguien le habla en visión por vez segunda y se interesa con detalle por saber a dónde intenta encaminarse. Y como él le contara su decisión y que se iba a la Pulla a hacer armas, insistió en preguntarle el de la visión: «¿Quién puede favorecer más, el siervo o el señor?» «El señor», respondió Francisco. Y el otro: «¿Por qué buscas entonces al siervo en lugar del señor?» Replica Francisco: «¿Qué quieres que haga, Señor?» Y el Señor a él: «Vuélvete a la tierra de tu nacimiento, porque yo haré que tu visión se cumpla espiritualmente».

Se vuelve sin tardanza, hecho ya ejemplo de obediencia, y, renunciando a la propia voluntad, de Saulo se convierte en Pablo. Es derribado éste en tierra, y los duros azotes engendran palabras acariciadoras; Francisco, empero, cambia las armas carnales en espirituales, y recibe, en vez de la gloria de ser caballero, una investidura divina.

A los muchos que se sorprendían de la alegría desacostumbrada de Francisco, respondía él diciendo que llegaría a ser un gran príncipe.

Capítulo III

Cómo un grupo de jóvenes lo nombró su señor para que les costeara el banquete, y el cambio obrado en él

7. Comienza a transformarse en varón perfecto (Ef 4,13) y a ser distinto de como era. De regreso ya en casa, le siguen los hijos de Babilonia y lo llevan, contra su gusto, a cosas contrarias a la orientación que había tomado. Un grupo de jóvenes de la ciudad de Asís, que en otro tiempo lo había tenido como abanderado de su vanidad, lo busca todavía para invitarlo a comidas de cuadrilla, en que siempre se sirve a la lascivia y a la chocarrería. Lo nombran jefe, por la mucha experiencia que tenían de su liberalidad, sabiendo, sin duda, que se iba a cargar con los gastos de todos. Se hacen obedientes por llenar el estómago, toleran la sujeción para poder saciarse. Él,

para no aparecer avaro, acepta el honor ofrecido, y entre sus reflexiones santas tiene en cuenta la cortesía. Hace preparar un gran banquete y repetir exquisitos manjares; saturados hasta el vómito, los jóvenes manchan las plazas de la ciudad con cantares de borrachos. Tras ellos va Francisco, llevando, como señor, un bastón en la mano. Pero el que interiormente se había hecho sordo por entero a todas estas cosas, va quedando poco a poco distanciado de ellos en el cuerpo, mientras canta al Señor en su corazón.

Como contó él mismo, fue tan grande la dulzura divina de que se vio invadido en aquella hora, que, incapaz de hablar, no acertaba tampoco a moverse del lugar en que estaba. Se enseñoreó de él una impresión espiritual que lo arrebatava a las cosas invisibles, por cuya influencia todas las de la tierra las tuvo como de ningún valor, más aún, del todo frívolas.

Estupenda dignación en verdad esta de Cristo, quien a los que ponen en práctica cosas pequeñas *hace merced de muy preciosas* y guarda y saca adelante a los suyos *en la inundación de copiosas aguas*. Cristo dio de comer pan y peces a las turbas (Lc 9,12) y no desdeñó en su mesa a los pecadores (Lc 7,36). Buscado por las gentes para proclamarlo rey, huyó y subió a un monte a orar (Jn 6,15). Son misterios de Dios que Francisco va descubriendo; y, sin saber cómo, es encaminado a la ciencia perfecta.

Capítulo IV

Cómo, vestido con los andrajos de un pobre, comió con los pobres ante la iglesia de San Pedro y la ofrenda que hizo en ésta

8. Pero ya se deja ver en él el primer amorador de los pobres, ya las santas primicias preludian la perfección que logrará. Así es que muchas veces, despojándose de sus vestidos, viste con ellos a los pobres, a quienes, si no todavía de hecho, sí de todo corazón intenta asemejarse.

Una vez en Roma, adonde había llegado como peregrino, se quitó, por amor a la pobreza, el rico traje que llevaba puesto y, cubierto con el de un pobre, se sentó gozoso entre los pobres en el atrio de la iglesia de San Pedro (que era lugar de afluencia de pobres), y, teniéndose por uno de ellos, con ellos comió de buena gana. Y mucho más a menudo hubiera hecho esto de no haberlo impedido la vergüenza de ser visto de los conocidos. Al acercarse al altar del príncipe de los apóstoles, sorprendido de las escasas aportaciones que dejaban allí los concurrentes, arroja dinero a manos llenas, indicando que merecía especial honor de todos el que había sido honrado por Dios sobre los demás.

Proporcionaba también con frecuencia ornamentos de iglesia a sacerdotes pobres, dando el honor debido a todos, hasta a los de grado más humilde. El que había de recibir la investidura de embajador apostólico y ser todo íntegro en la fe católica, estuvo desde el principio lleno de reverencia para con los ministros y los ministerios de Dios.

Capítulo V

Cómo, estando él en oración, el diablo le mostró una mujer, y la respuesta que le dio Dios y lo que hizo con los leprosos

9. Francisco lleva alma de religioso bajo el traje seglar, y, huyendo del público a lugares solitarios, es instruido muchísimas veces con visitas del Espíritu Santo. Lo abstrae y atrae aquella dulzura generosa que desde el principio experimentó penetrarle tan plenamente, que nunca más le faltó por toda la vida.

Cuando frecuenta lugares retirados, como más propicios a la oración, el diablo se esfuerza con sugerencias malignas en separarlo de allí. Le trae a la imaginación la figura de una mujer de Asís monstruosamente gibosa, que causaba horror a cuantos la veían. Lo amenaza con hacerlo semejante a ella si no desiste de sus propósitos. Pero, confortado por el Señor, experimenta el gozo de la respuesta de salvación y de gracia: «Francisco -le dice Dios en espíritu-, lo que has amado carnal y vanamente, cámbialo ya por lo espiritual, y, tomando lo amargo por dulce, despréciate a ti mismo, si quieres conocerme, porque sólo a ese cambio saborearás lo que te digo». Y de pronto es inducido a obedecer el mandato de Dios y guiado a probar la verdad de lo sucedido.

Si de algunos -entre todos los seres deformes e infortunados del mundo- se apartaba instintivamente con horror Francisco, era de los leprosos. Un día que paseaba a caballo por las cercanías de Asís le salió al paso uno. Y por más que le causara poca repugnancia y horror, para no faltar, como transgresor del mandato, a la palabra dada, saltando del caballo, corrió a besarlo. Y, al extenderle el leproso la mano en ademán de recibir algo, Francisco, besándosela, le dio dinero. Volvió a montar el caballo, miró luego a uno y otro lado, y, aunque era aquél un campo abierto sin estorbos a la vista, ya no vio al leproso.

Lleno de admiración y de gozo por lo acaecido, pocos días después trata de repetir la misma acción. Se va al lugar donde moran los leprosos, y, según va dando dinero a cada uno, le besan la mano y la boca. Así toma lo amargo por dulce y se prepara varonilmente para realizar lo que le espera.

Capítulo VI

La imagen del crucifijo que le habló y el honor en que la tuvo

10. Ya cambiado perfectamente en su corazón, a punto de cambiar también en su cuerpo, anda un día cerca de la iglesia de San Damián, que estaba casi derruida y abandonada de todos. Entra en ella, guiándole el Espíritu, a orar, se postra suplicante y devoto ante el crucifijo (8), y, visitado con toques no acostumbrados en el alma, se reconoce luego distinto de cuando había entrado. Y en este trance, la imagen de Cristo crucificado -cosa nunca oída-, desplegando los labios, habla desde el cuadro a Francisco. Llamándolo por su nombre: «Francisco -le dice-, vete, repara mi casa, que, como ves, se viene del todo al suelo». Presa de temblor, Francisco se pasma y como que pierde el sentido por lo que ha oído. Se apronta a obedecer, se reconcentra todo él en la orden recibida.

Pero... nos es mejor callar, pues experimentó tan inefable cambio, que ni él mismo ha acertado a describirlo. Desde entonces se le clava en el alma santa la compasión por el Crucificado, y, como puede creerse piadosamente, se le imprimen profundamente en el corazón, bien que no todavía en la carne, las venerandas llagas de la pasión.

11. ¡Cosa admirable e inaudita en nuestros tiempos! ¿Cómo no asombrarse ante esto? ¿Quién ha pensado algo semejante? ¿Quién duda de que Francisco, al volver a la ciudad, apareciera crucificado, si aun antes de haber abandonado del todo el mundo en lo exterior, Cristo le habla desde el leño de la cruz con milagro nuevo, nunca oído? Desde aquella hora desfalleció su alma al oír hablar al Amado (cf. Ct 5,4). Poco más tarde, el amor del corazón se puso de manifiesto en las llagas del cuerpo.

Por eso, no puede contener en adelante el llanto; gime lastimeramente la pasión de Cristo, que casi siempre tiene ante los ojos. Al recuerdo de las llagas de Cristo, llena de lamentos los caminos, no admite consuelo. Se encuentra con un amigo íntimo, que, al conocer la causa del dolor de Francisco, luego rompe a llorar también él amargamente.

Pero no descuida por olvido la santa imagen misma, ni deja, negligente, de cumplir el mandato recibido de ella. Da, desde luego, a cierto sacerdote una suma de dinero con que comprar lámpara y aceite para que ni por un instante falte a la imagen sagrada el honor merecido de la luz. Después, ni corto ni perezoso, se apresura a poner en práctica lo demás, trabajando incansable en reparar la iglesia. Pues, aunque el habla divina se había referido a la Iglesia que había adquirido Cristo con su sangre, Francisco, que había de pasar poco a poco de la carne al espíritu, no quiso verse de golpe encumbrado.

Capítulo VII

La persecución del padre y del hermano

12. Pero el padre según la carne persigue al que se entrega a obras de piedad, y, juzgando locura el servicio de Cristo, lo lacera donde quiera con maldiciones. Entonces, el siervo de Dios llama a un hombre plebeyo y simple por demás, y, tomándolo por padre, le ruega que, cuando el padre lo acose con maldiciones, él, por el contrario, lo bendiga. Evidentemente, lleva a la práctica el dicho del profeta y declara con hechos lo que dice éste de palabra: *Maldicen ellos, pero tú bendecirás* (Sal 108,28).

Por consejo del obispo de la ciudad, que era piadoso de veras, devuelve al padre el dinero que el hombre de Dios habría querido invertir en la obra de la iglesia mencionada, pues no era justo gastar en usos sagrados nada mal adquirido. Y, oyéndolo muchos de los que se habían reunido, dijo: «Desde ahora diré con libertad: *Padre nuestro, que estás en los cielos* (9), y no padre Pedro Bernardone, a quien no sólo devuelvo este dinero, sino que dejo también todos los vestidos. Y me iré desnudo al Señor». ¡Animo noble el de este hombre, a quien ya sólo Cristo basta! Se vio entonces que el varón de Dios llevaba puesto un cilicio bajo los vestidos, apreciando más la realidad de las virtudes que su apariencia.

Un hermano carnal, a imitación de su padre, lo molesta con palabras envenenadas. Una mañana de invierno en que ve a Francisco en oración, mal cubierto de viles vestidos, temblando de frío, el muy perverso dice a un vecino: «Di a Francisco que te venda un sueldo de sudor». Oyéndolo el hombre de Dios, regocijado en extremo, respondió sonriente: «Por cierto que lo venderé a muy buen precio a mi Señor». Nada más acertado, porque recibió no sólo cien veces más, sino también mil veces más en este mundo y heredó en el venidero, para sí y para muchos, la vida eterna.

Capítulo VIII

La vergüenza vencida y la profecía de las vírgenes pobres

13. Se esfuerza de aquí en adelante por convertir en austera su anterior condición delicada y por reducir a la bondad natural su cuerpo, hecho ya a la molice.

Andaba un día el hombre de Dios por Asís mendigando aceite para alimentar las lámparas de la iglesia de San Damián, que reparaba por entonces. Y como viese que un nutrido grupo de hombres se entretenía jugando a la puerta de la casa donde pensaba entrar, rojo de vergüenza, hace para atrás. Pero, vuelta luego su noble alma al cielo, se reprocha la cobardía y se juzga severamente. Vuelve en seguida sobre sus pasos, y, confesando ante todos con franqueza la causa de su vergüenza, como ebrio de espíritu, pide, expresándose en lengua francesa, la provisión de aceite, y la obtiene. En un transporte de fervor, alienta a todos a favorecer la obra de la iglesia, y en presencia de todos profetiza, hablando en francés con voz clara, que llegará a haber en ella un monasterio de santas vírgenes de Cristo. Y es que siempre que le penetraban los

ardores del Espíritu Santo, comunicaba, expresándose en francés, las ardientes palabras que le bullían dentro, conociendo de antemano que en aquella nación singularmente le habían de tributar honor y culto especial.

Capítulo IX

Los alimentos, mendigados de puerta en puerta

14. Desde que comenzó a servir al Señor de todos, quiso hacer también cosas asequibles a todos, huyendo en todo de la singularidad, que suele mancharse con toda clase de faltas.

Así, al tiempo en que se afanaba en la restauración de la iglesia que le había mandado Cristo, de tan delicado como era, iba tomando trazas de campesino por el aguante del trabajo. Por eso, el sacerdote encargado de la iglesia, que lo veía abatido por la demasiada fatiga, movido a compasión, comenzó a darle de comer cada día algo especial, aunque no exquisito, pues también él era pobre. Francisco, reflexionando sobre esta atención y estimando la piedad del sacerdote, se dijo a sí mismo: «Mira que no encontrarás donde quieras sacerdote como éste, que te dé siempre de comer así. No va bien este vivir con quien profesa pobreza; no te conviene acostumbrarte a esto; poco a poco volverás a lo que has despreciado, te abandonarás de nuevo a la molicie. ¡Ea!, levántate, perezoso, y mendiga condumio de puerta en puerta».

Y se va decidido a Asís, y pide cocido de puerta en puerta, y, cuando ve la escudilla llena de viandas de toda clase, se le revuelve de pronto el estómago; pero, acordándose de Dios y venciéndose a sí mismo, las come con gusto del alma. Todo lo hace suave el amor y todo lo dulce lo hace amargo.

Capítulo X

El desprendimiento de bienes del hermano Bernardo

15. Un hombre de Asís llamado Bernardo, que después fue un hijo perfecto, al decidir despreciar del todo el siglo a imitación del varón de Dios (cf. 1 Cel 24), pide consejo a éste. En la consulta se expresó en estos términos: «Padre, si alguien hubiera poseído por largo tiempo bienes de un señor y no quisiera retenerlos ya más, ¿cuál sería el partido más perfecto que tomaría acerca de ellos?»

El varón de Dios le respondió diciendo que el de devolverlos todos a su señor, de quien los había recibido. Y Bernardo: «Sé que cuanto tengo me lo ha dado Dios, y estoy ya dispuesto a devolverle todo, siguiendo tu consejo». «Si quieres probar con los hechos lo que dices -concluyó el Santo-, entremos mañana de madrugada en la iglesia y pidamos consejo a Cristo, con el evangelio en las manos» (cf. 1 Cel 92).

Entran, pues, en la iglesia con el amanecer, y, previa devota oración, abren el libro del evangelio, decididos a cumplir el primer consejo que encuentren. Ellos abren el libro; Cristo, su consejo: *Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres* (Mt 19,21). Hacen lo mismo por segunda vez, y dan con esto: *No toméis nada para el camino* (Lc 9,3). Lo repiten por tercera vez, y dan con esto otro: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo* (Lc 9,23). Ninguna vacilación: Bernardo cumple todo al pie de la letra, sin dejar pasar ni una *iota*.

Muy pronto son muchísimos los que se desprenden de los espinosos cuidados del mundo y vuelven, tomando a Francisco por guía, a la patria, al bien infinito. Sería largo decir cómo cada uno de ellos ha logrado el premio de la vocación divina.

Capítulo XI

La parábola que propuso ante el papa

16. Cuando Francisco se presentó con los suyos al papa Inocencio para pedir la aprobación de la regla de su vida (10), viendo el papa que el plan propuesto por Francisco sobrepasaba las fuerzas normales, le dijo, como hombre muy discreto: «Hijo, pide a Cristo que nos manifieste por ti su voluntad, para que conociéndola accedamos con mayor seguridad a tus piadosos deseos». Acata el Santo la orden del pastor supremo, recurre confiado a Cristo, ora con insistencia y exhorta a los compañeros a orar devotamente a Dios. Es más: obtiene respuesta en la oración, y transmite a los hijos un mensaje de salud. La conversación familiar de Cristo se da a conocer mediante parábolas:

«Francisco -le dice-, así hablarás al papa: Había en un desierto una mujer pobre, pero hermosa. Por su mucha hermosura llegó a amarla un rey; convino gustoso con ella, y tuvo de ella hijos preciosísimos. Algo mayores ya éstos y educados en nobleza, la madre les dice: "No os avergoncéis, queridos, de ser pobres, pues sois todos hijos de un gran rey. Idos en hora buena a su corte y pedidle cuanto necesitéis". Ellos, al oír esto, se admiran y alegran, y, animados con que se les ha dado fe de su linaje real, sabedores de que son futuros herederos, la pobreza misma la miran ya como riqueza. Se presentan confiados al rey, sin temer severidad en él, cuyos rasgos ostentan. El rey se reconoce retratado en ellos, y pregunta, sorprendido, de quién son hijos. Y como ellos aseguraran ser hijos de una mujer pobre que vive en el desierto, abrazándolos dice: "Sois mis hijos y mis herederos; no temáis. Si los extraños comen de mi mesa, más justo es que me esmere yo en alimentar a quienes está destinada con todo derecho mi herencia". Y el rey manda luego a la mujer que envíe a la corte, para que se alimenten en ella, todos los hijos tenidos de él».

El Santo se llena de alegría con la parábola y lleva luego al papa la respuesta divina (11).

17. Esta mujer representaba a Francisco, por la fecundidad en muchos hijos, no por lo que tienen de molición los hechos; el desierto es el mundo, inculto entonces y estéril en enseñanzas virtuosas; la descendencia hermosa y numerosa de hijos, el gran número de hermanos, hermozeado con toda suerte de virtudes; el rey, el Hijo de Dios, a quien, por la semejanza que les da la santa pobreza, reproducen configurados con él, y se alimentan de la mesa real, sin avergonzarse de su pobreza, pues, contentos de imitar a Cristo y viviendo de limosna, están seguros de que a través de los desprecios del mundo llegarán a ser bienaventurados.

El señor papa se admira de la parábola propuesta y ve claro que Cristo mismo le ha hablado en este hombre. Se acuerda de una visión tenida pocos días atrás, que -afirma, ilustrado por el Espíritu Santo- se cumplirá precisamente en este hombre. Había visto en el sueño que la basílica de Letrán estaba a punto de arruinarse y que un religioso pequeño y despreciable, arrimando la espalda, la sostenía para que no cayera. «Ciertamente -dijo- es este quien con obras y enseñanzas sostendrá la Iglesia de Cristo». Por eso, el señor papa accede con facilidad a la petición de Francisco; por eso, lleno de devoción divina, amó siempre con amor especial al siervo de Dios. Y le otorgó luego lo pedido, y, ofrecido a él, prometió que le otorgaría aún mucho más.

Desde esa hora, en virtud de la facultad que se le había concedido (12), Francisco empezó a esparcir la semilla de virtudes y a predicar con mayor fervor por ciudades y castillos.

SANTA MARÍA DE LA PORCIÚNCULA

Capítulo XII

El amor del Santo a este lugar, la vida de los hermanos en él y el amor de la Virgen Santísima a él

18. El siervo de Dios Francisco, pequeño de talla, humilde de alma, menor por profesión, estando en el siglo, escogió para sí y para los suyos una porcioncilla del mundo, ya que no pudo servir de otro modo a Cristo sin tener algo del mundo. Pues no sin presagio divino se había llamado de antiguo Porciúncula este lugar (13) que debía caberles en suerte a los que nada querían tener del mundo.

Es de saber que había en el lugar una iglesia levantada en honor de la Virgen Madre, que por su singular humildad mereció ser, después de su Hijo, cabeza de todos los santos. La Orden de los Menores tuvo su origen en ella, y en ella, creciendo el número, se alzó, como sobre cimiento estable, su noble edificio.

El Santo amó este lugar sobre todos los demás, y mandó que los hermanos tuviesen veneración especial por él (cf. 1 Cel 106), y quiso que se conservase siempre como espejo de la Religión en humildad y pobreza altísima, reservada a otros su propiedad, teniendo el Santo y los suyos el simple uso (14).

19. Se observaba en él la más estrecha disciplina en todo, tanto en el silencio y en el trabajo como en las demás prescripciones regulares. No se admitían en él sino hermanos especialmente escogidos, llamados de diversas partes, a quienes el Santo quería devotos de veras para con Dios y del todo perfectos. Estaba también absolutamente prohibida la entrada de seglares. No quería el Santo que los hermanos que moraban en él, y cuyo número era limitado, buscasen, por ansia de novedades, el trato con los seglares, no fuera que, abandonando la contemplación de las cosas del cielo, vinieran, por influencia de charlatanes, a aficionarse a las de aquí abajo. A nadie se le permitía decir palabras ociosas ni contar las que había oído. Y si alguna vez ocurría esto por culpa de algún hermano, aprendiendo en el castigo, bien se precavía en adelante para que no volviera a suceder lo mismo. Los moradores de aquel lugar estaban entregados sin cesar a las alabanzas divinas día y noche y llevaban vida de ángeles, que difundía en torno maravillosa fragancia.

Y con toda razón. Porque, según atestiguan antiguos moradores, el lugar se llamaba también Santa María de los Angeles. El dichoso Padre solía decir que por revelación de Dios sabía que la Virgen Santísima amaba con especial amor aquella iglesia entre todas las construidas en su honor a lo ancho del mundo, y por eso el Santo la amaba más que a todas.

Capítulo XIII

Cierta visión

20. Un hermano devoto de Dios había tenido, antes de convertirse, una visión, relativa a la misma iglesia, que es digna de ser contada. Veía alrededor de esta iglesia incontables hombres heridos de ceguera lastimosa, de rodillas, con la faz vuelta al cielo. Todos, con voz que movía a lágrimas, levantadas las manos al cielo, invocaban a Dios, pidiendo misericordia y luz. De pronto sobrevino del cielo un gran resplandor, que, difundiéndose sobre todos, comunicó luz y llevó la curación anhelada a cada uno.

TENOR DE VIDA DE SAN FRANCISCO Y DE LOS HERMANOS

Capítulo XIV

El rigor de la disciplina

21. El bizarro caballero de Cristo no tenía miramiento alguno con su cuerpo, al cual, como a extraño, le exponía a toda clase de injurias de palabra y de obra. Quien intentara enumerar sus sufrimientos sobrepasaría el relato del Apóstol, que cuenta los que padecieron los santos (15). Otro tanto habría que decir de toda aquella primera escuela de hermanos, que se sometía a toda clase de incomodidades, hasta el punto de considerar vicioso complacerse en algo que no fuera consuelo del espíritu. Y hubieran desfallecido muchas veces al rigor de los aros de hierro y cilicios con que se ceñían y vestían, de las prolongadas vigiliias y continuos ayunos con que se maceraban, de no haberse atenuado, por reiterados avisos del piadoso pastor, la dureza de tan gran mortificación.

Capítulo XV

La discreción de San Francisco

22. Una noche, mientras los demás descansan, una de sus ovejas rompe a gritar: «Hermanos, ¡que me muero, que me muero de hambre!» Se levanta luego el egregio pastor y corre a llevar el remedio conveniente a la oveja desfallecida. Manda preparar la mesa, y ésta bien provista de exquisiteces rústicas, en la que, como muchas otras veces, el agua suple la falta de vino. Comienza a comer él mismo, y, para que el pobre hermano no se avergüence, invita a los demás a hacer la misma obra de caridad. Después de comer en el temor del Señor, para que no falte nada a los servicios de caridad, propone a los hijos una parábola extensa acerca de la virtud de la discreción. Manda que siempre se ofrezca a Dios un sacrificio condimentado con sal (16) y les llama la atención para que cada uno sepa medir sus fuerzas en su entrega a Dios. Enseña que es el mismo pecado negar sin discreción al cuerpo lo que necesita y darle por gula lo superfluo. Y añade: «Sabed, carísimos, que, si he comido, lo he hecho por obligación (17) y no cediendo a mi deseo, ya que la caridad fraterna me lo ha dictado. Sea para vosotros ejemplo la caridad, no el hecho de comer, pues la caridad es pábulo del espíritu, y la comida lo es de la gula».

Capítulo XVI

La providencia que tomó para el porvenir, cómo encomienda la Religión a la Iglesia romana y una visión que tuvo

23. El Padre santo, que progresaba sin cesar en méritos y en virtud, viendo que sus hijos aumentaban en número y en gracia por todas partes y extendían sus ramos maravillosos por la abundancia de frutos hasta los confines de la tierra, se dio a pensar muchas veces con cuidado sobre el modo de conservar y de ayudar a crecer la nueva plantación teniéndola enlazada con lazo de unidad.

Observaba ya entonces que muchos se revolvían furiosos, como lobos, contra la pequeña grey, y que, envejecidos en la maldad, tomaban ocasión de hacer daño (cf. 1 Cel 74) por el solo hecho de su novedad. Preveía que entre los mismos hijos podrían ocurrir percances contrarios a la santa paz y a la unidad, y, como sucede muchas veces entre los elegidos, dudaba de si llegaría a haber algunos rebeldes, hinchados del sentimiento de su propia valía y dispuestos en su espíritu a discordias e inclinados a escándalos.

24. Y como el varón de Dios diese en su interior muchas vueltas a estas y parecidas preocupaciones, una noche mientras dormía tuvo la siguiente visión. Ve una gallina pequeña y negra, semejante a una paloma doméstica, con las piernas y las patas cubiertas de plumas. La gallina tenía incontables polluelos, que, rondando sin parar en torno a ella, no lograban todos cobijarse bajo las alas. Despierta el varón de Dios, repasa en su corazón lo meditado y se hace intérprete de su propia visión: «Esa gallina -se dice- soy yo, pequeño de estatura y de tez

negruzca, a quien por la inocencia de vida debe acompañar la simplicidad de la paloma, la cual, siendo tan extraña al mundo, vuela sin dificultad al cielo. Los polluelos son los hermanos, muchos ya en número y en gracia, a los que la sola fuerza de Francisco no puede defender de la turbación provocada por los hombres, ni poner a cubierto de las acusaciones de lenguas enemigas. Iré, pues, y los encomendaré a la santa Iglesia romana, para que con su poderoso cetro abata a los que les quieren mal y para que los hijos de Dios tengan en todas partes libertad plena para adelantar en el camino de la salvación eterna. Desde esa hora, los hijos experimentarán las dulces atenciones de la madre y se adherirán por siempre con especial devoción a sus huellas veneradas (18). Bajo su protección no se alterará la paz en la Orden ni hijo alguno de Belial (19) pasará impune por la viña del Señor. Ella que es santa emulará la gloria de nuestra pobreza y no consentirá que nieblas de soberbia desluzcan los honores de la humildad. Conservará en nosotros inviolables los lazos de la equidad y de la paz imponiendo severísimas penas a los disidentes. La santa observancia de la pureza evangélica florecerá sin cesar en presencia de ella y no consentirá que ni por un instante se desvirtúe el aroma de la vida».

Esto es lo que el santo de Dios únicamente buscó al decidir encomendarse a la Iglesia; aquí se advierte la previsión del varón de Dios, que se percató de la necesidad de esta institución para tiempos futuros.

Capítulo XVII

Cómo pidió que el obispo de Ostia hiciese las veces de papa

25. Al llegar el varón de Dios a Roma fue recibido con mucha devoción por el señor papa Honorio y por todos los cardenales. Y es que cuanto había difundido la fama brillaba en la vida, resonaba en el habla, y ante eso no podía faltar la devoción. Predica ante el papa y los cardenales con resolución y fervor, hablando de su plenitud cuanto el Espíritu le sugería. A su palabra se conmueven los montes (20), y, prorrumpiendo éstos en profundos suspiros que brotan desde sus mismas entrañas, lavan con lágrimas al hombre interior.

Después de predicar conversa familiarmente por algún tiempo con el papa y le hace esta petición: «Como sabéis, señor, los pobres y despreciados no pueden llegar fácilmente a tan alta majestad. Tenéis el mundo entero en vuestras manos y las enormes preocupaciones no os dejan tiempo para ocuparos de asuntos de menos monta. Por eso, señor -concreta Francisco-, acudo a las entrañas de vuestra santidad, para que nos concedáis, con veces de papa, al señor obispo de Ostia aquí presente, para que, sin mengua de vuestra dignidad, que está sobre todas las demás, los hermanos puedan recurrir en sus necesidades a él y beneficiarse con su amparo y dirección».

Agradó al papa esta santa petición, y, como había pedido el varón de Dios, confió luego la Orden al señor Hugolino, que era entonces obispo de Ostia. El santo cardenal toma a su cuidado la grey que se le confía, y, hecho padre solícito de la misma, fue hasta su dichosa muerte su pastor y director (21).

A esta sumisión especial se debe la prerrogativa de amor y la solicitud que la santa Iglesia romana nunca cesa de manifestar a la Orden de los Menores.

PARTE SEGUNDA

Introducción

26. Dejar para recuerdo de los hijos constancia de las glorias de los padres que han precedido, indica honra de los padres, amor de los hijos. Quienes no llegaron a conocerles personalmente, al menos con sus hechos se sienten provocados al bien, se sienten promovidos a mejorar cuando los padres, distanciados por el tiempo, vuelven a recordar a sus hijos enseñanzas dignas de memoria.

Pero considero al bienaventurado Francisco como espejo santísimo de la santidad del Señor e imagen de su perfección. Quiero decir que todas sus palabras y acciones exhalan un aroma divino, y si dan con alguien que las considera atentamente y es discípulo humilde, muy pronto, imbuido de enseñanzas saludables, lo llevan a amar eso que es la más alta filosofía.

Después de haber adelantado ya, con sencillez y como de pasada, algunas cosas de San Francisco, creo que no estará de más añadir unas cuantas entre muchas, de modo que el Santo quede avalado, y nuestro amor decaído, estimulado.

ESPÍRITU DE PROFECÍA QUE TUVO SAN FRANCISCO

Capítulo I

27. Elevado, en cierto modo, sobre las realidades mundanas, el bienaventurado Padre había sometido con admirable eficacia las cosas de la tierra; y, teniendo puesta siempre la mirada de su entendimiento en la luz suprema, conocía por revelación no sólo lo que él había de hacer, sino que predecía muchos sucesos con espíritu de profecía, escudriñaba los secretos de los corazones, conocía las cosas lejanas, preveía y anunciaba de antemano el porvenir. Los ejemplos van a probar lo que decimos.

Capítulo II

Cómo descubre la impostura de un hermano tenido por santo

28. Había un hermano que, a juzgar por las apariencias, se distinguía por una vida de santidad excepcional; pero era él muy singular. Entregado a todas horas a la oración, guardaba un silencio tan riguroso, que tenía por costumbre confesarse no de palabra, sino con señas. Con las palabras de la Sagrada Escritura concebía un gran ardor, y, oyéndolas, se mostraba transido de extraña dulzura. Pero ¿a qué continuar? Todos lo tenían por tres veces santo.

Llegó un día al lugar el bienaventurado Padre, vio al hermano, escuchó al santo. Y como todos lo encomiaran y enaltecieran, observó el Padre: «Dejadme, hermanos, y no me ponderéis en él las tretas del diablo. Tened por cierto que es caso de tentación diabólica y un engaño insidioso. Para mí esto es claro, y prueba de ello es que no quiere confesarse». Muy duro se les hacía a los hermanos oír esto, sobre todo al vicario del Santo. Y objetan: «¿Cómo puede ser verdad que entre tantas señales de perfección entren en juego ficciones engañosas?» Responde el Padre:

«Amonestadle que se confiese una o dos veces a la semana; si no lo hace, veréis que es verdad lo que os he dicho».

Lo toma aparte el vicario y comienza por entretenerse familiarmente con él y le ordena después la confesión. El hermano la rechaza, y con el índice en los labios, moviendo la cabeza, da a entender por señas que en manera alguna se confesará. Callaron los hermanos, temiendo un escándalo del falso santo. Pocos días después abandona éste, por voluntad propia, la Religión, se vuelve al siglo, retorna a su vómito. Y, duplicada su maldad, quedó privado de la penitencia y de la vida.

Hay que evitar siempre la singularidad, que no es sino un precipicio atrayente. Lo han experimentado muchos tocados de singularidad, que suben hasta los cielos y bajan hasta los abismos. Atiende, en cambio, la eficacia de la confesión devota, que no sólo hace, sino que da a conocer al santo.

Capítulo III

Otro caso parecido contra la singularidad

29. Algo parecido ocurrió con otro hermano llamado Tomás de Espoleto. Todos lo tenían en buen concepto y emitían juicio seguro de su santidad. Mas la apostasía comprobó el juicio del santo Padre, que lo creía un perverso. No perseveró por mucho tiempo, como tampoco dura mucho la virtud que se disfraza con disimulo. Salió de la Religión, y, al morir fuera de ella, sólo entonces se dio cuenta de lo que había hecho.

Capítulo IV

Cómo predijo la derrota de los cristianos en Damietta

30. Cuando el ejército de los cristianos asediaba Damietta, estaba presente el santo de Dios con sus compañeros, que habían atravesado el mar con ansias de martirio (22).

Y como los nuestros se preparasen a la batalla para el día señalado, oyéndolo el Santo, se dolió en lo profundo. Y dijo al que le acompañaba: «Si el encuentro tiene lugar en ese día, me ha dado a entender el Señor que no se les resolverá en éxito a los cristianos. Pero, si descubro esto, me tomarán por fatuo; y, si me callo, la conciencia me lo reprochará. Dime: ¿qué te parece?» Respondió el compañero: «Padre, no se te dé nada ser juzgado por los hombres, que no es precisamente ahora cuando vas a empezar a ser tenido por fatuo. Descarga tu conciencia y teme, más bien, a Dios que a los hombres».

Corre luego el Santo y se enfrenta a los cristianos con consejos saludables, disuadiéndoles de la batalla, anunciándoles la derrota. Los cristianos hacen escarnio de la verdad: se endurecieron en su corazón y no quisieron tomar en consideración el aviso. Se van. Se entabla el combate. Se lucha. Muchos de los nuestros se ven acorralados por el enemigo. Durante el combate, el Santo, con el alma en vilo, hace que el compañero se levante a observar, y como ni a la primera ni a la segunda ha visto nada, le manda observar por tercera vez. Y ve ahí que todo el ejército cristiano se da a la fuga, reportando de la batalla la deshonra en vez del triunfo. Y fue tal el desastre de los nuestros, que quedaron muy reducidos, pues entre muertos y cautivos perdieron 6.000. Consumía, por tanto, al Santo la compasión que sentía de ellos, y no menos a ellos el arrepentimiento de lo que habían hecho. Y lloraba, sobre todo, por los españoles, al ver que su arrojo los había diezmado (23).

Conozcan esto los príncipes de toda la tierra y sepan que no es fácil guerrear contra Dios, es decir, contra la voluntad del Señor. La obstinación -que al apoyarse en las propias fuerzas desmerece la ayuda del cielo- suele tener un fin desastroso. De esperar del cielo la victoria, hay que entablar las batallas con espíritu de sumisión a Dios.

Capítulo V

De un hermano cuyos secretos de alma conoció

31. Al volver de ultramar en compañía del hermano Leonardo de Asís, el Santo, por la fatiga del camino y por su debilidad, tuvo que montar por algún tiempo sobre un asno. El compañero que le seguía, fatigado también él, y no poco, comenzó a decir para sí, víctima de la condición humana: «Los padres de él y los míos no se divertían juntos. Y ahora él va montado y yo voy a pie conduciendo el asno».

Iba pensando esto el hermano, cuando de pronto se desmontó el Santo y le dijo: «No, hermano, no está bien que yo vaya montado y tú a pie, pues en el siglo tú eras más noble y poderoso que yo». Quedó sorprendido el hermano, y, todo ruborizado, se reconoció descubierto por el Santo. Se le postró a los pies, y, bañado en lágrimas, confesó su pensamiento, ya patente, y pidió perdón.

Capítulo VI

El hermano sobre quien vino el diablo. Contra los que se apartan de la comunidad

32. Había otro hermano famoso ante los hombres, más famoso aún ante Dios por la gracia. El padre de toda envidia, envidioso de las virtudes de aquél, intenta abatir el árbol que tocaba en los cielos y arrebatarse de las manos la corona: ronda, sacude, descubre y ventea las tendencias del hermano, tanteando el modo de ponerle un tropiezo que sea eficaz. Y, so pretexto de mayor perfección, le sugiere el deseo de apartarse de los demás, para hacerle al fin caer más fácil arremetiendo contra él al estar solo, ya que, caído y solo, no tenga quien lo levante (Eclo 4,10). ¿Qué pasó? Se aparta de la Religión de los hermanos y se va como peregrino y huésped por el mundo. Hizo del hábito una túnica corta, llevaba la capucha descosida de la túnica, y andaba en esa forma por la tierra, despreciándose en todo.

Pero andando así, al faltarle luego los consuelos divinos, comenzó a fluctuar en medio de tentaciones borrascosas. Le inundaron las aguas hasta el fondo del alma, y, sufriendo la desolación del hombre interior y exterior, corre como pájaro que se precipita en la red. Al borde casi del abismo, estaba ya en peligro de caer en él, cuando la mirada providente del Padre, compadecido del miserable, le miró con bondad. Y él, sacando lección de la acometida, vuelto por fin en sí, se dijo: «Torna, miserable, a la Religión, que en ella está tu salvación». No aguarda más: se levanta luego y corre al regazo de la madre.

33. Y cuando llegó a Siena, al lugar de los hermanos, San Francisco estaba allí. Y ¡cosa extraña! No bien lo vio, huyó de él el Santo y se encerró precipitadamente en la celda. Turbados los hermanos, indagan la causa de la huida. Les responde el Santo: «¿Por qué os sorprendéis sin saber la causa de la huida? He corrido a refugiarme en la oración para librar a este equivocado. He visto en el hijo algo que con razón me ha disgustado; pero, gracias a Cristo, el engaño se ha desvanecido ya del todo». El hermano se arrodilló, y, cubierto de rubor, se confesó culpable. El Santo le dijo: «Perdónete el Señor, hermano. Pero en adelante ten cuidado de no separarte de tu Religión y de tus hermanos ni con pretexto de santidad». Y, desde entonces, el hermano se hizo

amigo de estar reunido y vivir en fraternidad, apreciando, sobre todo, los grupos en los que más brillaba la observancia regular.

¡Grandes son las obras del Señor en la congregación, en la asamblea de los santos! En ella los tentados resisten, los caídos se levantan, los tibios se animan, «el hierro con el hierro se aguza», y el hermano, al amparo del hermano, llega a tener la seguridad de una ciudad fuerte, y, aunque por la turbamulta del mundo no puedas ver a Jesús (cf. Lc 19,3), en nada te estorba, por cierto, la de los ángeles del cielo. Tan sólo esto: no huyas, y, fiel hasta la muerte, recibirás la corona de la vida.

34. Un caso muy parecido ocurrió poco después con otro hermano. No se sometía éste al vicario del Santo, sino que tenía por maestro propio otro hermano. Pero, advertido -mediante un intermediario- por el Santo, que estaba allí (24), se echó luego a los pies del vicario, y, abandonando al maestro de antes, se somete a la obediencia de aquel a quien el Santo le había señalado como prelado. En esto, el Santo suspiró profundamente y dijo al compañero que había hecho de mediador: «Hermano, he visto sobre los hombros del hermano desobediente al diablo, que le apretaba el cuello. Sometido a semejante caballero, despreciando el freno de la obediencia, seguía las bridas de sus sugerencias. Y -añadió- como rogara yo al Señor por él, al instante se alejó el demonio, abatido».

Tan grande era la penetración de este hombre, de ojos debilitados para ver las cosas corporales, perspicaces para las espirituales. Y ¿qué extraño, si se carga sobre sí un peso ignominioso quien no quiere llevar al Señor de la majestad? No hay término medio: o llevas la carga ligera (Mt 11,30), que, por mejor decir, te llevará a ti, o, colgada a tu cuello una muela de molino, la maldad te hunde a ti en un mar de plomo.

Capítulo VII

Cómo libró de lobos feroces y del granizo a la población de Greccio

35. El Santo moraba a gusto en Greccio, en el lugar de los hermanos, ya porque lo encontrara rico en pobreza, ya porque en una celdilla más apartada, adaptada en el saliente de una roca, se entregaba con más libertad a las ilustraciones del cielo. Éste es el lugar en que, hecho niño con el Niño, celebró, tiempo ha, la navidad del Niño de Belén (cf. 1 Cel 86).

Sucedía por entonces que la población era acometida de muchas desgracias: bandadas de lobos rapaces devoraban no sólo animales, sino también hombres, y el granizo asolaba cada año mieses y viñedos. Predicando un día San Francisco, les dijo: «En honor y alabanza del Dios todopoderoso, oíd la verdad que os anuncio: si cada uno de vosotros confiesa sus pecados y hace dignos frutos de penitencia, yo os doy palabra de que todas esas plagas se alejarán y de que, mirándoos con amor el Señor, os enriquecerá con bienes temporales. Pero -añadió- oíd también esto: os anuncio asimismo que, si, desagradecidos a los beneficios, volviereis al vómito (2 Pe 2,22), sobrevendrá de nuevo la plaga, se duplicará el castigo, y la ira de Dios se encenderá aún más sobre vosotros».

36. Y, de hecho, por los méritos y las oraciones del Padre santo, cesaron desde entonces los desastres, se retiró el peligro, y los lobos y el granizo no les causaron ningún daño. Y lo que es más asombroso: si alguna vez caía granizo en campos vecinos, al acercarse a los de Greccio, o cesaba o se desviaba.

Ya tranquilos, los habitantes de Greccio crecieron mucho en número y se enriquecieron en demasía de bienes temporales. Pero pasó lo que pasa con la prosperidad: que los rostros se abotargan de gordura y se ciegan con la grosura, o, por mejor decir, con la basura de los bienes temporales. Cayendo, en fin, en culpas más graves, se olvidaron de Dios, que los había salvado.

Mas no impunemente, porque la sanción de la justicia divina castiga menos la caída que la recaída. Se despierta, pues, la ira de Dios contra ellos, y a la vuelta de los males ahuyentados se unió ahora la espada de los hombres, y la mortandad ordenada por el cielo acabó con muchísimos; en una palabra, el castro entero quedó abrasado por las llamas vengadoras (25). Es bien justo que a quienes vuelven las espaldas a los beneficios caiga sobre ellos la destrucción.

Capítulo VIII

Cómo, predicando a los habitantes de Perusa, les predijo una sedición que habría entre ellos, y recomendación de la concordia

37. Pocos días después, una vez que bajó de la mencionada celda, el bienaventurado Padre dijo con voz de queja a los hermanos que estaban allí: «Mucho mal han hecho los perusinos a sus comarcanos y su corazón se ha ensoberbecido, para deshonor suya. Pero el castigo de Dios se avecina, ya tiene puesta su mano en la espada». A los pocos días se levanta movido por el fervor del espíritu y se encamina hacia la ciudad de Perusa. Los hermanos pudieron apreciar claramente que había tenido alguna visión en la celda.

En cuanto llega a Perusa, se pone a predicar al pueblo, reunido de antemano; mas como unos caballeros corrieran, como es costumbre, en torneos y juegos de a caballo con lances de armas e impidieran oír la palabra de Dios, el Santo, vuelto a ellos, dijo entre sollozos: «¡Perversidad deplorable la vuestra, hombres dignos de compasión, que no reparáis ni teméis el juicio de Dios! Pero oíd lo que el Señor os hace saber por mí, pobrecillo. El Señor os ha encumbrado -añadió- sobre cuantos viven en vuestro derredor, por lo que deberíais ser mejores con los comarcanos y más agradecidos con Dios. Pero, ingratos al favor, acometéis con mano armada a los comarcanos, los matáis y los asoláis. Os aseguro que no quedaréis sin escarmiento, porque Dios hará que vosotros, para castigo más violento, caigáis en la ruina por una guerra civil, de modo que, amotinados, os levantéis el uno contra el otro. La indignación de Dios enseñará a quienes la dignación no enseñó».

No muchos días después, desencadenada entre ellos la discordia, empuñan las armas contra el prójimo: los del pueblo arremeten contra los caballeros, y los caballeros, espada en mano, contra los del pueblo. Se lucha, en fin, con tal fiereza y tanta mortandad, que hasta los comarcanos, a quienes habían hecho tanto mal, se compadecían de ellos (26).

¡Sanción digna de alabanza! Pues se habían apartado del que es uno y sumo, era inevitable que no hubiese unión entre ellos. No hay lazo capaz de unir más estrechamente a los hombres de un pueblo como el amor filial a Dios, y la fe no fingida, sino sincera.

Capítulo IX

Una mujer a la que predijo la conversión de su marido

38. Por aquellos días, el varón de Dios marchaba a Celle di Cortona; enterada una mujer noble del castillo llamado Volusiano, corre a su encuentro; fatigada por la larga caminata, ella, que era blanda ya de por sí y delicada, llegó por fin a donde el Santo. El Padre santísimo, al notar el cansancio y la respiración entrecortada de la mujer, compadecido, le dijo: «¿Qué quieres, señora?» «Padre, que me bendigas». Y el Santo: «¿Eres casada o no?» «Padre -respondió ella-, tengo un marido cruel, y sufro con él, porque me estorba en el servicio de Jesucristo. Éste es mi dolor más grande: el de no poder llevar a la práctica, por impedírmelo el marido, la buena voluntad que Dios me ha inspirado. Por eso, te pido a ti, que eres santo, que ruegues por él, para que la misericordia divina le humille el corazón».

Admira el Santo la fortaleza viril de la mujer, la madurez de alma de la joven, y, movido a piedad, le dice: «Vete, hija bendita, y sábetelo que tu marido te dará muy pronto un consuelo. Dile, de parte de Dios y de la mía -añadió-, que ahora es el tiempo de salvación, y después el de la justicia».

Con la bendición del Santo, se vuelve la mujer, encuentra al marido, le comunica el mensaje. De repente, el Espíritu Santo descendió sobre él, y, cambiándolo de hombre viejo en nuevo, le hace hablar con toda mansedumbre en estos términos: «Señora, sirvamos al Señor y salvemos nuestras almas en nuestra casa» (27). Replicó la mujer: «Me parece que hay que poner la continencia por cimiento seguro del alma, y luego edificar sobre ella las demás virtudes». «Eso es -dijo él-; como a ti, también a mí me place». Y, llevando desde entonces, por muchos años, vida de célibes, murieron santamente en el mismo día, como holocausto de la mañana el uno y sacrificio de la tarde el otro.

¡Dichosa mujer, que ablandó así a su señor para la vida! Se cumple en ella aquello del Apóstol: *Se salva el marido infiel por la mujer fiel* (1 Cor 7,14). Pero diré con un adagio popular: mujeres como ésa pueden contarse hoy con los dedos de una mano.

Capítulo X

Cómo supo en espíritu que un hermano había escandalizado a otro hermano y predijo de él que dejaría la Religión

39. Hace algún tiempo vinieron de la Tierra de Labor (28) dos hermanos, el mayor de los cuales dio muchos escándalos al joven. Había sido, por decirlo así, tirano y no compañero. Pero el joven lo sufría todo por Dios en silencio admirable. Habiendo llegado a Asís y entrando el joven a donde estaba San Francisco (le era, por cierto, familiar al Santo), le preguntó el Santo entre otras cosas: «¿Cómo se ha portado contigo el compañero en este viaje?» «De verdad que muy bien (cf. LM 11,13), amadísimo Padre». Y el Santo: «¡Cuidado, hermano! No mientas so capa de humildad, porque sé cómo se ha portado contigo; pero espera un poco y verás».

Mucho se admiró el hermano de que el Santo hubiese conocido por el Espíritu cosas sucedidas tan lejos. No muchos días después, en efecto, el que había escandalizado a su hermano sale de la Religión, despreciándola.

Indudablemente, es señal de maldad y argumento evidente de poco seso no llevar una misma voluntad llevando un mismo camino con un buen compañero.

Capítulo XI

Cómo conoció que a un joven que vino a la Religión no le guiaba el espíritu de Dios

40. Por aquellos mismos días vino a Asís un muchacho noble de Luca que quería entrar en la Religión. Presentado a San Francisco, le pedía de rodillas y con lágrimas que le recibiera. Y, mirándolo detenidamente el varón de Dios, conoció al pronto, por inspiración del Espíritu, que no era buena la intención que animaba al muchacho. Y le dijo: «Desgraciado y carnal, ¿cómo crees poder engañar al Espíritu Santo y a mí? Tu llanto es carnal y tu corazón no está en Dios. Vete -intimó-, porque no gustas nada espiritualmente».

Apenas había dicho esto el Santo, avisan que los padres están a la puerta y buscan al hijo para llevarle consigo; y, saliendo luego éste, se volvió gustoso con ellos. Los hermanos quedan admirados del suceso, alabando al Señor en su santo.

Capítulo XII

Un clérigo curado por él, a quien, a causa de sus pecados, predijo males más graves

41. Cuando el santo Padre yacía enfermo en el palacio episcopal de Rieti, un canónigo de nombre Gedeón, sensual y mundano, guardaba cama, enfermo y aquejado de dolores en todo el cuerpo.

Haciéndose llevar a San Francisco, ruega con lágrimas que le haga sobre sí la señal de la cruz. Le replica el Santo: «¿Cómo quieres que te signe con la señal de la cruz, si has vivido satisfaciendo la concupiscencia de la carne, sin temor de los juicios de Dios? Te signo -añadió- en el nombre de Cristo; pero sábetete que si, curado ya, vuelves al vómito, vendrán sobre ti males aún más graves». E insistió: «Por el pecado de ingratitude acaecen a la postre daños peores que a los comienzos». Hecha la señal de la cruz, el que había estado tullido, se levantó luego sano, y, prorrumpiendo en alabanzas, dijo: «Estoy curado». Y los huesos de la cintura hicieron chasquidos, que oyeron muchos, como cuando se rompe la leña seca con las manos.

Pero después de una corta temporada, olvidado de Dios, el clérigo se dio otra vez a los desórdenes carnales. Habiendo cenado una tarde en casa de un canónigo y durmiendo en ella aquella noche, se derrumbó inesperadamente el techo sobre todos los de la casa. Escaparon los demás de la muerte; sólo el miserable pereció aplastado.

No hay que extrañar que, como dijo el Santo, las postrimerías fuesen para el canónigo peores que los comienzos, pues el perdón obtenido reclama agradecimiento y la recaída en la culpa ofende al doble.

Capítulo XIII

Un hermano tentado

42. Continuaba el Santo en el mismo lugar. Un hermano espiritual de la custodia de Mársica (29), atormentado por tentaciones pesadas, se dijo para sí: «Si pudiera tener, al menos, un pedacito de las uñas de San Francisco, estoy seguro de que se desvanecería toda esta tempestad de tentaciones y, con el favor del Señor, volvería la calma».

Con el debido permiso, se va al lugar, expone el asunto a un compañero del Padre santo. Le responde el hermano: «No creo que me sea posible conseguírtelas, pues, aunque se las cortamos de vez en cuando, manda que las arrojemos, prohibiéndonos su conservación». De pronto llaman a este hermano y le ordenan que se presente al Santo, que lo busca. «Hijo -le dice-, hazte con unas tijeras para cortarme las uñas». Se las presenta el hermano, que previamente las había tomado con esa intención; y, recogiendo los recortes, se los entrega al hermano que los había solicitado. Éste los recibe con devoción, con mayor devoción aún los conserva, y se ve luego libre de todo asalto.

Capítulo XIV

Un hombre que ofreció el paño según lo había pedido antes el Santo

43. Una vez, en el mismo lugar (30), el Padre de los pobres, que vestía una túnica vieja, dijo a uno de sus compañeros, a quien había nombrado su guardián (cf. Test 27-28): «Hermano, quisiera que, si puedes, me busques paño para una túnica». Oído esto, el hermano se pone a pensar cómo pueda lograr el paño tan necesario y tan humildemente pedido.

Al día siguiente muy de mañana, ya en la puerta para salir a la villa en busca del paño, se da de cara con un hombre que estaba sentado a la entrada en espera de hablar con el hermano; y le dijo: «Recíbeme, por amor de Dios, este paño que da para seis túnicas, y, reservándote una, distribuye las demás como quieras, para bien de mi alma». Lleno de alegría, vuelve el hermano a donde Francisco y le da la noticia de la oferta hecha por el cielo. El Padre le dice: «Recibe las túnicas, pues fue enviado para atender de esa manera a mi necesidad. Sean dadas gracias -añadió- a aquel que parece ocuparse de nosotros».

Capítulo XV

Cómo convidó a su médico a comer en ocasión en que los hermanos no tenían qué darle y cómo, de pronto, proveyó el Señor; y la providencia de Dios con los suyos

44. Mientras el bienaventurado varón moraba en un eremitorio cercano a Rieti, lo visitaba todos los días el médico para curarle los ojos. Un día dijo el Santo a los suyos: «Convidad al médico y dadle de comer muy bien». Le respondió el guardián: «Padre, confesamos con rubor: tan pobres como nos encontramos ahora, nos da vergüenza convidarlo».

El Santo le replicó: «¿Qué queréis, que os lo repita?» El médico, que estaba presente, observó: «Carísimos hermanos, para mí será un placer participar de vuestra pobreza».

Los hermanos se ponen en movimiento y colocan sobre la mesa cuanto hay en la despensa: un poco de pan, no mucho vino y, para más regalo, algunas legumbres que vienen de la cocina. Entretanto, *la mesa del Señor* se compadece de la mesa de los siervos: llaman a la puerta, se acude enseguida. Y he aquí que una mujer les obsequia con una cesta repleta de provisiones: una hogaza sabrosa, peces, ensaimadas de camarones y, para colmo, miel y racimos de uvas.

Ante esto, la mesa de los pobres se alegra, y, dejando para el día siguiente los alimentos de pobres, comen hoy los manjares exquisitos. Conmovido muy de veras, el médico exclamó: «Ni vosotros los hermanos, como debierais, ni nosotros los seglares comprendemos la santidad de este hombre». Ciertamente que hubieran podido hartarse comiendo, si el milagro no los hubiera llenado más que las viandas.

Es que la mirada del Padre no se despreocupa de los suyos, antes bien con mayor providencia mantiene a los que mendigan con mayor necesidad. Como quiera que Dios es más generoso en su liberalidad que el hombre, el pobre disfruta de una mesa más copiosamente abastecida que el tirano.

Cómo libró de una tentación al hermano Ricerio

44bis. Un hermano llamado Ricerio, noble de familia y de costumbres, esperaba tanto de los méritos del bienaventurado Francisco, que creía merecer, desde luego, la gracia de Dios el que tenía a favor la benevolencia del Santo, o la indignación de Dios el que carecía de ella. Y anhelaba de corazón alcanzar el favor de la confianza del Santo; pero temía mucho que éste descubriera en él cualquier asomo de defecto que le era imperceptible, y por eso se encontraba él más ajeno a su favor.

Sufriendo así esta aflicción continua y pesada, que no manifestaba a nadie, ocurrió un día que, turbado como solía estar el hermano, se acercó a la celda en que el bienaventurado Francisco hacía oración. El varón de Dios, que se dio cuenta a la par de su llegada y de su estado de ánimo, lo llamó afectuosamente y le dijo: «Hijo, en adelante no te turbe ningún temor, ninguna tentación, porque me eres muy amado y te distingo con especial aprecio entre los que me son más amados. Ven a mí con confianza cuando quieras, y libremente, cuando quieras, me dejas». Se admiró no poco el hermano y se alegró con las palabras del santo Padre; y en adelante, seguro del aprecio de éste, creció también, según había creído, en la gracia del Salvador (cf. 1 Cel 49-50).

Capítulo XVI

Dos hermanos a quienes, saliendo de la celda, bendijo, conocido por inspiración del espíritu el deseo que tenían

45. San Francisco acostumbraba pasar todo el día en la celda apartada, sin volverse a los hermanos más que cuando necesitaba tomar algún alimento; y no a las horas señaladas para la comida, porque más viva era en él el hambre de la contemplación, que lo reclamaba del todo para sí con mucha más frecuencia.

Un día llegaron de lejos al lugar de Greccio dos hermanos que vivían una vida grata a Dios. El único motivo del viaje era ver al Santo y recibir de él la bendición hacía tiempo deseada. Pero al llegar no lo encontraron, porque se había retirado de entre los hermanos a la celda, y se entristecieron notoriamente. Por otra parte, la incerteza de cuándo saldría suponía una larga espera. Se alejan, pues, ya, abatidos, echando la culpa del fracaso a habérselo merecido. Iban como a un tiro de piedra del lugar, acompañados de algunos que moraban con el bienaventurado Francisco y que trataban de consolarlos, cuando de pronto el Santo, que los sigue, llama y dice a uno de los compañeros: «Di a mis Hermanos que han venido aquí que me miren». Y, al volver ellos la cara hacia él, los signó con la señal de la cruz y los bendijo con muchísimo afecto. Con esto, ellos, doblemente contentos, porque habían logrado con ventaja su intento y un milagro, se volvieron alabando y bendiciendo al Señor.

Capítulo XVII

Cómo por su oración sacó agua de la roca y la dio a beber a un campesino

46. Una vez, el bienaventurado Francisco quiso ir a cierto eremitorio (31) para darse allí más libremente a la contemplación; sintiéndose bastante débil, obtuvo de un hombre pobre un asno para el viaje. Montaña arriba en días de verano, el campesino, fatigado por el camino escabroso y largo que hacía siguiendo al varón de Dios, se resiente y desfallece de sed antes de llegar al lugar. Comienza a gritar tras el Santo con vehemencia y pide que se le compadezca; asegura que se muere de sed si no se le reanima con el alivio de una bebida. El santo de Dios, compasivo siempre con los abatidos, saltó en seguida del asno e hincado de rodillas, alzando las manos al cielo, no cesó de orar hasta saberse escuchado. «Ven pronto -dijo después al campesino-, y encontrarás allí agua viva, que Cristo en su misericordia ha hecho brotar ahora de la piedra para que bebas tú».

¡Dignación estupenda de Dios, que se inclina tan fácil a sus siervos! Gracias a la oración del Santo, el campesino bebió del agua que había brotado de la piedra, apagó la sed en la roca durísima. Y aguas no las hubo allí antes, ni han sido descubiertas después, como se ha comprobado escrupulosamente. ¿Qué extraño que quien está lleno del Espíritu Santo reproduzca, a su vez, los prodigios obrados por todos los justos? Ni es para asombrarse si quien, por donación de gracia especial, es uno con Cristo, realiza prodigios semejantes a los de los otros santos.

Capítulo XVIII

Las avecillas que alimentó y cómo una de ellas pereció por voraz

47. Estaba un día el bienaventurado Francisco sentado a la mesa con los hermanos; aparecen dos avecillas, macho y hembra, que, solícitas por sus crías, a satisfacción de su deseo, recogen cada día de la mesa del Santo unas migajas. El Santo se alegra con las avecillas, las acaricia, como acostumbra, y cuida de darles de comer. Un buen día, la pareja presenta los pajarillos a los hermanos, como en señal de gratitud por haberlos alimentado, y, confiándoselos, desaparecen ya del lugar. Los pajarillos se hacen a los hermanos, y, posándose en sus manos, están en casa no como huéspedes, sino como quien habita junto a los hermanos. Huyen a la vista de los seglares; y se dan a conocer como quienes han sido criados tan sólo por los hermanos. Observa esto el Santo y queda asombrado, e invita a los hermanos a alegrarse: «Ved -dice- lo que han hecho nuestros hermanos petirrojos; ni que tuvieran inteligencia. Como que nos han dicho: "Mirad, hermanos, os dejamos nuestros hijuelos que se han alimentado de vuestras migas. Haced de ellos lo que queráis; nosotros nos vamos a otros lares"». Así, pues, los pajarillos se familiarizan del todo con los hermanos y comen junto con ellos.

Pero la voracidad viene a deshacer la unión cuando la altanería de uno mayor persigue a los más pequeños. Comiendo él por placer hasta hartarse, impide que los demás coman. «Mirad -dice el Padre- lo que hace ese glotón; pletórico él y harto, no puede ver que los hermanos que tienen hambre coman. Con muerte bien triste va a desaparecer». Al dicho del Santo sigue luego el castigo. El perturbador de los hermanos se posa, para beber, sobre una vasija, y, cayendo de improviso en el agua, perece ahogado; y ni gato ni bestia alguna osó tocar el ave que había incurrido en la maldición del Santo.

Horrenda tiene que ser la codicia en los hombres, cuando en las aves es castigada con tanto rigor. Y de temer también la condena de los santos, que atrae tan fácilmente el castigo.

Capítulo XIX

Cómo se cumplió al detalle cuanto predijo del hermano Bernardo

48. Otra vez habló así, en profecía, del hermano Bernardo, que fue el segundo en la Orden: «Os digo que para probar al hermano Bernardo han sido asignados demonios muy astutos y los más malos entre los malos; pero, por más que se empeñen incansables en hacer caer del cielo la estrella, el resultado, sin embargo, será muy otro. Cierto que será atribulado, aguijoneado, congojado, pero al fin triunfará de todo». Y añadió: «Al acercársele la muerte, calmada toda tempestad, ya vencida toda tentación, disfrutará de admirable serenidad y paz, y al término de la carrera de la vida volará felizmente a Cristo».

Y de hecho así fue: su muerte resplandeció en milagros, y tal como lo había predicho el varón de Dios, así sucedió al detalle; por lo que a su muerte dijeron los hermanos: «A la verdad, mientras vivía, no fue conocido este hermano». Pero dejamos a otros cantar las alabanzas del hermano Bernardo (32).

Capítulo XX

El hermano tentado que quería tener algún escrito de puño y letra del Santo

49. Sucedió al tiempo que vivía el Santo en el monte Alverna. Él permanecía retirado en la celda. Uno de los compañeros (33) deseaba con mucho afán tener por escrito, para que le confortase, alguna de las palabras del Señor, acompañada de una breve anotación manuscrita de San Francisco. Creía, en efecto, que con eso desaparecería, o se aliviaría por lo menos, una tentación molesta -no de la carne, sino del espíritu- que lo atormentaba. Aunque se consumía con este deseo, le daba pavor descubrirlo al Padre santísimo; pero a quien no se lo manifestó el hombre, se lo reveló el Espíritu.

Y así, un día llama el bienaventurado Francisco al hermano y le dice: «Tráeme papel y tinta, porque quiero escribir unas palabras del Señor y sus alabanzas que he meditado en mi corazón». En cuanto los tuvo a mano, escribió de su puño y letra las alabanzas de Dios y las palabras que quiso, y, por último, la bendición para el hermano, a quien dijo: «Toma para ti este pliego y consévalo cuidadosamente hasta el día de tu muerte». Al instante desaparece del todo la tentación; se guarda el pliego, que después ha hecho prodigios.

Capítulo XXI

El mismo hermano a quien, por satisfacerle, dio una túnica

50. Con el mismo hermano se manifestó otro caso maravilloso. Esto ocurrió mientras el Santo yacía enfermo en el palacio de Asís (34). El mencionado hermano pensó para sí: «Ya el Padre se avecina a la muerte; mi alma experimentaría grandísimo consuelo si, una vez que haya muerto, lograra tener yo la túnica de mi Padre». Como si el deseo del corazón hubiera sido una petición hecha de palabra, lo llama poco después el bienaventurado Francisco y le dice: «Te doy esta túnica; tómalas, que quede para ti; aunque yo la vista mientras vivo, sin embargo, que pase a ti después de mi muerte». El hermano, admirado de la profunda penetración del Padre, tomó al fin, consolado, la túnica, que más tarde, por santa devoción, fue llevada a Francia.

Capítulo XXII

El perejil que, a su mandato, se encontró de noche entre hierbas del campo

51. Hacia el fin de su enfermedad, una noche le apeteció comer perejil (35), y lo pidió humildemente. Llamado el cocinero para que se lo trajera, advirtió que a aquella hora no acertaría a encontrarlo en el huerto. «He cogido perejil -dijo- todos estos días y lo he cortado tanto, que aun de día me resultaría difícil acertar con él; cuánto más ahora, que es ya noche cerrada, no podré distinguirlo de otras plantas». «Vete, hermano -replicó el Santo-; que no te sea enojoso, y trae las primeras hierbas que te vienen a las manos». Se fue el hermano al huerto, y, arrancando hierbas agrestes, las que de primero le venían a las manos -él no veía nada-, las llevó a casa. Miran los hermanos las hierbas silvestres, las remiran con más atención, y descubren entre ellas un perejil lozano y tierno. El Santo, con lo poco que tomó, se reanimó mucho. Y les dijo el Padre: «Amadísimos hermanos, cumplid los preceptos a la primera indicación, sin esperar que se os repitan. Y no os defendáis con pretexto de imposibilidad, porque, aun cuando yo os mandase algo que está sobre vuestras fuerzas, no le faltarían fuerzas a la obediencia».

Hasta en esto el espíritu de profecía acreditó la prerrogativa del espíritu.

Capítulo XXIII

El hambre que predijo que sobrevendría después de su muerte

52. Los santos son a veces movidos por el Espíritu Santo a hablar de sí mismos algunas cosas admirables, es a saber, cuando la gloria de Dios exige que se revele lo que Él ha dictado o cuando lo reclama la norma de la caridad para edificación del prójimo. Así es que, cierto día, el bienaventurado Padre contó a un hermano a quien amaba muchísimo esto que acababa de conocer en la intimidad familiar con Dios. «Hoy -dijo- hay en la tierra un siervo de Dios por quien el Señor no permite -mientras aquél viva- que el hambre haga estragos entre los hombres».

No hubo en esto asomo de vanidad, sino una manifestación virtuosa que la santa caridad, que no busca lo que sea para sí (1 Cor 13,5), descubrió con palabras de modestia y sencillez para nuestra edificación; ni debía ocultarse en inútil silencio la prerrogativa singular de tan pasmoso amor de Cristo a su siervo.

Los testigos de vista sabemos con cuánta tranquilidad y paz ha transcurrido el tiempo en vida del siervo de Cristo y cuán fecundo ha sido en toda clase de bienes. Ni hubo hambre de la palabra de Dios, porque entonces sobre todo la palabra de los predicadores estaba cargada de toda virtud y porque los corazones de todos los oyentes eran gratos a Dios. Brillaban ejemplos de santidad en quienes profesaban la vida religiosa y la hipocresía de los sepulcros blanqueados no había llegado a inficionar a tan señalados santos, ni las enseñanzas de los que se disfrazan habían despertado mucha curiosidad. Justamente había, pues, abundancia de bienes temporales cuando los eternos eran amados de veras por todos.

53. Después de su muerte, en cambio, la situación era del todo distinta: todo se alteró. Estallaron en todas partes guerras y revueltas, y la mortandad, en diversas formas desastradas, se enseñoreó pronto de muchos reinos (36). Un hambre de muerte se extendió por todas partes, y su ferocidad, que supera toda calamidad, ¡a cuántos arrebató! (37). Debido a ella, la necesidad convirtió en alimento toda suerte de cosas e hizo que los hombres recurrieran a comer lo que ni los animales comían. Se llegó a elaborar pan con corteza de árboles y cáscaras de toda fruta dura; y hubo padre, acosado por el hambre, cuya piedad no hizo duelo por la muerte del hijo -por decirlo menos crudamente-, según es cierto por el testimonio de alguno. Mas para que apareciera a la vista quién había sido aquel servidor fiel por cuyo amor la cólera de Dios había retirado la mano del castigo, el bienaventurado padre Francisco puso de manifiesto pocos días después de su muerte -al hermano a quien había predicho en vida los desastres que sucederían- que el tal siervo del Señor era él mismo. Así fue que una noche, mientras el hermano dormía, lo llamó el Santo con voz perceptible y le dijo: «Hermano, llega ahora el hambre que el Señor no permitió que cayese sobre la tierra mientras viviera yo». Despertó el hermano a la llamada y contó después todo ce por be. Y a la tercera noche de esto, el Santo se le apareció otra vez y le repitió lo mismo.

Capítulo XXIV

La clarividencia del Santo y nuestra ignorancia

54. A nadie tiene que parecer extraño que destacara con tales privilegios el profeta de nuestros días, pues cierto es que su entendimiento, desprendido de las sombras de las cosas terrenas y no atado a los placeres de la carne, volaba a lo más alto, se sumergía puro en la luz. Embebido así en los resplandores de la luz eterna, atraía del Verbo lo que después resonaba en sus palabras.

¡Ay! ¡Cuán desemejantes somos hoy los que, envueltos en tinieblas, no sabemos ni lo necesario! Y ¿por qué así sino porque, complacientes con la carne, también nosotros quedamos envueltos en el polvo de los mundanos? Ciertamente, si alzáramos nuestro corazón y nuestras manos al cielo, si nos decidiéramos a estar pendientes de las realidades eternas, acaso tendríamos noticia de lo que ignoramos: Dios y nosotros. Quien vive en el fango, no puede ver, de

fuerza, otra cosa que fango; quien tiene los ojos puestos en el cielo, es imposible que no vea las cosas del cielo.

LA POBREZA

Capítulo XXV

Encomio de la pobreza

55. El bienaventurado Padre, de paso por este valle de lágrimas, desdeña las riquezas pobres, que son patrimonio de los hijos de los hombres, ya que, ambicionando fortuna más cuantiosa, codicia de todo corazón ardientemente la pobreza. La mira, y la ve familiar del Hijo de Dios, pero ya repudiada de todo el mundo, y se empeña en desposarse con ella con amor eterno. Enamorado como estaba de su belleza, para estar más estrechamente unido a su esposa y ser los dos un mismo y solo espíritu, no sólo abandonó al padre y a la madre, sino que se desprendió también de todas las cosas. Así es que la estrecha con castos abrazos y ni por un momento se concede no serle esposo. Enseñaba a sus hijos que ella es el camino de la perfección, ella la prenda y arras de las riquezas eternas.

Nadie ha ansiado tanto el oro como él la pobreza; nadie ha puesto tantos cuidados en guardar su tesoro como él esta margarita evangélica. En esto principalmente se mostraba ofendido: si veía -en casa o fuera de casa- en los hermanos algo que contradecía la pobreza. Él, en efecto, desde el principio de la Religión hasta la muerte, se tuvo por rico con sólo la túnica, el cordón y los calzones; no tuvo más. El hábito pobre indicaba en él dónde tenía amontonadas sus riquezas. Contento con esto, así seguro, ligero, por tanto, para la carrera, se sentía gozoso de haber cambiado las perecederas riquezas por el céntuplo.

LA POBREZA DE LOS EDIFICIOS

Capítulo XXVI

56. Enseñaba a los suyos a hacer viviendas muy pobres, de madera, no de piedra, esto es, unas cabañas levantadas conforme a un diseño muy elemental.

Y, al hablar de la pobreza, solía repetir muchas veces a los hermanos aquello del Evangelio: *Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos, pero el Hijo de Dios no tiene dónde reclinar la cabeza* (38).

Capítulo XXVII

La casa que comenzó a destruir en la Porciúncula

57. Era el tiempo en que debía celebrarse el capítulo en Santa María de la Porciúncula. Se acercaban ya los días señalados. El pueblo de Asís, dándose cuenta de que les falta en el lugar una casa donde celebrarlo, la construye a toda prisa, ausente y desconocedor de ello el varón de Dios. En cuanto llegó éste al lugar vio la casa, y, disgustado, se dolió amargamente. A seguido se encarama para hacerla desaparecer; sube al tejado y con mano ágil arranca tejas y ladrillos. Manda que suban también los hermanos y que no quede nada hábil de aquello que es la

abominación de la pobreza. Pues decía que pronto se divulgaría en toda la Orden, y todos habrían de tomar como modelo aquello que aparecía como tan atentatorio en aquel lugar (39).

Y hubiera destruido la casa hasta los cimientos de no haber estorbado el fervor de su espíritu los caballeros allí presentes, quienes aseguraban que la casa no era de los hermanos, sino del municipio (cf. 2 Cel 18 y 59).

Capítulo XXVIII

La casa de Bolonia de la que hizo salir aun a los enfermos

58. Volviendo un día de Verona con intención de pasar también por Bolonia, oye decir que recientemente habían construido allí la casa de los hermanos. En cuanto oyó la denominación «casa de los hermanos», volvió sobre sus pasos y se encaminó a otro lugar, sin acercarse a Bolonia. Manda luego que los hermanos salgan en seguida de la casa. Ante el mandato, se abandona la casa, de modo que ni los enfermos quedan, pues son desalojados con los demás. Y no hay permiso de volver a ella hasta que Hugolino, a la sazón obispo de Ostia y legado del papa en Lombardía (40), declara en público durante un sermón que la mencionada casa es propiedad suya.

Atestigua y escribe esto uno que en aquella ocasión, con estar enfermo, fue desalojado de la casa (41).

Capítulo XXIX

La celda atribuida a él, donde no quiso entrar más

59. No quería que los hermanos habitasen en lugarejo alguno sin asegurarse antes de que era propiedad de un dueño determinado. Quiso siempre en los hijos la condición de peregrinos: acogerse bajo techo ajeno, caminar en paz de un lado a otro, anhelar la patria.

Sucedió, pues, en el eremitorio de Sarteano; un hermano preguntó a otro de dónde venía; éste respondió que de la celda del hermano Francisco. En oyéndolo el Santo, replicó: «Ya que has puesto a la celda el nombre de Francisco, atribuyéndome su propiedad, busca otro que viva en ella, pues yo no la habitaré en adelante». Y observó: «Cuando el Señor estuvo en la soledad (42), donde oró y ayunó por cuarenta días, no hizo construirse allí ni celda ni casa alguna, sino que estuvo al amparo de una roca de la montaña. Podemos seguirle nosotros en no tener nada en propiedad, como está prescrito, aunque no podamos vivir sin hacer uso de las casas».

LA POBREZA DE LOS ENSERES

Capítulo XXX

60. Este hombre odiaba no sólo la ostentación de las casas, sino que detestaba profundamente que hubiese muchos y exquisitos enseres. Nada quería, en las mesas y en las vasijas, que recordase el mundo, para que todas las cosas que se usaban hablaran de peregrinación, de destierro.

Capítulo XXXI

El episodio de la mesa preparada el día de la Pascua en Greccio y modo en que, a imitación de Cristo, se presentó como peregrino

61. Un día de Pascua, los hermanos del eremitorio de Greccio habían preparado la mesa más esmeradamente que de costumbre, con manteles blancos y vasos de cristal. Baja de la celda el Padre y va a la mesa; la ve alzada y adornada con vana afectación; pero la mesa halagüeña no consigue halagarle. Disimuladamente, poco a poco se retira, se toca la cabeza con un sombrero de un pobre que estaba allí presente, y con un bastón en la mano sale afuera. Espera fuera, a la puerta, a que los hermanos comiencen a comer, pues no solían esperarlo si no llegaba a la llamada.

Comenzada ya la comida de los hermanos, el pobre de veras llama a la puerta y dice: «Una limosna, por amor del Señor Dios, para este peregrino pobre y enfermo». Responden los hermanos: «Pasa, hombre, por amor de Aquel a quien has invocado». Entra, pues, de imprevisto y se presenta a los comensales. ¿Quién imagina el estupor que sobrecoge a los ciudadanos ante el peregrino? (43). Danle una escudilla al que pide, y, sentado solo en el suelo, coloca el plato sobre la ceniza y dice: «Ahora estoy sentado como hermano menor» (44). Y dirigiéndose a los hermanos: «Más que los otros religiosos, nosotros debemos sentirnos obligados a imitar los ejemplos de pobreza del Hijo de Dios. He visto la mesa abastecida y adornada, y no la he reconocido como mesa de pobres que van pidiendo de puerta en puerta».

El desarrollo de la anécdota comprueba que era éste semejante al peregrino aquel que, en día idéntico, era el único en Jerusalén. Logró, con todo, que mientras hablaba les ardiese el corazón a los discípulos.

Capítulo XXXII

Contra el deseo desordenado de los libros

62. Enseñaba también que en los libros debe buscarse el testimonio del Señor, no el valor material; la edificación, no la vistosidad. Y quería que fuesen pocos, y ellos a disposición de los hermanos que los necesitaban (cf. 2 Cel 180).

Por eso, un ministro que deseaba con ansia -y con su permiso- tener algunos libros de lujo y muy costosos, tuvo que oír que le decía: «No quiero perder, por tus libros, el libro del Evangelio que he prometido observar. Sí, tú harás lo que quieras; pero no te pondré un lazo con mi permiso» (45).

LA POBREZA EN LOS LECHOS

Capítulo XXXIII

Un episodio del obispo de Ostia y su elogio

63. Tan abundante era la copiosa pobreza en petates y lechos, que quien tenía sobre las pajas unos paños remendados creía tener un lecho suntuoso.

Esto ocurrió durante un capítulo que se celebraba en Santa María de la Porciúncula. Llegó al lugar a visitar a los hermanos el señor obispo de Ostia con numeroso séquito de caballeros y clérigos. Al ver que los hermanos dormían en el suelo y reparando en los lechos -que bien podían tomarse por cubil de fieras-, deshecho en lágrimas, dijo delante de todos: «Mirad dónde duermen

los hermanos». Y añadió: «¿Qué será de nosotros miserables, que abusamos de tantas cosas superfluas?» Todos los presentes, compungidos hasta llorar, se retiran edificados.

Este fue aquel señor ostiense que, habiendo llegado, finalmente, a ser la puerta principal de la Iglesia, se opuso siempre a los enemigos hasta que devolvió al cielo la hostia sagrada, es decir, aquella su alma bienaventurada (46). ¡Hombre él de corazón piadoso, de entrañas de caridad! Elevado a lo excelso, se dolía de no tener alteza de merecimientos, estando como estaba, a la verdad, en mayor altura por sus virtudes que por la sede que ocupaba.

Capítulo XXXIV

Lo que le pasó una noche con la almohada de plumas

64. Ya que he mencionado los lechos, se me ocurre otro episodio cuyo relato puede ser útil.

Desde que este santo, convertido a Cristo, había dado al olvido las cosas del mundo, no quiso acostarse sobre colchón ni tener para la cabeza almohada de plumas. Y ni enfermedad ni hospedaje en casa ajena bastaban a aflojar el freno de esta norma estrecha. Pero sucedió que, hallándose en el eremitorio de Greccio, molestado de mal de ojos mucho más que de ordinario, fue obligado, contra su voluntad, a hacer uso de una pequeña almohada (47).

Así, pues, a la madrugada de la primera noche llama el Santo al compañero y le dice: «Hermano, esta noche no he podido ni dormir ni levantarme a orar. Siento vértigos en la cabeza, me flaquean las rodillas y todo el cuerpo se agita como si hubiera comido pan de cizaña (48). Pienso -siguió diciendo- que en esta almohada que tengo bajo la cabeza está el diablo. Quítamela, que no quiero tener por más tiempo al diablo bajo mi cabeza».

Ante esta queja dolorosa, el hermano se compadece del Padre; toma, para llevársela, la almohada que le ha tirado; pero, al salir de la celda, pierde de inmediato el habla, y se siente oprimido y cohibido por terror tan espantoso, que no puede dar un paso ni mover para nada los brazos. Poco después, a la llamada del Santo, que ha tenido conocimiento de esto, se ve libre, vuelve y cuenta todo lo que ha padecido. El Santo le dijo: «Ayer por la noche, rezando las completas, tuve la certeza de que el diablo venía a la celda». Y añadió aún: «Nuestro enemigo es muy astuto y perspicaz, y, cuando no puede hacer mal dentro en el alma, da, por lo menos, al cuerpo ocasión de queja».

Reflexionen los que procuran almohadillas para todos los lados, con el fin de que, donde quiera que caigan, caigan sobre blando. El diablo va con gusto en compañía de la opulencia, se goza de hacerse presente ante los lechos suntuosos, sobre todo cuando no son necesarios o están en contradicción con la vida profesada. Pero no es menos verdad que la serpiente antigua huye del hombre despojado de todo, ya porque tiene a menos el trato con el pobre, ya porque le causa pavor la excelsitud de la pobreza. Si el hermano piensa en que el diablo se esconde entre plumas, contento recostará la cabeza sobre paja.

ALGUNOS CASOS CONTRA EL DINERO

Capítulo XXXV

Áspera corrección a un hermano que lo tocó con sus manos

65. El amigo de Dios, despreciando como despreciaba sobremanera todas las cosas del mundo, más que todas aún execraba el dinero. Desde el comienzo mismo de su conversión, lo menosprecia señaladamente y enseña siempre a sus seguidores que huyan de él como del diablo mismo. Éste era el principio ocurrente que proponía a los suyos: que equiparasen el estiércol y el dinero en una misma apreciación y afecto.

Así, pues, un día entró a orar en la iglesia de Santa María de la Porciúncula un seglar, que como ofrenda depositó dinero junto a la cruz. Después que salió el seglar, un hermano tomó sencillamente el dinero y lo arrojó a la ventana. Llega a saber el Santo lo que ha hecho el hermano. Éste, viéndose descubierto, se apresura a pedir perdón, y, postrado en tierra, se muestra pronto a recibir el castigo. El Santo lo reprende y le reprocha muy severamente por haber tocado el dinero. Le manda tomarlo de la ventana con la boca y depositarlo -llevado así, en la boca- sobre estiércol de asno fuera del seto del lugar. Y mientras el hermano cumple contento la orden, todos los demás que la han oído quedan llenos de temor. Por lo demás, todos aprenden a despreciar más de veras una cosa tan gráficamente rebajada a par del estiércol y se animan con nuevos ejemplos cada día a despreciarlo.

Capítulo XXXVI

Castigo de un hermano que toma dinero

66. Caminando un día juntos dos hermanos, se acercan a un hospital de leprosos. Encuentran dinero tirado en el camino. Se detienen y discuten sobre lo que han de hacer con semejante estiércol. Uno de ellos, dando vaya a la conciencia del otro, intenta tomarlo para llevarlo a los leprosos necesitados de dinero. Se le interpone el compañero, como a quien está engañado por una equivocada piedad, recordándole al temerario lo prescrito en la Regla, según la cual es evidente que el dinero que han hallado debe pisotearse como se pisotea el polvo (cf. 1 R 8,6-7). Aquel, que fue siempre en su comportamiento de cerviz dura, se enterca en su opinión ante la advertencia, desprecia la Regla, se agacha y toma el dinero. Pero no se escapa del juicio de Dios: pierde al instante el habla, le rechinan los dientes, no acierta a hablar.

Así delata la pena al insensato, así enseña el castigo al soberbio a obedecer las leyes del Padre. Erradicada, en fin, la infección, los labios, lavados en las aguas de la penitencia, se abren a la alabanza. Un proverbio antiguo dice: «Corrige al necio, y te lo harás amigo».

Capítulo XXXVII

Reproche a un hermano que, so pretexto de necesidad, quería reservar dinero

67. El hermano Pedro Cattani, vicario del Santo, venía observando que eran muchísimos los hermanos que llegaban a Santa María de la Porciúncula y que no bastaban las limosnas para atenderlos en lo indispensable. Un día le dijo a San Francisco: «Hermano, no sé qué hacer cuando no alcanzo a atender como conviene a los muchos hermanos que se concentran aquí de todas partes en tanto número. Te pido que tengas a bien que se reserven algunas cosas de los novicios que entran como recurso para poder distribuir las en ocasiones semejantes». «Lejos de nosotros esa piedad, carísimo hermano -respondió el Santo-, que, por favorecer a los hombres, actuemos impíamente contra la Regla». «Y ¿qué hacer?», replicó el vicario. «Si no puedes atender de otro modo a los que vienen -le respondió-, quita los atavíos y las variadas galas de la Virgen. Créeme: la Virgen verá más a gusto observado el Evangelio de su Hijo y despojado su altar, que adornado su altar y despreciado su Hijo. El Señor enviará quien restituya a la Madre lo que ella nos ha prestado».

Capítulo XXXVIII

El dinero convertido en serpiente

68. El varón de Dios, de paso una vez con un compañero por la Pulla, en las cercanías de Bari halló en el camino una bolsa grande hinchada de monedas, que los negociantes llaman talego. El compañero aconseja e instiga con insistencia al Santo a tomar la bolsa que estaba en el suelo y a distribuir el dinero entre los pobres. Se pone de relieve la piedad para con los necesitados y queda avalorada la misericordia con esta distribución. Pero el Santo se niega en absoluto a hacer tal cosa y asegura ser un engaño del diablo. «Hijo -dice-, no es lícito llevarse lo ajeno; y darlo a otros conlleva castigo por pecado y no gloria por merecimiento».

Dejan atrás el lugar, se dan prisa por llegar al término del viaje. Pero el hermano, engañado por una piedad huera, no cesa; continúa aún sugiriendo la infracción. Condesciende el Santo en volver al lugar, no para complacer el deseo del hermano, sino para dar a conocer al inocente el misterio de Dios. Llama a un joven que estaba en el camino sentado en el brocal de un pozo, para que por la palabra de dos o tres testigos (cf. Mt 18,16) brille el misterio de la Trinidad. Llegados los tres al lugar de la bolsa, la ven hinchada de monedas. El Santo no deja acercarse a ninguno de los dos, por que se descubra, mediante la oración, el engaño del diablo. Alejándose como a un tiro de piedra, se pone a orar devotamente. Vuelto de la oración, manda al hermano que levante la bolsa, la cual, en virtud de su oración, contenía una culebra en lugar de dinero.

El hermano se pone a temblar y se espanta, y -no sé qué presiente- reacciona en su interior contra lo acostumbrado. Desechando, por fin, del corazón la vacilación ante el temor a la santa obediencia, toma la bolsa en las manos. Y he ahí que sale de la bolsa una no pequeña serpiente, que hace ver al hermano el engaño del diablo. Y el Santo comenta: «Hermano, para los siervos de Dios, el dinero es eso: un diablo, una serpiente venenosa».

LA POBREZA EN LOS VESTIDOS

Capítulo XXXIX

Cómo reprendió el Santo, de palabra y con el ejemplo, a los que visten vestidos suaves y delicados

69. Revestido como estaba este hombre de la virtud de lo alto, era más el calor del fuego divino que sentía dentro que el que le daba por fuera la ropa con que abrigaba el cuerpo. Execraba a los que en la Orden llevaban vestidos por partida triple y a los que usaban sin necesidad prendas delicadas. Y aseguraba que una necesidad expuesta más por el capricho que por la razón, es señal de un espíritu apagado. Decía: «Cuando el espíritu se entibia y llega poco a poco a enfriarse en la gracia, por fuerza la carne y la sangre buscan sus intereses. Porque -observaba también-, si el alma no encuentra gusto, ¿qué queda sino que la carne se vuelva a lo suyo? Y entonces el instinto animal inventa necesidad, la inteligencia carnal forma conciencia». Y añadía aún: «Convengamos en que mi hermano tiene necesidad verdadera; que le afecta la falta de algo. Si se da prisa en remediarla y en echarla de sí, ¿qué premio recibirá? Hubo, ciertamente, ocasión de merecer; pero él ha dado bien a entender que le había disgustado». Con estas y parecidas observaciones flageló a los que no querían sufrir ninguna necesidad, pues no soportarlas con paciencia era, para él, igual que volverse a Egipto (49).

En fin, no quiere que los hermanos tengan en ningún caso más de dos túnicas; concede, sin embargo, que éstas pueden reforzarse cosiéndoles algunos retazos. Manda que se tenga horror a los paños finos, y a los contraventores censura acremente ante todos; y para confundirlos con el

ejemplo, cose sobre la propia túnica un tosco retal de saco. Aun a la hora de la muerte misma, pide que la túnica de mortaja esté cubierta de tosco saco.

Permitía, con todo, a los hermanos a quienes asistía una razón de enfermedad o necesidad llevar sobre la carne una túnica más blanda, pero con tal que el hábito exterior fuese áspero y vil. Pues decía: «Vendrán días en que en tal grado se suavizará el rigor, dominará la tibieza hasta tal punto, que los hijos de un padre pobre no se avergonzarán ni en lo más mínimo de usar incluso paños de la calidad de la escarlata, distintos sólo en el color».

En todo esto, Padre, nosotros, hijos espúreos, no te engañamos a ti; es, más bien, nuestra maldad la que se engaña. Queda esto más claro que la luz y se agrava de día en día.

Capítulo XL

Predice que los que se apartan de la pobreza tendrán el escarmiento de la indigencia

70. El Santo repetía, a veces, los avisos siguientes: «En la medida en que los hermanos se alejan de la pobreza, se alejará también de ellos el mundo; buscarán y no hallarán. Pero, si permanecieren abrazados a mi señora la pobreza, el mundo los nutrirá, porque han sido dados al mundo para salvarlo». Y éste: «Hay un contrato entre el mundo y los hermanos (cf. 1 R 9,7): éstos deben al mundo el buen ejemplo; el mundo debe a los hermanos la provisión necesaria. Si los hermanos, faltando a la palabra, niegan el buen ejemplo, el mundo, en justa correspondencia, niega el sostenimiento».

Preocupado con la pobreza el hombre de Dios, temía que llegaran a ser un gran número, porque el ser muchos presenta, si no una realidad, sí una apariencia de riqueza. Por esto decía: «Si fuera posible, o, más bien, ¡ojalá pudiera ser que el mundo al ver hermanos menores en rarísimas ocasiones, se admire de que sean tan pocos!» (50). Atado de todos modos con vínculo indisoluble a la dama Pobreza, vive en expectación del dote que le va a legar ella no al presente, sino en el futuro. Solía cantar con más encendido fervor y júbilo más desbordante los salmos que hablan de la pobreza, como éste: *No ha de ser por siempre fallida la esperanza del pobre* (Sal 9,19); y este otro: *Lo verán los pobres, y se alegrarán* (51).

LA MENDICACIÓN

Capítulo XLI

Elogio de la mendicidad

71. El Padre santo se servía de las limosnas buscadas de puerta en puerta mucho más a gusto que de las ofrecidas espontáneamente. Decía que avergonzarse de mendigar es ir contra la salvación; aseguraba, en cambio, que el pudor al mendigar (la vergüenza que no le echa a uno para atrás) es santo. Aprobaba el rubor que sale a la cara por candidez, pero no al que da muestras de abatido por la vergüenza. En ocasiones, exhortando a los suyos a pedir limosna, hablaba así: «Id, porque los hermanos menores han sido dados al mundo en esta última hora para que los elegidos les provean a ellos, de suerte que el Juez los avale, diciendo: *Cuántas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis*» (52). Por eso afirmaba que la Religión había sido aprobada por el *gran profeta* (53), que expresó tan evidentemente el nombre de la misma. Quería, por tanto, que los hermanos conmorasen no sólo en las ciudades, sino también en los eremitorios; aquí se dará a todos ocasión de merecer y se quitará a los réprobos cualquier apariencia de excusa (54).

Capítulo XLII

Ejemplo del Santo en pedir limosna

72. Por no ofender ni una sola vez a esta santa esposa, el siervo del Dios altísimo solía hacer esto: cuando aceptaba de los señores el trato de distinción de sentarle a sus mesas espléndidas, de primero limosneaba en las casas vecinas unos mendrugos, y después iba pronto -así enriquecido en la pobreza- a sentarse a la mesa.

Cuando le preguntaban por qué hacía eso, respondía que por un feudo concedido para poco tiempo no quería renunciar a una herencia duradera por siempre (55). «La pobreza -aseguraba- es la que nos hace herederos y reyes del reino de los cielos, y no vuestras riquezas engañosas» (cf. 2 R 6,4).

Capítulo XLIII

Ejemplo que dio en la curia del señor obispo de Ostia y la respuesta al obispo

73. En una visita que hizo San Francisco al papa Gregorio, cuya memoria es digna de veneración, cuando éste tenía aún una dignidad inferior, al acercarse ya la hora de comer, el Santo sale a pedir limosna; vuelve, y pone sobre la mesa del obispo unos pedazos de pan negro. Ante esto, el obispo se ruboriza algún tanto, más bien por motivo de los comensales, que no eran de los invitados habitualmente. El Padre, con aire de alegría, distribuye las limosnas recogidas a los caballeros y capellanes que están comiendo. Todos las reciben con muestras de devoción; unos las comen allí mismo, otros las guardan por veneración. Acabada la comida, se levantó el obispo y, llevando a un departamento interior al varón de Dios, lo apretó entre sus brazos y le dijo: «Hermano mío, ¿por qué me has avergonzado en mi casa -que es la tuya y la de tus hermanos- yendo a pedir limosna?» Le replicó el Santo: «Por lo contrario, os he honrado honrando a un Señor más grande. Pues ese Señor se complace con la pobreza, sobre todo con la que se practica en la mendicidad voluntaria. Y yo tengo por dignidad real y nobleza muy alta seguir a aquel Señor que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros» (cf. 2 Cor 8,9). Y añadió: «Encuentro mayor placer en una mesa pobre abastecida de pequeñas limosnas que en las suntuosas, provistas de viandas en número casi incontable». El obispo -desde entonces mucho más edificado- dijo al Santo: «Haz lo que parezca bien a tus ojos, que el Señor está contigo».

Capítulo XLIV

Su exhortación, de palabra y de ejemplo, a pedir limosna

74. Es verdad que al principio, por mortificación propia y por consideración a la vergüenza de los hermanos, iba él -solamente él- no pocas veces a la limosna. Pero, observando que muchos no atendían a su vocación como era obligado, llegó a decir en una ocasión: «Amadísimos hermanos, el Hijo de Dios, que se hizo pobre en este mundo por nosotros (2 R 6,3), era de condición más noble que la nuestra. Por amor a Él hemos elegido el camino de la pobreza: no tenemos que sentirnos avergonzados de ir por limosna. No se conforma que los que han de heredar el Reino se avergüencen ni una sola vez de lo que son arras de la herencia del cielo. Os aseguro que vendrán a incorporarse en nuestra congregación muchos nobles y sabios, que tendrán a mucha honra el mendigar limosnas. Ya que vosotros sois las primicias, alegraos y regocijaos y no rehuséis hacer lo que transmitís para que esos santos lo hagan».

Capítulo XLV

Reprensión a un hermano que no quería mendigar

75. El bienaventurado Francisco solía decir con frecuencia que el verdadero hermano menor no debería estar mucho tiempo sin ir por limosna. «Y cuanto más noble es un hijo mío -observaba-, esté tanto más dispuesto a ir, porque con eso se le aumentan los méritos».

Había en cierto lugar un hermano que era un nadie para limosnear y una legión a la hora de la mesa. El Santo, que lo veía amigo del vientre, participando en el fruto y no en el trabajo, lo reprendió una vez con estas palabras: «Vete por tu camino, hermano mosca, pues quieres comer del sudor de tus hermanos y estarte ocioso en la obra de Dios. Te pareces al hermano zángano, que no aporta nada al trabajo de las abejas y pretende ser el primero en comer la miel». El hombre carnal -que ve descubierta su glotonería- vuelve al mundo, que por cierto no había abandonado de veras. Salió de la Religión, y el que era ninguno para la limosna, es ya ninguno entre los hermanos; el que era legión a la hora de la mesa, es ahora legión de demonios.

Capítulo XLVI

Cómo, saliéndole al encuentro, besó el hombro de un hermano que llevaba la limosna

76. Otra vez, un hermano que volvía con la limosna de Asís a la Porciúncula, cerca ya del lugar, rompió a cantar, alabando al Señor en voz alta. El Santo, que lo oye, se levanta de golpe, le sale corriendo al encuentro y, besándole el hombro, carga el saco en el suyo y exclama: «Bendito sea mi hermano que va presto, humilde pide, vuelve contento».

Capítulo XLVII

Cómo animó a unos caballeros seculares a pedir limosna

77. El bienaventurado Francisco, cargado de achaques y declinando ya casi hacia el final de la vida, estaba en el lugar de Nocera. El pueblo de Asís lo reclamaba. Había enviado una solemne embajada, pues no quería ceder a otros la gloria de poseer el cuerpo del varón de Dios. Los caballeros lo trasladaban a caballo con veneración. Llegaron a una villa pobrísima llamada Satriano (56). La hora que era y el hambre les abrieron la gana de comer. Recorrieron la villa y no encontraron nada que comprar. Los caballeros volvieron a donde el bienaventurado Francisco y le dijeron: «Necesitamos que nos des de tus limosnas, porque aquí no hemos encontrado nada que comprar».

Respondióles el Santo: «Ya lo creo que no encontráis; y es que os fiáis más de vuestras moscas que de Dios». Daba el nombre de moscas a las monedas. «Pero volved -continuó- a las casas a las que os acercasteis, y, ofreciendo el amor de Dios en lugar de las monedas, pedid limosna con humildad. No os avergoncéis, que después del pecado todas las cosas se nos dan como limosna, y el gran Limosnero reparte pródigo con piadosa clemencia a los que merecen y a los que desmerecen». Los caballeros se sobreponen al rubor, y, pidiendo limosna con decisión, adquieren más cosas por el amor de Dios que por el dinero. Y es que todos dieron con gesto risueño y a porfía. Y no prevaleció el hambre donde pudo más la pobreza opulenta.

Capítulo XLVIII

El trozo de capón cambiado en pez en Alejandría

78. A través de la ofrenda de la limosna, buscaba, más que el sustento del cuerpo, el ganar las almas; y lo mismo en darla que en recibirla, se mostraba él a los demás como ejemplo.

Acercándose a Alejandría de Lombardía con intención de predicar la palabra de Dios, lo hospedó en su casa con devoción un hombre temeroso de Dios y de fama reconocida. Invitado a comer de todo lo que se le pusiera delante, conforme al santo Evangelio (57), accedió amable, vencido por la devoción del huésped. Se da prisa éste y prepara con esmero un capón de siete años escogido para el hombre de Dios. Sentado a la mesa el patriarca de los pobres y gozosa la familia, se presenta a buen punto a la puerta un hijo de Belial, un pobre de toda gracia, que simula pobreza de todo lo que es necesario. Para suplicar la limosna invoca con astucia el amor de Dios y con voz que mueve a lástima pide que se le atienda por Dios. El Santo repasa en su interior cuanto le dice el nombre sobre todas las cosas bendito y para él más dulce que la miel; con sumo placer toma el trozo de ave que le habían servido y, poniéndolo en una rebanada de pan, lo pasa al pordiosero. Y ¿qué sucedió? Que el infeliz lo guardó para desacreditar al Santo.

79. Al día siguiente, el Santo predica, como de costumbre, la palabra de Dios al pueblo reunido. De improviso, el malvado aquel lanza un grito y se empeña en dejar ver a todos el trozo de capón. «Sabed -dice en voz alta- quién es este Francisco que predica, a quien veneráis como santo: ved el trozo de carne que mientras comía me dio ayer al atardecer». Increpan todos al muy perverso y le echan en cara que está poseído del demonio. De hecho, en lo que él sostenía con empeño ser un trozo de capón, veían todos un pescado. Pero hasta el miserable, atónito ante el milagro, se vio obligado a reconocer lo que los demás atestiguaban. Se avergonzó, al cabo, el infeliz y lavó con la penitencia el delito descubierto. Y, hecha pública la infame intención que había tenido, pidió perdón al Santo delante de todos. Después que el malsín vuelve en sí, la carne del capón vuelve a cobrar su apariencia normal.

LOS QUE RENUNCIAN AL MUNDO

Capítulo XLIX

Ejemplo de un hombre que dejó sus bienes a los parientes y no a los pobres, a quien reprochó el Santo

80. A los que venían a la Orden enseñaba el Santo que, antes de nada, habían de dar el libelo de repudio al mundo (cf. Mt 5,31), y que a continuación habían de ofrecer a Dios primero sus bienes en los pobres de fuera, y luego, ya dentro, sus propias personas. No admitía a la Orden sino a los que se expropiaban de todo lo suyo y no se reservaban nada de nada, para cumplir así el santo Evangelio (Mt 19,21; 1 R 1) y para evitar que las bolsas reservadas sirvieran para su ruina (58).

81. El hecho sucedió en la Marca de Ancona. Después de una predicación del Santo, se presentó a él uno que pidió con humildad el ingreso en la Orden. El Santo le dijo: «Si quieres asociarte a los pobres de Dios, distribuye antes tus bienes entre los pobres del mundo».

Oído esto, se fue el hombre; pero, guiado por el amor de la carne, distribuyó sus bienes entre los suyos, sin entregar nada a los pobres. Cuando volvió y contó al Santo su espléndida largueza, le dijo éste con un deje de burla: «Sigue por tu camino, hermano mosca, pues no has salido todavía de tu casa y de tu parentela. Has dado tus bienes a los parientes y has defraudado a los pobres; no eres digno de vivir entre los santos pobres. Has comenzado por la carne, has puesto al

edificio espiritual un cimiento ruinoso». Vuelve el hombre carnal a los suyos y reclama sus bienes; pero como no quería dejarlos a los pobres, abandona muy luego sus propósitos de virtud.

Semejante modo de distribuir -digno de compasión- engaña hoy a muchos: pretenden una vida santa, y la inician sirviendo a la carne. Y no es así; que ninguno se consagra a Dios con el intento de hacer ricos a los suyos, sino para lograr la vida con el fruto de buenas obras, redimiendo los pecados a precio de misericordia.

Y aun para el caso de verse necesitados los hermanos, enseñó muchas veces que se recurra, más bien, a otros que no a los que entran en la Orden. Esto desde luego, en primer lugar, por el ejemplo, y después para evitar toda apariencia de torpe ganancia.

UNA VISIÓN QUE SE REFIERE A LA POBREZA

Capítulo L

82. Me place contar aquí una visión del Santo digna de recordarse. Una noche, tras larga oración, adormeciéndose poco a poco, acabó por dormirse. Su alma santa es introducida en el santuario de Dios; y ve en sueños, entre otras cosas, una señora con estas características: cabeza, de oro; pecho y brazos, de plata; vientre, de cristal, y las extremidades inferiores, de hierro; alta de estatura, de presencia fina y bien formada. Y, sin embargo, esta señora de belleza singular se cubría con un manto sórdido. Al levantarse a la mañana el bienaventurado Padre, refiere la visión al hermano Pacífico -hombre santo-, pero no le revela lo que quiera significar.

Aunque muchos otros la han interpretado a su aire, no me parece fuera de razón mantener la interpretación del mencionado Pacífico, que, mientras la escuchaba, le sugirió el Espíritu Santo. Es ésta: «la señora de belleza singular es el alma hermosa de San Francisco. La cabeza de oro, la contemplación y sabiduría de las cosas eternas; el pecho y los brazos de plata, las palabras del Señor meditadas en el corazón y llevadas a la práctica; el cristal, por su dureza, designa la sobriedad; por su transparencia, la castidad; el hierro es la perseverancia firme; y el manto sórdido es el cuerpecillo despreciable -créelo- con que se cubre el alma preciosa».

Pero muchos en quienes reside el Espíritu de Dios interpretan que esa señora, en calidad de esposa del Padre, es la pobreza (59): «A ésta -dicen- la hizo de oro el premio de la gloria; de plata, el encomio de la fama; de cristal, una misma y única profesión sin dineros fuera ni dentro (60); de hierro, la perseverancia final. Mas el manto sórdido para esa esclarecida señora lo ha tejido la opinión de hombres carnales».

Son también muchos los que aplican este oráculo a la Religión, tratando de ajustar la sucesión de los tiempos al curso señalado por Daniel (cf. Dan 2,31). Pero que se refiera al Padre corre claro, si consideramos, sobre todo, que -en evitación del orgullo- se negó a dar ninguna interpretación. Y en verdad que, de referirse a la Orden, no la hubiera callado (61).

COMPASIÓN DE SAN FRANCISCO PARA CON OTROS POBRES

Capítulo LI

La compasión que tuvo con los pobres y cómo envidiaba a los más pobres que él

83. ¿Qué lengua puede expresar la compasión que tuvo este hombre para con los pobres? Poseía, ciertamente, una clemencia ingénita, duplicada por una piedad infusa. Por eso, el alma de

Francisco desfallecía a la vista de los pobres; y a los que no podía echar una mano, les mostraba el afecto. Toda indigencia, toda penuria que veía, lo arrebatava hacia Cristo, centrándolo plenamente en él. En todos los pobres veía al Hijo de la señora pobre llevando desnudo en el corazón a quien ella llevaba desnudo en los brazos. Y, aun cuando se había desprendido de toda envidia, no pudo desprenderse de una, la única: la envidia de la pobreza; si veía a alguien más pobre que él, de seguida lo envidiaba; y, en combate de emulación con la pobreza, temía quedar vencido en la lucha.

84. En una de sus correrías apostólicas, el varón de Dios topó un día en el camino con uno muy pobre. Viendo su desnudez, se vuelve compungido al compañero y le dice: «La pobreza de este hombre es motivo de mucha vergüenza para nosotros y una muy grande reprensión de nuestra pobreza».

«¿Por qué, hermano?», le replicó el compañero. Y el Santo responde con voz lastimera: «Yo he escogido la pobreza por todas mis riquezas, por mi señora; y ve ahí que la pobreza brilla más en él. ¿No sabes que se ha propagado por todo el mundo que somos los más pobres por amor de Cristo? Pero este pobre nos convence de que de lo dicho no hay nada».

¡Envidia nunca vista! ¡Emulación que había de ser emulada por los hijos! No es ésta aquella que se duele de los bienes ajenos, ni aquella a la que hacen sombra los rayos; no es aquella que se opone a la piedad, ni aquella que se corroe de livor. ¿Piensas que la pobreza evangélica no tiene nada que envidiar? Tiene a Cristo, y, por él, todo en todas las cosas (1 Cor 12,6). ¿Por qué vives codicioso de los réditos, clérigo de hoy? Cuando mañana veas en tus manos las rentas de los tormentos, comprenderás las riquezas de Francisco.

Capítulo LII

Cómo reprendió al hermano que hablaba mal de un pobre

85. Uno de los días en que predicaba vino al lugar un pobrecillo que estaba además enfermo. Compadecido de la doble calamidad, es decir, de la pobreza y de la enfermedad, el Santo se puso a hablar con el compañero sobre la pobreza. Y, cuando la compasión con el paciente pasó a ser ya afecto de su corazón, le dijo el compañero al Santo: «Hermano, es verdad que es un pobre, pero no hay tal vez en toda la provincia otro más rico que él en deseo» (62). Al momento, el Santo lo reprende con aspereza; y, cuando el compañero confesó la culpa cometida, le dijo: «Anda listo y quítate en seguida la túnica y, postrado a los pies del pobre, reconócelte culpable. Y no sólo le pedirás perdón, sino también que ore por ti». El compañero obedeció; se fue a dar satisfacción y volvió. El Santo le dijo: «Hermano, cuando ves a un pobre, ves un espejo del Señor y de su madre pobre. Y mira igualmente en los enfermos las enfermedades que tomó él sobre sí por nosotros».

En suma: que Francisco llevaba siempre consigo el hacecillo de mirra (Ct 1,13); que estaba siempre contemplando el rostro de su Cristo (Sal 83,10); que estaba siempre acariciando al varón de dolores y conocedor de todo quebranto (Is 53,3; Heb 4,15).

Capítulo LIII

El manto regalado a una viejecita en Celano

86. El hecho sucedió en Celano. Un día de invierno, San Francisco llevaba puesto, doblado en forma de manto, un paño que le había prestado cierto amigo de los hermanos de Tívoli (63). Y, estando en el palacio del obispo de Marsi (64), se le presenta una viejecita que pedía limosna. En seguida suelta del cuello el paño y se lo alarga -aunque no es suyo- a la viejecita, diciéndole:

«Anda, hazte un vestido, que bien lo necesitas». Sonríe la viejecita, y, sorprendida, no sé si de temor o de gozo, toma de las manos el paño. Se larga muy presta y, por que no se diera -si tardaba- el peligro de que lo reclamasen, lo corta con las tijeras.

Pero, al comprobar que el paño cortado no basta para una túnica, torna a donde el Santo, en las alas de la generosidad que había experimentado, y le hace ver lo insuficiente del paño. El Santo vuelve los ojos al compañero, que llevaba a la espalda otro de igual medida, y le dice: «¿Oyes, hermano, lo que dice esta pobrecilla? Suframos el frío por amor de Dios y da el paño a la pobrecilla para que complete la túnica». Dio él, da también el compañero; y, despojados el uno y el otro, visten a la viejecita.

Capítulo LIV

Otro pobre a quien dio también el manto

87. En otra ocasión, al volver de Siena, se encontró también con un pobre. El Santo dijo al compañero: «Es necesario que devolvamos el manto al pobrecillo, porque le pertenece. Lo hemos recibido prestado hasta topar con otro más pobre que nosotros». El compañero, que advertía cuánto lo necesitaba el compasivo Padre, se resistía a que, negligente consigo, se cuidara de otro. «Yo no quiero ser ladrón -le replicó el Santo-; se nos imputaría a hurto si no lo diéramos a otro más necesitado». Desistió aquél, éste regaló el manto.

Capítulo LV

Un caso parecido con otro pobre

88. Caso parecido ocurrió en Celle di Cortona (65). El bienaventurado Francisco llevaba un manto nuevo, que con todo empeño habían procurado los hermanos para él. Llega al lugar un pobre lamentándose de la muerte de su mujer y de la orfandad en que quedaba la familia, muy pobre. Le dice el Santo: «Te doy, por amor de Dios, este manto con la condición de que no lo des tú a nadie, si no es a buen precio». Los hermanos se presentaron rápidos al momento con ánimo de quitarle el manto e impedir semejante donación. Pero el pobre, animado de coraje con la presencia del santo Padre, sacando las uñas, lo defendía como cosa que le pertenecía. Por fin, los hermanos rescataron el manto, y el pobre se fue una vez que le dieron su precio.

Capítulo LVI

Cómo donó el manto a uno para que no odiase a su patrón

89. San Francisco encontró una vez en Colle, condado de Perusa (66), a uno muy pobre, a quien había conocido estando todavía en el siglo. Y le preguntó: «¿Cómo te va, hermano?» El pobre, irritado, comenzó a maldecir contra su señor, que le había despojado de todos los bienes. «Por culpa de mi señor -dijo-, a quien el Señor todopoderoso maldiga, no puedo por menos de estar mal».

Más compadecido del alma que del cuerpo del pobre, que persistía en su odio a muerte, el bienaventurado Francisco le dijo: «Hermano, perdona a tu señor por amor de Dios, para que libres tu alma de la muerte eterna, y puede ser que te devuelva lo arrebatado. Si no, tú, que has perdido tus bienes, perderás también tu alma». «No puedo perdonar de ninguna manera -replicó el pobre,-

si no me restituye primero lo que se ha llevado». El bienaventurado Francisco, que llevaba puesto un manto, le dijo: «Mira: te doy este manto y te pido que perdones a tu señor por amor del Señor Dios».

Amansado y conmovido por el favor, el pobre, en cuanto recibió el regalo, perdonó los agravios.

Capítulo LVII

Cómo dio el ruedo de su túnica a un pobre

90. Una vez, en cierta ocasión le ocurrió esto: le pidió un pobre, y como no tenía otra cosa de que echar mano, rasgó la fimbria de su túnica y se la entregó al pobre. En igual situación, otras veces se desprendió también de los calzones. Así se conmovían sus entrañas de piedad para con los pobres; seguía con estos sentimientos las huellas de Cristo pobre.

Capítulo LVIII

Cómo hizo dar a la madre pobre de dos hermanos el primer ejemplar del Nuevo Testamento que hubo en la Orden

91. Viene un día al Santo la madre de dos hermanos y le pide limosna confiadamente. Compadecido de ella, el Padre santo dijo a su vicario el hermano Pedro Cattani: «¿Podemos dar alguna limosna a nuestra madre?» Es de saber que llamaba su madre y madre de todos los hermanos a la madre de cualquier hermano. Le respondió el hermano Pedro: «No queda en casa nada que se le pueda dar». Pero añadió: «Tenemos un ejemplar del Nuevo Testamento, por el que, al carecer de breviarios, leemos las lecciones de maitines». Le replicó el bienaventurado Francisco: «Da a nuestra madre el Nuevo Testamento, para que lo venda y remedie su necesidad, ya que en el mismo se nos amonesta que socorramos a los pobres. Creo por cierto que agradará más a Dios el don que la lectura».

Se le da, pues, el libro a la mujer; y así, el primer ejemplar del Testamento que hubo en la Orden fue a desaparecer en manos de esta santa piedad (67).

Capítulo LIX

Cómo dio el manto a una mujer enferma de los ojos

92. Durante los días en que San Francisco se hospedaba en el palacio del obispo de Rieti buscando la curación de la enfermedad de los ojos, llegó al médico una pobrecilla mujer, de Machilone, que padecía también un mal parecido al del Santo (68).

El Santo habla confidencial con su guardián y le insinúa: «Hermano guardián, es necesario que devolvamos lo ajeno». «Padre -le respondió el guardián-, devuélvase en hora buena, si tenemos algo que es ajeno». «Restituyámosle -replicó el Santo- este manto, que hemos recibido, de prestado, de esa pobrecilla mujer, pues no tiene nada en la bolsa para sus gastos». «Hermano, ese manto es mío -observó el guardián- y no prestado por nadie. Úsalo por el tiempo que quieras; cuando no quieras usarlo más, devuélvemelo».

Y es que el guardián lo había comprado poco antes, porque lo necesitaba San Francisco.

Insistió el Santo: «Hermano guardián, tú has sido siempre cortés conmigo; haz también ahora -te lo ruego- honor a tu cortesía». «Padre -respondió el guardián-, haz con libertad lo que te inspira el Espíritu».

Llama luego el Santo a un seglar muy devoto y le dice: «Toma este manto y doce panes y vete a aquella mujer pobrecilla y dile así: "Un hombre pobre, a quien prestaste el manto, te da gracias por haberlo prestado; pero toma ya lo que es tuyo"». Se fue el hombre y habló como se le había indicado. La mujer, creyendo que se burlaba de ella, dijo ruborizado al hombre: «Déjame en paz con tu manto. No entiendo lo que dices». Insiste el hombre, y le pone todas las cosas en sus manos. Al ver ella que no hay engaño en el caso, temerosa, por otra parte, de que le quiten lo que acaba de ganar tan fácilmente, se levanta de noche y, sin preocuparse de la curación de los ojos, se vuelve a casa con el manto.

Capítulo LX

Cómo se le aparecieron en el camino tres mujeres y después de haberlo saludado extrañamente desaparecieron

93. Contaré en pocas palabras un caso de significación poco clara, pero certísimo de toda certeza. Al tiempo en que Francisco, el pobre de Cristo, se dirigía con prisa de Rieti a Siena en busca de remedio para los ojos (69), atravesaba la llanura vecina a la Rocca Campiglia en compañía de un médico amigo de la Orden. Y he aquí que en el trayecto que recorría San Francisco aparecen tres mujeres pobrecitas a la vera del camino. Eran tan parecidas en estatura, edad y cara, que se diría que las tres habían salido del mismo molde. Cuando llega hasta ellas el Santo, inclinan éstas reverentes la cabeza y le enaltecen con un saludo nuevo: «Bienvenida sea la dama Pobreza». El Santo se llenó al instante de un gozo indecible, como quien no había encontrado saludo más placentero para dedicarlo a los hombres que el que ellas habían dictado. Y creyéndolas en un principio mujeres realmente muy pobres, vuelto al médico que le acompañaba, le dice: «Te lo pido en consideración a Dios: dame algo para esas pobrecillas». Nada más oírlo, se ofreció éste, se apeó volando del caballo y repartió a cada una unas monedas.

Apenas prosiguen ya el camino que llevaban, así que los hermanos y el médico extienden la vista en todo lo largo de aquella desierta llanura, no ven ni rastro de las mujeres. Asombrados en extremo con las maravillas del Señor, cuentan el episodio en la seguridad de que no fueron mujeres aquellas que habían transvolado más veloces que las aves.

EL AMOR DE SAN FRANCISCO A LA ORACIÓN

Capítulo LXI

El tiempo, el lugar y el fervor de su oración

94. El varón de Dios Francisco, ausente del Señor en el cuerpo, se esforzaba por estar presente en el espíritu en el cielo; y al que se había hecho ya conciudadano de los ángeles, le separaba sólo el muro de la carne. Con toda el alma anhelaba con ansia a su Cristo; a éste se consagraba todo él, no sólo en el corazón, sino en el cuerpo.

Como testigos presenciales (70) y en cuanto es posible comunicar esto a los humanos, relatamos las maravillas de su oración, para que las imiten los que han de venir.

Convertía todo su tiempo en ocio santo, para que la sabiduría le fuera penetrando en el alma, pareciéndole retroceder si no veía que adelantaba a cada paso. Si sobrevenían visitas de seglares u otros quehaceres, corría de nuevo al recogimiento, interrumpiéndolos sin esperar a que terminasen (71). El mundo ya no tenía goces para él, sustentado con las dulzuras del cielo; y los placeres de Dios lo habían hecho demasiado delicado para gozar con los groseros placeres de los hombres.

Buscaba siempre lugares escondidos, donde no sólo en el espíritu, sino en cada uno de los miembros, pudiera adherirse por entero a Dios. Cuando, estando en público, se sentía de pronto afectado por visitas del Señor, para no estar ni entonces fuera de la celda hacía de su manto una celdilla; a veces -cuando no llevaba el manto- cubría la cara con la manga para no poner de manifiesto el maná escondido. Siempre encontraba manera de ocultarse a la mirada de los presentes, para que no se dieran cuenta de los toques del Esposo, hasta el punto de orar entre muchos sin que lo advirtieran en la estrechez de la nave (72). En fin, cuando no podía hacer nada de esto, hacía de su corazón un templo. Enajenado, desaparecía todo carraspeo, todo gemido; absorto en Dios, toda señal de disnea, todo visaje (cf. LM 10,4).

95. Esto en casa. Pero, cuando oraba en selvas y soledades, llenaba de gemidos los bosques, bañaba el suelo en lágrimas, se golpeaba el pecho con la mano, y allí -como quien ha encontrado un santuario más recóndito (cf. 2 Cel 52)- hablaba muchas veces con su Señor. Allí respondía al Juez, oraba al Padre, conversaba con el Amigo, se deleitaba con el Esposo. Y, en efecto, para convertir en formas múltiples de holocausto las intimidades todas más ricas de su corazón, reducía a suma simplicidad lo que a los ojos se presentaba múltiple. Rumiaba muchas veces en su interior sin mover los labios, e, interiorizando todo lo externo, elevaba su espíritu a los cielos. Así, hecho todo él no ya sólo orante, sino oración, enderezaba todo en él -mirada interior y afectos- hacia lo único que buscaba en el Señor.

Y ¿acertarías tú a imaginar de cuánta dulzura estaba transido quien así estaba habituado? Él sí lo supo; yo no sé otra cosa si no es admirar. Lo sabrá el que lo experimenta; no se les da el saber a los inexpertos. Inflamado así el espíritu que bullía de fervor, bien sea en su aspecto exterior, bien en su alma toda entera derretida, moraba ya en la suprema asamblea del reino celeste.

El bienaventurado Padre no desatendía por negligencia ninguna visita del Espíritu; si se le ofrecía, respondía al regalo y saboreaba la dulzura así puesta delante por todo el tiempo que permitía el Señor. Aun cuando le apremiase algún asunto o se encontrase de viaje, al notar en lo profundo de grado en grado ciertos toques de la gracia, gustaba aquel maná dulcísimo reiterada y frecuentemente. Y en efecto: hasta de camino, dejando que se adelantasen los compañeros, se detenía él, y, quedándose a saborear la nueva iluminación, no recibía en vano la gracia (73).

Capítulo LXII

Se deben rezar con devoción las horas canónicas

96. En el rezo de las horas canónicas era temeroso de Dios a par de devoto. Aun cuando padecía de los ojos, del estómago, del bazo y del hígado, no se apoyaba en muro o pared durante el rezo de los salmos, sino que decía las horas siempre de pie, la cabeza descubierta, la vista recogida y sin languideces. Si cuando iba por el mundo caminaba a pie, se detenía siempre para rezar sus horas; y si a caballo, se apeaba. Un día volvía de Roma; no cesaba de llover; se apeó del caballo para rezar el oficio; pero, como se detuvo mucho, quedó del todo empapado en agua. Pues decía a veces: «Si el cuerpo toma tranquilamente su alimento, que más tarde, a una con él, se convertirá en pasto de gusanos, con cuánta paz y calma debe tomar el alma su alimento que es su Dios».

Capítulo LXIII

Cómo ahuyentaba las imaginaciones en la oración

97. Creía faltar gravemente si, estando en oración, se veía alguna vez agitado de vanas imaginaciones. En tales casos no difería la confesión, para expiar cuanto antes la falta. Le era tan habitual ese cuidado, que rarísimamente le molestaban semejantes moscas.

Durante una cuaresma, con el fin de aprovechar bien algunos ratos libres, se dedicaba a fabricar un vasito. Pero un día, mientras rezaba devotamente tercia, se deslizaron por casualidad los ojos a mirar detenidamente el vaso; notó que el hombre interior sentía un estorbo para el fervor. Dolido por ello de que había interceptado la voz del corazón antes que llegase a los oídos de Dios, no bien acabaron de rezar tercia, dijo de modo que le oyeran los hermanos: «¡Vaya trabajo frívolo, que me ha prestado tal servicio, que ha logrado desviar hacia sí mi atención! Lo ofreceré en sacrificio al Señor, cuyo sacrificio ha estorbado». Dicho esto, tomó el vaso y lo quemó en el fuego. «Avergoncémonos -comentó- de vernos entretenidos por distracciones fútiles mientras hablamos con el gran Rey durante la oración».

Capítulo LXIV

Un éxtasis

98. Era levantado muchas veces a la dulzura de tan alta contemplación, que, arrebatado por encima de sí mismo, a nadie revelaba la experiencia que había vivido de lo que está más allá del humano sentido. Pero por un caso que fue notorio queda para nosotros claro con qué frecuencia quedaba enajenado en la dulcedumbre del cielo.

Una vez que tenía que pasar por Borgo San Sepolcro, lo llevaban sobre un asno. Y como quiera que había manifestado la voluntad de descansar en cierta leprosería, fueron muchos los que se enteraron de que el varón de Dios había de pasar por allí. Corren de todas partes hombres y mujeres que quieren verlo y tocarlo, como es costumbre, por devoción. Y ¿qué pasa? Lo manosean, le tiran de un lado y de otro; le cortan retazos de la túnica para guardarlos como recuerdo (74); el hombre parece insensible a todo, y, como si estuviera muerto, no advierte nada de lo que sucede. Se acercan, por fin, al lugar (75); y, mucho después de haber dejado atrás Borgo, el contemplador de las cosas del cielo -como quien vuelve de otro mundo- pregunta con interés si están cercanos a Borgo.

Capítulo LXV

Cómo se comportaba después de la oración

99. Al volver de sus oraciones particulares, en las cuales se transformaba casi en otro hombre, se esmeraba con el mayor cuidado en parecer igual a los demás, para no perder -con el aura de admiración que podría suscitar su aspecto inflamado (cf. 1 Cel 96)- lo que había ganado.

Lo explicó así muchas veces a sus familiares: «Cuando el siervo de Dios es visitado por el Señor en la oración con alguna nueva consolación, antes de terminarla debe levantar los ojos al cielo y, juntas las manos, decir al Señor: "Señor, a mí, pecador e indigno, me has enviado del cielo esta consolación y dulcedumbre; te las devuelvo a ti para que me las reserves, pues yo soy un ladrón de tu tesoro". Y más: "Señor, arrebatame tu bien en este siglo y resérvamelo para el futuro"». «Así debe ser -añadió-; que, cuando sale de la oración, se presente a los demás tan

pobrecillo y pecador como si no hubiera obtenido una gracia nueva». «Por una recompensa pequeña -razonaba aún- se pierde algo que es inestimable y se provoca fácilmente al Dador a no dar más» (cf. Adm 21 y 28).

En fin, solía levantarse para la oración tan disimuladamente, tan sigilosamente, que ninguno de los compañeros advirtiese ni cuándo se levantaba ni cuándo oraba. En cambio, al ir a la cama por la noche, sacaba ruido casi estrepitoso para que los demás se dieran cuenta de que se acostaba.

Capítulo LXVI

Cómo un obispo que lo sorprendió en oración perdió el habla

100. Estaba San Francisco en oración -en el lugar de la Porciúncula-, cuando el obispo de Asís vino a hacerle, como de costumbre, una visita de amistad. En cuanto entra en el lugar, se acerca con poca consideración y sin ser llamado a la celda del Santo y, empujando la portezuela, hace por entrar. Apenas mete la cabeza y ve al Santo que ora, le sacude de pronto un temblor, y, paralizándosele los miembros, pierde también el habla. De repente, la voluntad del Señor lo echa violentamente hacia fuera y es alejado andando hacia atrás. Doy por sentado que, o éste no era digno de presenciar aquel misterio, o aquél -que lo experimentaba- era digno de experimentarlo por más tiempo. El obispo, estremecido, vuelve a los hermanos, y a la primera palabra de confesión de su culpa recobra el habla.

Capítulo LXVII

Cómo un abad experimentó la eficacia de su oración

101. Otra vez, el abad del monasterio de San Justino, del obispado de Perusa, se encontró con San Francisco; saltó en seguida del caballo y conversó un rato con él acerca de la salvación de su alma. Por último, al separarse, le pidió humildemente que rogara por él. San Francisco le respondió: «Señor, lo haré con gusto». Poco se había separado aún el abad, cuando San Francisco dijo al compañero: «Hermano, espérame un poco, que quiero pagar la deuda contraída». De hecho fue siempre ésta la costumbre del Santo: no echarse a las espaldas la oración que se le pedía, sino cumplir cuanto antes, como ahora, la promesa de hacerla. En consecuencia, mientras el Santo oraba a Dios, el abad sintió de súbito en el espíritu un ardor y una dulzura que no había experimentado hasta entonces, hasta el punto de que, extasiado, fue visto desvanecerse del todo. Permaneció así por muy poco espacio, y vuelto en sí comprobó la eficacia de la oración de San Francisco. Por eso, en adelante se encendió en un mayor amor a la Orden (76) y contó a muchos como milagro lo acaecido.

Estos son los pequeños mutuos regalos que convienen a los siervos de Dios; éste, el intercambio recíproco de dones que les cuadra. Este santo amor, que a las veces se llama espiritual, queda contento con el fruto de la oración; la caridad tiene a menos los pequeños regalos de la tierra. Creo que es característica del santo amor ayudar y ser ayudado en el combate espiritual, recomendar y ser recomendado ante el tribunal de Cristo. Y ¿hasta qué grados de oración piensas que pudo llegar aquel que por sus méritos pudo elevar tan alto a otro?

INTELIGENCIA DE LAS ESCRITURAS QUE TENÍA, Y EFICACIA DE SUS PALABRAS

Capítulo LXVIII

La ciencia y la memoria que tuvo

102. Aunque este hombre bienaventurado no había hecho estudios científicos, con todo, aprendiendo de Dios la sabiduría que viene de lo alto e ilustrado con las iluminaciones de la luz eterna, poseía un sentido no vulgar de las Escrituras. Efectivamente, su ingenio, limpio de toda mancha, penetraba hasta lo escondido de los misterios, y su afecto de amante entraba donde la ciencia de los maestros no llegaba a entrar (77). Leía a las veces en los libros sagrados, y lo que confiaba una vez al alma le quedaba grabado de manera indeleble en el corazón. La memoria suplía a los libros (78); que no en vano lo que una vez captaba el oído, el amor lo rumiaba con devoción incesante. Decía que le resultaba fructuoso este método de aprender y de leer y no el de divagar entre un millar de tratados. Para él era filósofo de veras el que no anteponía nada al deseo de la vida eterna. Y aseguraba que quien, en el estudio de la Escritura, busca con humildad, sin presumir, llegará fácilmente del conocimiento de sí al conocimiento de Dios. A menudo resolvía de palabra cuestiones difíciles, y, sin ser maestro en el hablar, ponía de manifiesto, a todas luces, su entendimiento y su virtud.

Capítulo LXIX

El dicho de un profeta, que expuso a petición de un hermano predicador

103. Durante su permanencia en Siena llegó uno de la Orden de los predicadores, varón ciertamente espiritual y doctor en sagrada teología. Así que visitó al bienaventurado Francisco, el uno y el otro se detuvieron largamente, disfrutando de una colación dulcísima sobre las palabras del Señor. Y el maestro se animó a preguntarle sobre aquel dicho de Ezequiel: *Si no le hablares para retraer al malvado de sus perversos caminos, yo te demandaré a ti de su sangre* (Ez 3,18). «A propósito, mi buen padre -le dijo-, conozco a muchos a quienes, a pesar de saber que están en pecado mortal, no les hablo siempre de su maldad. ¿Se me pedirá, por eso, la cuenta de tales almas?»

El bienaventurado Francisco se le declaró iletrado (cf. 1 Cel 120), y, por tanto, en el puesto de aprender, que no en el de responder a la sentencia de la Escritura. El humilde maestro añadió: «Hermano, aunque tengo oído a algunos sabios exponer ese pasaje, me gustaría, no obstante, que me dijeras cómo lo entiendes tú». Le respondió el bienaventurado Francisco: «Si hay que entender el pasaje universalmente, yo le doy el sentido de que el siervo de Dios debe arder por su vida y santidad, de forma que con la luz del ejemplo y con el testimonio de la vida reprenda a todos los malvados. Quiero decir que el resplandor de su vida y el aroma de su fama harán saber a todos su iniquidad». Muy edificado, por consiguiente, aquel varón, dijo a los compañeros del bienaventurado Francisco al despedirse: «Hermanos míos, la teología de este varón, asegurada en la pureza y en la contemplación, es águila que vuela; nuestra ciencia, en cambio, queda a ras de tierra».

Capítulo LXX

Algunos pasajes que aclaró a preguntas de un cardenal

104. En otra ocasión, huésped de un cardenal en Roma, las preguntas de éste sobre pasajes oscuros las aclaraba de tal modo, que se diría que era un hombre embebido de continuo en las Escrituras. El señor cardenal le dijo: «Yo no te pregunto como a letrado, sino como a hombre que tiene el espíritu de Dios, y así es que recibo con gusto tus interpretaciones, porque sé que proceden solamente de Dios».

Capítulo LXXI

A un hermano que le aconsejaba la lectura, explica el Santo cuál es su ciencia

105. Un compañero suyo, viéndolo enfermo y aquejado de dolores de parte a parte, le dijo una vez: «Padre, las Escrituras han sido siempre para ti un amparo; te han proporcionado siempre alivio en los dolores. Haz -te lo pido- que te lean ahora algo de los profetas; tal vez tu espíritu exultará en el Señor». Le respondió el Santo: «Es bueno recurrir a los testimonios de la Escritura, es bueno buscar en ellas al Señor Dios nuestro; pero estoy ya tan penetrado de las Escrituras, que me basta, y con mucho, para meditar y contemplar. No necesito de muchas cosas, hijo; sé a Cristo pobre y crucificado».

Capítulo LXXII

Las espadas que el hermano Pacífico vio resplandecer en la boca del Santo (79)

106. Había en la Marca de Ancona un seglar olvidado de su salvación e ignorante de Dios, que se había prostituido entero a la vanidad. Lo llamaban el «rey de los versos», por no tener rival en interpretar canciones lascivas y en componer cantares profanos. En suma, la gloria mundana había enaltecido tanto al hombre, que el emperador lo coronó con grandísima pompa. Mientras, caminando así en tinieblas, arrastraba la iniquidad con ligaduras de vanidad (Is 5,18), la bondad divina, compadecida, decide llevarlo por otro camino para que no perezca el que vive abandonado (cf. 2 Sam 14,14).

Por disposición de la Providencia divina, el bienaventurado Francisco y él se encuentran en un monasterio de pobres enclaustradas (80). El bienaventurado Padre había ido allí con sus compañeros a visitar a las hijas; éste había ido con muchos camaradas a visitar a una pariente. Y la mano de Dios fue sobre él: ve con los ojos corporales a San Francisco signado en forma de cruz por dos espadas transversas muy resplandecientes; la una, de la cabeza a los pies; la otra -transversal- de mano a mano por el pecho. No conocía aún al bienaventurado Francisco, pero llega a conocerlo ahora a la luz de milagro tan patente. Y, sobrecogido por la visión, empieza a proponerse mejorar de conducta, pero a la larga (cf. 2 Cel 109).

El bienaventurado Padre, empero -que habla primero a todos en general-, vuelve después la espada de la palabra de Dios hacia el hombre. Y, aparte con él, lo amonesta amablemente de la vanidad del siglo y el desprecio del mundo; y le traspasa luego el corazón con la amenaza de los juicios de Dios. Responde él inmediatamente: «¿Para qué más palabras? Vayamos a los hechos. Sácame de entre los hombres y devuélveme al gran Emperador». Al día siguiente, el Santo le vistió el hábito, y, como a quien ha sido devuelto a la paz del Señor, le pone el nombre de hermano Pacífico. Su conversión fue para muchos tanto más edificante cuanto más numerosos habían sido sus camaradas en la vanidad.

Y gaudioso en la compañía del bienaventurado Padre, el hermano Pacífico comenzó a sentir una unción que nunca había conocido hasta entonces. Otra vez, en efecto, se le concede ver lo que a otros les quedaba velado. Pues poco después vio en la frente del bienaventurado Francisco la gran señal *tau*, que, por los anillos variopintos que la rodeaban, representaba la belleza del pavo.

Capítulo LXXIII

La eficacia de su palabra y el testimonio de un médico sobre esto

107. El predicador del Evangelio, Francisco, que a los rudos predicaba con recursos materiales y rudos, como quien sabía que la virtud es más necesaria que las palabras, usaba, en cambio, con los espirituales y más capaces un lenguaje más vivo y profundo. Sugería en pocas palabras lo que era inefable, y, acompañando las palabras con inflamados gestos y movimientos, arrebatava por entero a los oyentes a las cosas del cielo (cf. 1 Cel 73). No echaba mano de esquemas previos (81), pues nunca planeaba sermones que a él no le nacieran. El verdadero poder y sabiduría - Cristo- comunicaba a su lengua una palabra eficaz.

Un médico docto y elocuente dijo en cierta ocasión: «La predicación de otros la retengo palabra por palabra; se me escapan, en cambio, únicamente las que expresa San Francisco. Y, si logro grabar algunas en la memoria, no me parecen ya las mismas que sus labios destilaron».

Capítulo LXXIV

Cómo, en virtud de su palabra, ahuyentó de Arezzo los demonios mediante el hermano Silvestre

108. Las palabras de Francisco no sólo tenían eficacia cuando las decía, que a veces, aun transmitidas por otros, no volvían vacías.

Así sucedió una vez cuando llegó a la ciudad de Arezzo al tiempo en que toda la población, revuelta en guerra civil, estaba en trance de exterminio total. Con tal suerte, que el varón de Dios, huésped en un burgo fuera de la ciudad, ve que los demonios se alborozan por aquella tierra y excitan ciudadanos contra ciudadanos con el fin de que se maten. Llamó, pues, a un hermano llamado Silvestre, varón de Dios y de sencillez recomendable, y le mandó, diciendo: «Vete a la puerta de la ciudad y, de parte de Dios todopoderoso, intima a los demonios que salgan cuanto antes de ella». La sencillez piadosa se encamina pronta a cumplir la obediencia, y, dedicándose primero al Señor en alabanzas (Sal 94,2), grita con fuerza ante la puerta: «De parte de Dios y por mandato de nuestro padre Francisco, salíos, demonios todos, de aquí a muy lejos». Poco después, la ciudad vuelve a la paz, y sus moradores observan con gran calma el código de ciudadanía.

Por eso, el bienaventurado Francisco, predicándoles después un día, comenzó el sermón con estas palabras: «Hablo a vosotros como a quienes estuvisteis en una ocasión bajo el yugo y cadenas de los demonios, pero sé que al fin fuisteis liberados gracias a las plegarias de un pobre».

Capítulo LXXV

La conversión del hermano Silvestre mismo y una oración suya

109. Creo que no resultará impropio añadir a esta narración la conversión del mencionado Silvestre, cómo le movió el Espíritu a entrar en la Orden. En consecuencia: Silvestre era aquel sacerdote secular de la ciudad de Asís a quien el hombre de Dios había comprado en aquel entonces piedra para reparar una iglesia. Viendo en su día que el hermano Bernardo -la primera plantita de la Orden de los Menores después del santo de Dios (82)- se despojaba de todos los bienes y los daba a los pobres, atizado por voraz codicia, mueve pleito al varón de Dios acerca de las piedras que hacía tiempo le vendió, como si no las hubiera pagado como debía. Francisco sonríe viendo el ánimo del sacerdote, inficionado por el veneno de la avaricia. Pero con el fin de apagar de alguna manera la maldita pasión, le llena de monedas las manos, sin contarlas siquiera. Se alegró el presbítero Silvestre con lo que se le dio, pero se admiró aún más de la liberalidad del donante; de vuelta en casa, recapacita una y otra vez sobre el hecho, comenta entre sí con

atinada acusación que él, siendo anciano, se ve amador del mundo, y queda estupefacto al observar de qué manera aquel joven llega a despreciarlo todo. Pero ya desde ahora, impregnado del buen olor (83), Cristo le abre el seno de su misericordia.

Le muestra en una visión cuánto valen las obras de Francisco, con cuánta prestancia brillan a los ojos de él, con cuanta magnificencia llenan el mundo entero. En efecto, ve en un sueño una cruz de oro que, saliendo de la boca de Francisco, tocaba con su cabecera los cielos; y cuyos brazos, extendidos a lo ancho, ceñían, abrazándolos, ambos lados del mundo. Compungido el sacerdote con la visión, sacude una demora -que puede resultarle perjudicial-, abandona el mundo y se hace perfecto imitador del varón de Dios. Éste se inició en la Orden viviendo en perfección, y fue consumado en la más alta perfección por la gracia de Cristo (84).

Pero ¿qué hay de extraño en ver a Francisco en la forma del Crucificado, a quien no hizo otra cosa en todo momento si no es acompañarle con la cruz? Enraizada de tal modo en lo más profundo la cruz mirífica, ¿qué tiene de extraordinario si, brotando de buena tierra, ha dado flores, fronda y frutos vistosos? Ninguna cosa de otro género podía crearse en ella cuando ya desde los comienzos la había reivindicado de tan prodigioso modo toda entera para sí aquella cruz maravillosa. Pero ya es hora de que reanudemos el tema.

Capítulo LXXVI

Un hermano liberado de asaltos del demonio

110. Un hermano venía de mucho tiempo atrás molestado por una tentación espiritual, más sutil y dañosa que la del incentivo de la carne. Acude al fin a San Francisco y se echa humildemente a sus pies. Pero, deshecho en lágrimas, no acertaba a decir palabra, por impedírselo los profundos sollozos. El Padre piadoso se compadece de él, y, conociendo que es molestado con instigaciones del maligno, dice: «Por el poder de Dios, os mando, demonios, que no combatáis más a mi hermano, como habéis osado hacerlo hasta ahora». Al punto, desvanecida la negrura de las tinieblas, el hermano se levanta librado, y ya más no sufrió la acometida; talmente como si no la hubiese sufrido nunca.

Capítulo LXXVII

La cerda cruel que se comió el cordero

111. Se ha puesto ya de relieve en otro lugar el poder admirable de su palabra respecto a los animales (85). Contaré, con todo, un episodio que tengo a mano. Una noche en que el siervo del Excelso se hospedaba en el monasterio de San Verecundo, del obispado de Gubbio, una ovejita parió un corderillo. Había una cerda muy cruel, la cual, sin miramiento a una vida inocente, lo mató con una dentellada rapaz. Al levantarse de mañana los de casa, hallan el corderillo muerto. Se dan cuenta, desde luego de que la cerda es la causante del maleficio. A esta noticia, el Padre piadoso se mueve a compasión y, acordándose de otro Cordero (86), se lamenta del corderillo muerto, diciendo delante de todos: «¡Oh, hermano corderillo, animal inocente, que eres una representación siempre útil a los hombres! Maldita sea la impía que te mató. Ni hombre ni animal coma su carne». Y hubo prodigio: la puerca maléfica comenzó luego a sentirse mal, y, penando por tres días las torturas de unos padecimientos, terminó en una muerte vengadora. Tirada en la estacada del monasterio, arrojada allí durante largo tiempo, seca cual una tabla, no fue comida para ningún famélico.

CONTRA LA FAMILIARIDAD CON LAS MUJERES

Capítulo LXXVIII

Desaconseja la familiaridad con las mujeres. Cómo trataba con ellas

112. Mandaba que se evitasen a toda costa (1 R 12; 2 R 11) las melosidades tóxicas, es decir, las familiaridades con mujeres, las cuales llegan a engañar aun a hombres santos. Temía de verdad que a causa de ellas se quebrase pronto el que es frágil, y el fuerte se fuese debilitando en el espíritu. De no ser uno varón probadísimo, no contaminarse en el trato con ellas es tan difícil como *andar alguien sobre brasas sin que se le abrasen los pies* (Prov 6,28), aseguraba el Santo recurriendo a la Escritura. Pero, con el fin de enseñar con la práctica, él mismo se mostraba modelo de toda virtud. Tan es así que le era una molestia la mujer, que pensaras tú que se trataba más de miedo y horror que de cautela y ejemplo. Cuando la locuacidad importuna de aquéllas suscitaba en la conversación temas que le resultaban fastidiosos, con palabra abreviada y humilde, con los ojos bajos, acudía al silencio. Y en ocasiones, levantando los ojos al cielo, parecía que sacaba de allí la respuesta que daba a quienes hablaban de cosas de la tierra.

En cambio, a aquellas cuyas mentes -dada su perseverancia en una devoción consagrada- había logrado que fuesen domicilio de la sabiduría, las amaestraba con alocuciones maravillosas, si bien breves. Cuando hablaba con alguna mujer, lo hacía en voz clara, de modo que pudieran oír todos lo que decía. Una vez llegó a decir al compañero: «Carísimo, te confieso la verdad: si las mirase, no las reconocería por la cara, si no es a dos. Me es conocida -añadió- la cara de tal y de tal otra; de ninguna más» (87).

Muy bien, Padre, pues nadie se santifica por mirarlas; muy bien -diré-, porque en ello no hay ganancia ninguna, sí muchísima pérdida; a lo menos, de tiempo. Son estorbo para quien quiere emprender el camino arduo y contemplar la faz llena de gracia.

Capítulo LXXIX

Parábola contra la falta de modestia en mirar a las mujeres

113. Solía flagelar los ojos no castos con esta parábola: «Un rey muy poderoso envió a la reina, uno tras otro, dos embajadores. Vuelve el primero, y refiere, no más, la respuesta estrictamente; y es que los ojos del sapiente habían estado en la cabeza (Eclo 2,14) y no habían divagado. Vuelve el segundo, y, después de la respuesta breve y corta, se entretiene tejiendo todo un discurso sobre la hermosura de la señora: «Señor -dice-, en verdad que he visto una mujer bellísima. ¡Feliz quien la posee!» Le replica el rey: «Siervo malo (Mt 18,32), ¿has puesto en mi esposa tus ojos impúdicos? Está claro que hubieras querido poseer a la que has mirado con tanta atención».

Manda llamar otra vez al primero y le dice: «¿Qué te parece de la reina?» «Traigo muy buena impresión -dice-, porque ha escuchado en silencio el mensaje y ha respondido sabiamente». «Y de su hermosura -replica-, ¿no dices nada?» «Señor mío -responde-, a ti toca contemplarla; a mí, llevarle tu embajada».

Y el rey dictamina: «Tú, el de ojos castos, como de cuerpo también casto, quédate de cámara; y salga de esta casa ese otro, no sea que contamine también mi tálamo».

Y solía decir el bienaventurado Padre: «Donde hay bien defendida seguridad, preocupa menos el enemigo. Si el diablo logra con su habilidad asirse de un cabello del hombre, lo transforma con presteza en viga. Ni desiste aunque no haya podido por muchos años derribar al que tentó, esperando que ceda al fin. Éste es su quehacer; día y noche no tiene otra preocupación».

Capítulo LXXX

Ejemplo del Santo contra la demasiada familiaridad

114. Una vez que San Francisco se encaminaba a Bevagna, no pudo llegar al castro por la debilidad que le había causado el ayuno. Entonces, el compañero, pasando aviso a una señora espiritual, pidió humildemente pan y vino para el Santo. En cuanto lo oyó, ella, con una hija virgen consagrada a Dios (88), corrió a donde el Santo a llevarle lo que necesitaba. Mas el Santo, reanimado algún tanto con la refección, a la recíproca, confortó él a madre e hija con la palabra de Dios. Pero mientras les hablaba no miró a la cara de ninguna de las dos. Cuando ellas se fueron, el compañero le dijo: «Hermano, ¿por qué no has mirado a esa virgen santa que ha venido a ti con tanta devoción?» El Padre le respondió: «¿Quién no tendrá reparo en mirar a una esposa de Cristo? Porque, si los ojos y la cara dan expresión a la predicación, ella tenía que mirarme a mí y no yo a ella».

Y muchas veces, hablando de esto, afirmaba que es frivolidad toda conversación con mujeres, fuera de la confesión o de algún breve consejo que se acostumbra. Añadía: «¿De qué asuntos tiene que tratar el hermano menor con mujeres, si no es cuando, por motivos religiosos, piden la santa penitencia o un consejo para mejorar la vida?» (cf. 1 R 12,3).

LAS TENTACIONES QUE PADECIÓ

Capítulo LXXXI

Las tentaciones del Santo y cómo venció una

115. Según aumentaban los méritos de San Francisco, aumentaba también la discordia con la antigua serpiente. A más excelentes carismas de aquél, seguían más sutiles tentaciones de ésta, y se entablaban combates más violentos. Y por más que hubiese comprobado que se las había con un hombre que era guerrero esforzado, que no había cedido ni por un momento en el combate, sin embargo, seguía todavía empeñado en presentar batallas al constante vencedor.

Por algún tiempo, en efecto, experimentó el Padre una pesadísima tentación espiritual, para enriquecimiento, por cierto, de su corona (89). Por esta causa se angustiaba y se colmaba de dolores, maltrataba y maceraba el cuerpo, oraba y lloraba amargamente (90). Tal combate se prolongaba por años; hasta que un día, mientras oraba en Santa María de la Porciúncula, oyó en espíritu una voz (91): «Francisco, si tienes fe como un grano de mostaza, dirás a esta montaña que se traslade, y se trasladará». «Señor -respondió el Santo-, ¿cuál es la montaña que quisiera yo trasladar?» Y oyó de nuevo: «La montaña es tu tentación». Y él, llorando, dijo: «Señor, hágase en mí como has dicho».

Puesta en fuga al instante toda tentación, queda librado y se aquieta del todo en su interior.

Capítulo LXXXII

Cómo el diablo, llamándolo, le tentó de lujuria y cómo lo venció el Santo

116. Sucedió en el eremitorio de los hermanos de Sarteano. El maligno aquel que envidia siempre los progresos de los hijos de Dios, osó tentar al Santo como sigue. Veía que el Santo se

santificaba más y que no descuidaba por la de ayer la ganancia de hoy. Una noche en que se daba a la oración en una celdilla, el demonio lo llamó tres veces:

- Francisco, Francisco, Francisco.

- ¿Qué quieres? -respondió éste.

- No hay en el mundo -replicó aquél- ni un pecador a quien, si se convierte, no perdone el Señor; pero el que se mata a fuerza de penitencias, nunca jamás hallará misericordia.

En seguida, una revelación hizo ver al Santo la astucia del enemigo, que se había esforzado para inducirlo a la tibieza. Pero ¿qué más? El enemigo no desiste de presentar nuevo combate. Y, viendo que no había acertado a ocultar el lazo, prepara otro: el incentivo de la carne. Pero en vano, porque quien había descubierto la astucia del espíritu, mal pudo ser engañado con el sofisma de la carne. El demonio desencadena, pues, contra él una tentación terrible de lujuria. Mas el bienaventurado Padre, en cuanto la siente, despojado del vestido, se azota sin piedad con una cuerda: «¡Ea, hermano asno! -se dice-, te corresponde estar así, aguantar así los azotes (92). La túnica es la Religión, y no es lícito robarla; si quieres irte a otra parte, vete».

117. Mas como ve que las disciplinas no ahuyentan la tentación, y a pesar de tener todos los miembros cárdenos, abre la celda, sale afuera al huerto y desnudo se mete entre la mucha nieve. Y, tomando la nieve, la moldea entre sus manos y hace con ella siete bloques a modo de monigotes. Poniéndose ante éstos, comienza a hablar así el hombre: «Mira, este mayor es tu mujer; estos otros cuatro son tus dos hijos y tus dos hijas; los otros dos el criado y la criada que se necesitan para el servicio. Pero date prisa -continúa- en vestir a todos, porque se mueren de frío. Y, si te molesta la multiplicada atención que hay que prestarles, sirve con solicitud al Señor sólo». El diablo huye al instante confuso y el Santo se vuelve a la celda glorificando al Señor. Un hermano piadoso que estaba en oración a aquella hora, fue testigo de todo gracias a la luz de la luna, que resplandecía más aquella noche. Mas el Santo, enterado después de que el hermano lo había visto aquella noche, le mandó que, mientras él viviese, no descubriera a nadie lo sucedido.

Capítulo LXXXIII

Cómo libró de la tentación a un hermano y los bienes de la tentación

118. Un hermano tentado que estaba una vez a solas con el Santo, le dijo: «Padre bueno, ruega por mí, pues creo que, si tienes a bien rogar por mí, me veré en seguida libre de mis tentaciones. Es que me siento tentado sobre mis fuerzas; y estoy seguro de que el caso no es cosa oculta para ti».

- Créeme, hijo -le dijo San Francisco-, que por eso mismo te tengo por mayor servidor de Dios, y sábet que cuanto más tentado seas, te amaré más. Te digo en verdad -añadió- que nadie ha de creerse servidor de Dios hasta haber pasado por tentaciones y tribulaciones. La tentación vencida -añadió aún- es, en cierto modo, el anillo con que el Señor desposa consigo el alma de su siervo. Muchos se complacen de méritos acumulados por años y se alegran de no haber tenido ninguna tentación. Y porque el terror solo bastaría para hundirlos antes del combate, el Señor ha tomado en cuenta la debilidad de su espíritu. Que los combates fuertes rara vez se presentan si no es allí donde existe una virtud recia».

CÓMO LO AZOTARON LOS DEMONIOS

Capítulo LXXXIV

Cómo lo azotaron los demonios y que se ha de huir de los palacios

119. Este varón de Dios no sólo se enfrentaba con las acometidas de las tentaciones de Satanás, sino que luchaba con él cuerpo a cuerpo. Invitado en una ocasión por el señor León, cardenal de la Santa Cruz (93), a morar por algún tiempo con él en Roma, escogió para sí una torre apartada, que en una galería de nueve apartamentos con cubierta facilitaba unas estancias reducidas como de eremitorio. Sucedió, pues, la primera noche; después de una prolongada oración con Dios, cuando se disponía a reposar, vienen los demonios y entablan firmes contra el santo de Dios una lucha a muerte. Lo hostigan por muy largo tiempo y con extrema crueldad y lo dejan al fin medio muerto. Al retirarse los demonios, recobrado ya el aliento, el Santo llama a su compañero, que dormía en otra de las estancias, y al presentársele le dice: «Hermano, quiero que estés a mi lado, porque tengo miedo a quedarme solo. Hace poco que me han azotado los demonios». Y temblaba el Santo y sentía escalofríos como quien tiene fiebre altísima.

120. Pasada, pues, la noche sin pegar ojo, dijo San Francisco a su compañero: «Los demonios son ministros de nuestro Señor, que se sirve de ellos para castigar los excesos. Y es señal de gracia mayor que no deje nada sin castigo en su siervo mientras vive en el mundo. Mas yo no recuerdo falta que no haya lavado en la satisfacción por la misericordia de Dios, porque en su dignación paternal ha tenido a bien manifestarme siempre en la oración y en la meditación qué es lo que le agrada y desagrada. Pero puede ser que haya permitido a esos ministros echarse sobre mí por esto: el que yo me hospede en los palacios de los potentados no da buena idea de mí ante los demás. Mis hermanos, que conviven en lugares pobrecillos, al oír que yo estoy con cardenales, pensarán tal vez que nado en delicias. Por tanto, hermano, pienso que va mejor a quien está puesto como modelo (2 Cel 188; EP 81), huir de los palacios y hacer fuertes a los que padecen penurias, padeciendo iguales privaciones». Así que de mañana se presentaron al cardenal, y, después de haberle contado todo, se despidieron de él.

Sirva esto de enseñanza a los hermanos palaciegos (94), y ténganse por abortivos, arrancados del seno de su madre. No condeno la obediencia, pero sí repruebo la ambición, la ociosidad, las comodidades. En suma, propongo de modo absoluto a Francisco por modelo para todas las obediencias. Pero en todo debe descartarse cuanto, por agradar a los hombres, desagrada a Dios.

Capítulo LXXXV

Un ejemplo a propósito

121. Revivo en este momento algo que, a mi parecer, de ninguna manera debe pasarse por alto. Un hermano, viendo que otros hermanos moraban en un palacio, halagado de no sé qué gloria, deseó hacerse también palaciego como ellos. Deseoso de conocer la vida de palacio, ve una noche, en sueños, que los que he mencionado están fuera del lugar de los hermanos y alejados del trato con ellos; los ve además comiendo de un dornajo muy tosco y asqueroso, en el que comían garbanzos mezclados con heces humanas. Este espectáculo desconcertó vivamente al hermano; y desde que se levantó, de madrugada, no pensó más en palacios.

Capítulo LXXXVI

Tentaciones que sufrió en un lugar solitario y de la visión de un hermano

122. El Santo con un compañero llegó un día a una iglesia situada lejos del poblado (95). Deseando orar en soledad, advierte al compañero: «Hermano, quisiera estar aquí a solas esta noche. Vete al hospital (96) y vuelve mañana muy temprano».

Y se mantiene solo en larga y devotísima oración con el Señor. Después tantea dónde reclinar la cabeza para dormir; y de pronto, turbado en su espíritu, comenzó a sentir pavor y tedio y a estremecerse en todo el cuerpo. Se daba cuenta notoriamente de los asaltos diabólicos contra él y de cómo catervas de demonios corrían de un lado a otro sobre el techo con estrépito. Así, pues, se levanta inmediatamente, sale fuera y, signándose en la frente, dice: «De parte de Dios todopoderoso, os digo, demonios, que hagáis en mi cuerpo cuanto os es permitido. Lo sufro con gusto, pues, como no tengo enemigo mayor que el cuerpo (97), me vengaréis de mi adversario cayendo sobre él en vez de mí». En consecuencia, los demonios que se habían adunado para aterrorizar el espíritu del Santo, viendo un espíritu muy decidido en carne flaca, se disipan al punto llenos de confusión.

123. A la madrugada siguiente vuelve el compañero; al ver al Santo postrado ante el altar, espera fuera del coro, y ora también entretanto con fervor delante de una cruz. E inesperadamente, arrebatado en éxtasis, ve en el cielo, entre muchos, un trono más distinguido que los otros, adornado con piedras preciosas y todo resplandeciente de gloria. Admira en su interior el precioso trono y se pregunta para sí de quién es. En esto oye una voz que le dice: «Este trono fue de uno de los que cayeron del cielo, y ahora está destinado al humilde Francisco». Vuelto luego en sí el hermano, ve que el bienaventurado Francisco sale de la oración; y sin más, tendido en el suelo con los brazos en cruz, le habla no como a quien vive en el mundo, sino como a quien ya reina en el cielo, y le dice: «Padre, ruega por mí al Hijo de Dios para que no me impute mis pecados». El varón de Dios, tendiéndole la mano, lo levanta, y comprende que algo le ha sido revelado en la oración.

Ya de regreso, el hermano pregunta al bienaventurado Francisco: «¿En qué concepto te tienes?» Responde: «Me parece que soy el más grande de los pecadores, porque, si Dios hubiese tenido con un criminal tanta misericordia como conmigo, sería diez veces más espiritual que yo» (cf. 2 Cel 133). A esto, el Espíritu sugirió al momento en el interior del hermano: «Reconoce la verdad de la visión que has tenido, pues la humildad elevará al humildísimo al trono que perdió la soberbia».

Capítulo LXXXVII

Un hermano liberado de tentación

124. Un hermano espiritual y de muchos años en la Religión, afligido por una gran tribulación de la carne, parecía estar a punto de ser absorbido por el abismo de la desesperación. El dolor acrecentaba de día en día, porque su conciencia, más por mal formada que por discreta, le obligaba a confesarse por nada. Ciertamente, se legitimaría tanta ansia de confesión si hubiese cedido, aunque poco, a la tentación, mas no por haberla sentido. Pero era tanto el pudor que él tenía, que temiendo manifestar todo a un único sacerdote, aun a pesar de no existir pecado alguno, repartía incluso los pensamientos, confiando parte a unos y parte a otros.

Hasta que un día que iba con el bienaventurado Francisco le dijo el Santo: «Hermano, te digo que en adelante no debes confesar tu tribulación a nadie. Y no tengas miedo, ya que lo que te ocurre a ti sin consentirlo tú redundará para ti en corona, no en culpa. Y cuantas veces fueres molestado, di con mi autorización siete padrenuestros». Admirado de cómo el Santo hubiese llegado a conocer esto y regocijado y contento en extremo, evadió toda tribulación.

LA VERDADERA ALEGRÍA ESPIRITUAL

Capítulo LXXXVIII

La alegría espiritual, su alabanza y el mal de la tristeza

125. Aseguraba el Santo que la alegría espiritual es el remedio más seguro contra las mil asechanzas y astucias del enemigo. Solía decir: «El diablo se alegra, sobre todo, cuando logra arrebatarse la alegría del alma al siervo de Dios. Lleva polvo que poder colar -cuanto más sea- en las rendijas más pequeñas de la conciencia y con que ensuciar el candor del alma y la pureza de la vida. Pero -añadía-, cuando la alegría espiritual llena los corazones, la serpiente derrama en vano el veneno mortal. Los demonios no pueden hacer daño al siervo de Cristo, a quien ven rebosante de alegría santa. Por el contrario, el ánimo flébil, desolado y melancólico se deja sumir fácilmente en la tristeza o envolverse en vanas satisfacciones».

Por eso, el Santo procuraba vivir siempre con júbilo del corazón, conservar la unción del espíritu y el óleo de la alegría. Evitaba con sumo cuidado la pésima enfermedad de la flojera, de manera que, a poco que sentía insinuársele en el alma, acudía rapidísimamente a la oración. Y decía: «El siervo de Dios conturbado, como suele, por alguna cosa, debe inmediatamente recurrir a la oración y permanecer ante el soberano Padre hasta que le devuelva la alegría de su salvación. Pues, si se detiene en la tristeza, adolecerá del mal babilónico, que al cabo, si no se purifica por medio de lágrimas, creará en su corazón una roña duradera».

Capítulo LXXXIX

La cítara que oyó tocar a un ángel

126. Durante su permanencia en Rieti para la cura de los ojos (98), llamó un día a uno de los compañeros, que en el mundo había sido citarista (99), y le dijo: «Hermano, los hijos de este siglo no entienden los misterios divinos. Hasta los instrumentos musicales, destinados en otros tiempos a las alabanzas de Dios, los ha convertido ahora la sensualidad de los hombres en placer de los oídos. Quisiera, pues, hermano, que trajeras en secreto de prestado una cítara y compusieras una bella canción (100), a cuyo son aliviaras un poco al hermano cuerpo, que esta lleno de dolores». Le respondió el hermano: «Padre, me avergüenzo mucho por temor de que la gente vaya a sospechar que he sido tentado por esta minucia». «Dejémoslo entonces, hermano -replicó el Santo-, que es conveniente renunciar a muchas cosas para que no se resienta el buen nombre».

La noche siguiente, en vigilia el santo varón y meditando acerca de Dios, de pronto suena una cítara de armonía maravillosa, que enhila una melodía finísima. No se veía a nadie, pero el oído percibía por la localización del sonido que el que tañía y cantaba se movía de un lado a otro. Finalmente, arrebatado el espíritu a Dios, el Padre santo, al oír la dulcísima canción, goza tan de lleno tales delicias, que piensa haber pasado al otro siglo. Al levantarse al amanecer, el Santo llama al dicho hermano y, tras haberle contado al detalle lo sucedido, añade: «El Señor, que consuela a los afligidos, no me ha dejado nunca sin consuelo. Mira: ya que no he podido oír la cítara tocada por los hombres, he oído otra más agradable».

Capítulo XC

Que el Santo cantaba en francés cuando estaba más alegre

127. Algunas veces hacía también esto: la dulcísima melodía espiritual que le bullía en el interior, la expresaba al exterior en francés (101), y la vena del susurro divino que su oído percibía en lo secreto rompía en jubilosas canciones en francés. A veces -yo lo vi con mis ojos- tomaba del suelo un palo y lo ponía sobre el brazo izquierdo; tenía en la mano derecha una varita curva con

una cuerda de extremo a extremo, que movía sobre el palo como sobre una viola; y, ejecutando a todo esto ademanes adecuados, cantaba al Señor en francés. Todos estos transportes de alegría terminaban a menudo en lágrimas; el júbilo se resolvía en compasión por la pasión de Cristo. De ahí que este santo prorrumpía de continuo en suspiros, y al reiterarse los gemidos, olvidado de lo que de este mundo traía entre manos, quedaba arrobado en las cosas del cielo.

Capítulo XCI

Cómo reprochó a un hermano que estaba triste y le aconsejó el modo de portarse

128. Vio una vez a un compañero suyo con cara melancólica y triste, y, como le desagradaba esto, le dijo: «No va bien en el siervo de Dios presentarse triste y turbado ante los hombres, sino siempre amable. Tus pecados examínalos en la celda; llora y gime delante de tu Dios. Cuando vuelvas a donde están los hermanos, depuesta la melancolía, confórmate a los demás». Y poco después añadió: «Los enemigos de la salvación de los hombres me tienen mucha envidia y se esfuerzan siempre en turbarme a mí en mis compañeros, ya que no consiguen turbarme a mí en mí mismo». Y amaba tanto al hombre lleno de alegría espiritual, que en cierto capítulo general hizo escribir, para enseñanza de todos, esta amonestación: «Guárdense los hermanos de mostrarse ceñudos exteriormente e hipócritamente tristes; muéstrense, más bien, gozosos en el Señor, alegres y jocundos y debidamente agradables» (1 R 7,16).

Capítulo XCII

Cómo ha de tratarse el cuerpo para que no proteste

129. Asimismo, el Santo dijo una vez: «Hay que atender con discreción al hermano cuerpo para que no provoque tempestades de flojera. Quítese toda ocasión de protesta, no sea que llegue a sentir fastidio de velar y de perseverar reverente en la oración. Porque podría decir: "Desfallezco de hambre (cf. 2 Cel 22), no aguanto sobre mí el peso de tus prácticas". Pero, si protestase así después de haberse alimentado lo bastante, sábete que el jumento perezoso necesita ser espoleado y que al asno flojo le aguarda el aguijón» (cf. 2 Cel 116).

Sólo en esta lección anduvieron discordes las palabras y las obras del santísimo Padre. Pues sometía su cuerpo -de veras inocente- a azotes y privaciones y multiplicaba sobre él los castigos sin motivo. Es que el ardor del espíritu había aligerado el cuerpo ya tanto, que, si el alma era sedienta de Dios, aquella carne santísima desfallecía de sed (cf. 1 Cel 97).

LA FALSA ALEGRÍA

Capítulo XCIII

Contra la vanagloria y la hipocresía

130. Pero él, que se entregaba a la alegría espiritual, evitaba con cuidado la falsa, como quien sabía bien que debe amarse con ardor cuanto perfecciona y ahuyentar con esmero cuanto inficiona. Así, procuraba sofocar en germen la vanagloria, sin dejar subsistir ni por un momento lo que es ofensa a los ojos de su Señor. De hecho muchas veces, cuando era ensalzado, trocaba luego el aprecio en tristeza, doliéndose y gimiendo.

Un invierno en que por todo abrigo de su santo cuerpecillo llevaba una sola túnica con refuerzos de burdos retazos (cf. 2 Cel 69), su guardián, que era también su compañero, adquirió una piel de zorra, y, presentándosela, le dijo: «Padre, padeces del bazo y del estómago; ruego en el Señor a tu caridad que consientas que se cosa esta piel por dentro con la túnica. Y, si no la quieres toda, deja al menos coserla a la altura del estómago».

«Si quieres que la lleve por dentro de la túnica -le respondió Francisco-, haz que un retazo igual vaya también por fuera; que, cosido así por fuera, indique a los hombres la piel que se esconde dentro». El hermano oye, pero no lo acepta; insiste, pero no logra otra cosa. Cede al fin el guardián, y se cose retazo sobre retazo para hacer ver que Francisco no quiere ser uno por fuera y otro por dentro.

¡Oh identidad de palabra y de vida! ¡El mismo por fuera y por dentro! ¡El mismo de súbdito y de prelado! Tú que te gloriabas siempre en el Señor (1 Cor 1,31), no querías otra gloria ni de los extraños ni de los de casa. Y no se ofendan, por favor, los que llevan pieles preciosas si digo que se lleva también piel por piel (cf. Job 2,4), pues sabemos que los despojados de la inocencia tuvieron que cubrirse con túnicas de piel (Gén 3,21).

Capítulo XCIV

Una confesión suya de hipocresía

131. El episodio tuvo lugar en el eremitorio de Poggio, alrededor de la Navidad. El Santo comenzó su predicación a una gran multitud, convocada para oírlo, con estas palabras: «Vosotros me tenéis por santo, y por eso habéis venido con devoción. Pero yo os confieso que en toda esta cuaresma (102) he tomado alimentos preparados con tocino». Y así, atribuía muchas veces a gula lo que había tomado antes por razón de la enfermedad.

Capítulo XCV

Una confesión suya de vanagloria

132. Con igual fervor, siempre que sentía en su espíritu cualquier movimiento de vanagloria, lo manifestaba en seguida delante de todos con llaneza. Yendo una vez por la ciudad de Asís, se le acerca una viejecilla pidiendo limosna. Como no tenía otra cosa que darle fuera del manto, se lo entregó luego con pronta generosidad. Y como sintiera cierto cosquilleo de vanidad, confesó al punto ante todos que había tenido vanagloria.

Capítulo XCVI

Réplica suya a los que lo alaban

133. Procuraba guardar en lo secreto del alma los dones del Señor, no queriendo exponer a la gloria lo que podría ser causa de perdición. En efecto, como quiera que eran muchos los que lo alababan a menudo, les respondía con frases como éstas: «No queráis alabarme como a quien está seguro; todavía puedo tener hijos e hijas. No hay que alabar a ninguno cuyo fin es incierto. Si el que lo ha dado quisiera en algún momento llevarse lo que ha donado de prestado, sólo quedarían el cuerpo y el alma, que también el infiel posee». Hablaba de este modo a los que lo

alababan. A sí mismo se decía: «Francisco, si un ladrón hubiera recibido del Altísimo tan grandes dones como tú, sería más agradecido que tú» (cf. 2 Cel 123).

Capítulo XCVII

Dichos suyos contra los que se alaban a sí mismos

134. Decía muchas veces a sus hermanos: «Nadie debe halagarse, con jactancia injusta, de aquello que puede también hacer un pecador». Y se explicaba: «El pecador puede ayunar, orar, llorar, macerar el cuerpo. Esto sí que no puede: ser fiel a su Señor. Por tanto, en esto podremos gloriarnos: si devolvemos a Dios su gloria; si, como servidores fieles, atribuimos a él cuanto nos dona. La carne es el mayor enemigo del hombre (103): no sabe recapacitar nada para dolerse; no sabe prever para temer; su afán es abusar de lo presente. Y lo que es peor -añadía-, usurpa como de su dominio, atribuye a gloria suya los dones otorgados al alma, que no a ella (cf. Adm 7 y 11); los elogios que las gentes tributan a las virtudes, la admiración que dedican a las vigiliass y oraciones, los acapara para sí; y ya, para no dejar nada al alma, reclama el óbolo por las lágrimas».

SU CUIDADO EN OCULTAR LAS LLAGAS

Capítulo XCVIII

Lo que respondió a los que preguntaban por ellas y el esmero en ocultarlas

135. No deben silenciarse los disimulos que urdió alrededor y el empeño con que ocultó aquellas insignias del Crucificado, dignas de ser veneradas incluso por los espíritus más elevados. Desde que allí, a los principios, el verdadero amor de Cristo había transformado al amante en fiel imagen de él, fue tan grande la cautela del Santo en callar y ocultar el tesoro, que ni siquiera sus familiares se dieron cuenta por mucho tiempo (cf. 1 Cel 95 y 98). Pero la Providencia no quiso que estuvieran escondidas por siempre sin que las vieran los más caros del Santo. Por otra parte, el estar en miembros del cuerpo que se llevan descubiertos, no consentía que permanecieran ocultas. Uno de sus compañeros que vio en cierta ocasión las llagas de los pies, le dice: «¿Qué es esto, buen hermano?» Y recibió esta respuesta: «Atiende a tus cosas».

136. Otra vez, el mismo hermano pide al Santo la túnica para sacudirla; viéndola con manchas de sangre, le dijo al Santo después de habérsela devuelto: «¿Qué manchas de sangre son esas de la túnica?» Pero el Santo, poniendo el índice sobre uno de los ojos, le respondió: «Pregunta qué es esto si no sabes que es un ojo».

Por eso, rara vez se lava del todo las manos, sino sólo los dedos, para no descubrir el secreto a los que están cerca de él (104); y rarísimas veces los pies, y todavía más a ocultas. Si se le pide la mano para besarla, da media mano, es decir, presenta al beso sólo los dedos, de modo que puedan depositar el beso; y a veces, en lugar de la mano, alarga la manga del hábito. Cubre -para no ser vistos- los pies con escarpines de lana, aplicada a las llagas una piel que mitigue la aspereza de la lana. Y, aunque el Padre santo no podía encubrir las llagas de los pies y de las manos a los compañeros, se disgustaba si alguien las miraba. Por eso, los compañeros mismos - llenos del espíritu de prudencia-ladeaban los ojos cuando él se veía en la precisión de descubrir las manos o los pies.

Capítulo XCIX

Un hermano las vio valiéndose de una treta piadosa

137. Mientras el varón de Dios residía en Siena (cf. 1 Cel 105), llegó a la ciudad un hermano de Brescia. Anheloso de ver las llagas del Padre santo, pide con insistencia al hermano Pacífico que esto le sea posible. Le propone éste: «A punto de partir del lugar, le pediré que me dé a besar las manos, y, cuando me las diere, te guiñaré, y verás las llagas».

Prontos para la salida, se van los dos a donde estaba el Santo, y Pacífico, puesto de rodillas, dice a San Francisco: «Bendícenos, madre amadísima (105), y dame a besar la mano». Alargada, bien que no a gusto, la besa, y guiña al compañero para que la vea. Pide también la otra, la besa y la muestra al compañero (106). Al salir ellos, el Padre entró en sospecha de que había habido de por medio alguna treta santa, como la hubo de hecho. Y, juzgando impía la piadosa curiosidad, el Padre llama en seguida al hermano Pacífico y le dice: «Hermano, que el Señor te perdone, que a veces me causas mucha pena» (107). Pacífico se postra luego en tierra y pregunta humildemente: «¿Qué pena te he causado, madre queridísima?» Y como San Francisco no dio respuesta alguna, el episodio se cierra con el silencio.

Capítulo C

La llaga del costado, vista por un hermano

138. Pero, aunque a algunos les fueron manifiestas las llagas de las manos y de los pies -ya que estos miembros quedan al descubierto-, nadie, sin embargo, fue digno de ver la del costado mientras vivió, fuera de uno, y él una sola vez. Porque cuantas veces hacía sacudir la túnica, tapaba la llaga del costado con el brazo derecho; o en ocasiones, aplicando la mano izquierda al costado herido, tapaba aquella santa llaga. Mas a un compañero suyo, al hacerle masaje (108), se le deslizó la mano sobre la llaga y le produjo gran dolor. Otro hermano, empeñado con afanosa curiosidad en ver lo que estaba escondido a los demás, dijo un día al Padre santo: «Padre, ¿quieres que te sacuda la túnica?» El Santo le respondió: «El Señor te lo recompense, hermano, pues en verdad que lo necesito». Y, mientras el Padre se desvestía, el hermano miró con atención, y vio la llaga reproducida en el costado. Sólo éste la vio en vida del Santo; ningún otro hasta después de la muerte.

Capítulo CI

Cómo ocultaba las virtudes

139. En tal grado había renunciado este hombre a toda gloria que no supiera a Cristo; en tal grado había fulminado anatema eterno a todo favor humano. Sabía que el precio de la fama es la merma del secreto de la conciencia y que es mucho más perjudicial abusar de las virtudes que no tenerlas. Sabía que no es menor virtud salvaguardar las gracias adquiridas que procurar otras más.

Por desgracia, más la vanidad que la caridad nos empuja a muchas cosas; y el favor del mundo prevalece al amor de Cristo. No discernimos las inclinaciones, no examinamos los espíritus; y, cuando es la vanagloria la que nos ha impelido a actuar, nosotros pensamos que hemos sido movidos por la calidad. Además, si llegamos a hacer algún bien, por pequeño que sea, no acertamos a sostener su peso; sea cual fuere, lo descargamos en vida, y, por último, no arribamos a puerto. Soportamos con paciencia no ser buenos; pero nos es intolerable no parecer

o no ser tenidos por buenos. Así, vivimos del todo pendientes de las alabanzas de los hombres; es que, al fin y al cabo, no somos sino hombres.

LA HUMILDAD

Capítulo CII

Humildad de San Francisco en el porte, en los sentimientos y en las costumbres y contra el sentir propio

140. La humildad es la salvaguardia y hermosura de todas las virtudes. Si el edificio espiritual no la tiene por cimiento, a medida que parece elevarse, va adelante su ruina.

Para que no faltara nada al varón tan rico de gracias, la humildad lo hinchó con mas copia de bienes. Por cierto, a su juicio, no era sino un pecador, cuando de verdad era un dechado esplendoroso de toda santidad. Se esforzó en edificarse a sí mismo sobre la humildad, para fundamentarse en la base que había aprendido de Cristo (109). Olvidando lo que había ganado, ponía los ojos sólo en los fallos, convencido de que era más lo que le faltaba que lo que poseía. Sólo una pasión le urgió: la de hacerse mejor, la de adquirir nuevas virtudes, sin contentarse con las ya adquiridas.

Fue humilde en el hábito, más humilde en los sentimientos, humildísimo en el juicio de sí mismo. Este «príncipe de Dios» no se distinguía cual prelado sino por esta gema brillantísima: que era el mínimo entre los menores. Esta era la virtud, éste el título, ésta la insignia de ministro general. No había altanería en sus palabras, ni pompa en sus gestos, ni ostentación en sus obras.

Había comprendido por revelación el juicio que se ha de hacer de muchas cosas; pero, al tratarlas con otros, anteponía al suyo propio el juicio de los demás. Tenía por más seguro el consejo de los compañeros; mejor que el propio, el parecer ajeno. Solía decir que no ha dejado todas las cosas por el Señor quien se reserva la bolsa del juicio propio (Adm 4). Respecto a sí, prefería la afrenta a la alabanza, porque la afrenta obliga a la enmienda, la alabanza empuja a la caída.

Capítulo CIII

Su humildad para con el obispo de Terni y para con un campesino

141. Una vez que el Santo predicaba al pueblo de Terni, el obispo de la ciudad (110) - encomiándole delante de todos al fin de la predicación- dijo lo siguiente: «En esta última hora, Dios ha ilustrado a su Iglesia con este pobrecillo y despreciado, simple e iletrado; por lo que estamos obligados a alabar siempre al Señor, que, como sabemos, no hizo tal a gente alguna». Al oírlo el Santo, aceptó con gratitud admirable que el obispo hubiese dicho de él en términos tan claros que era despreciable. Y, luego que entraron en la iglesia, se echó a sus pies, diciendo: «Verdaderamente me has dispensado un gran honor, Señor obispo, ya que tú me has atribuido enteramente lo que me corresponde, mientras otros me lo quitan. Como dotado de discernimiento, has distinguido lo precioso de lo vil y has dado a Dios la alabanza, y a mí el desprecio».

142. Pero el varón de Dios no sólo se mostraba humilde con sus mayores, sino también con los iguales y con los de condición inferior, más dispuesto siempre a recibir que a hacer observaciones y correcciones. Así, un día que, conducido en un asnillo -la debilidad y los achaques no le permitían andar a pie-, atravesaba por la heredad de un campesino que estaba trabajando en ella, corrió este hacia el santo y le preguntó con vivo interés si era él el hermano Francisco. Y como el

varón de Dios respondiera con humildad que era el mismo por quien preguntaba, le dice el campesino: «Procura ser tan bueno como dicen todos que eres, pues son muchos los que tienen puesta su confianza en ti. Por lo cual te aconsejo que nunca te comportes contrariamente a lo que se dice de ti».

Mas el varón de Dios, Francisco, que oye eso, se desmonta del asno y, postrado delante del campesino, le besa humildemente los pies y le da gracias por el favor que le ha hecho con la advertencia. A pesar, pues, de ser tan celebrado por la fama -tanto que muchos lo tenían por santo-, él se juzgaba vil a los ojos de Dios y de los hombres, sin ensoberbecerse ni de la celebridad ni de la santidad que poseía, pero ni siquiera de los muchos y santos hermanos e hijos que se le habían dado como preludio de la remuneración de sus méritos.

Capítulo CIV

Cómo renunció al generalato en un capítulo y una oración suya

143. Por conservar la virtud de la santa humildad, a pocos años de su conversión renunció al oficio de prelado de la Religión en un capítulo delante de todos los hermanos, diciendo: «Desde ahora he muerto para vosotros. Pero -añadió- os presento al hermano Pedro Cattani (1 Cel 25 n. 45), a quien obedeceremos todos: vosotros y yo». E, inclinándose en seguida ante él, le prometió obediencia y reverencia. En vista de esto, los hermanos lloraban, y se oían los lamentos que arrancaba la pena al darse cuenta de que quedaban -en cierto modo- huérfanos al perder tan magnífico padre. El bienaventurado Francisco se levanta y, juntas las manos y alzados los ojos al cielo, dice: «Señor, te recomiendo la familia que me has confiado hasta ahora. Y porque no puedo tener el debido cuidado de ella por las enfermedades que tú, dulcísimo Señor, conoces, la dejo en manos de los ministros. Deberán dar cuenta delante de ti, Señor, en el día del juicio si -por negligencia o por mal ejemplo, o también por alguna corrección áspera de ellos- llegare a perderse algún hermano» (cf. 1 R 4,6). Y ya, hasta la muerte, permaneció súbdito, portándose con mayor humildad que ningún otro.

Capítulo CV

Cómo renunció a los compañeros

144. Otra vez puso todos sus compañeros a disposición de su vicario (111), diciendo: «No quiero distinguirme por este privilegio de libertad singular; que en adelante los hermanos me acompañen de lugar a lugar como el Señor les inspirare. Vi, en cierta ocasión -añadió-, un ciego que en el camino era guiado por una perrita» (112). Esta era, en efecto, su gloria: que, abandonando toda apariencias de singularidad y de jactancia, habitase en él la fuerza de Cristo (2 Cor 12,9).

Capítulo CVI

Sus dichos contra los que aman prelacías y descripción del hermano menor

145. Viendo que había quienes aspiraban a prelacías (cf. 1 Cel 104), de las cuales ya la ambición misma -sin mentar otras cosas- los hacía indignos, solía decir que esos tales no eran hermanos menores, sino que habían perdido la gloria por haber olvidado la vocación a la que eran llamados. Y confutaba en frecuentes pláticas a algunos -dignos de compasión- que llevaban a mal ser removidos de sus oficios, cuando lo que buscaban no era la carga, sino el honor.

Y una vez dijo a su compañero: «No me parece que sería hermano menor si no tuviera la disposición que te describiré. Voy, por ejemplo -añadió-, al capítulo como quien es prelado de los hermanos; predico; amonesto a los hermanos; y cuando termino replican: "No nos conviene un iletrado y depreciable; por tanto, no queremos que tú reines sobre nosotros, porque tú no sabes hablar y eres un simple e ignorante". Y, por último, teniéndome todos por vil, me echan afrentosamente. Te aseguro que, si no oyere estas palabras con el habitual semblante, con la acostumbrada alegría, con idéntico propósito de santidad, no soy, no, hermano menor» (113).

Y añadía aún: «En la prelación acecha la caída; en la alabanza, el precipicio; en la humildad de súbdito, la ganancia del alma. ¿Por qué aplicarnos, pues, más a los peligros que a las ganancias, siendo así que hemos recibido el tiempo para ganar?»

Capítulo CVII

La sumisión para con los clérigos que quería en los hermanos y por qué

146. Y si bien quería que sus hijos tuvieran paz con todos y que se mostraran como niños a todos, así y todo enseñó de palabra y confirmó con el ejemplo que debían ser sumamente humildes con los clérigos.

Solía decir: «Hemos sido enviados en ayuda a los clérigos para la salvación de las almas, con el fin de suplir con nosotros lo que se echa de menos en ellos. Cada uno recibirá la recompensa conforme no a su autoridad, sino a su trabajo. Sabed, hermanos -añadía-, que el bien de las almas es muy agradable a Dios y que puede lograrse mejor por la paz que por la discordia con los clérigos. Y si ellos impiden la salvación de los pueblos, corresponde a Dios (Adm 26) dar el castigo, que por cierto les dará a tiempo. Así, pues, estaos sujetos a los prelados, para no suscitar celos en cuanto depende de vosotros. Si sois hijos de la paz (Lc 10,6), ganaréis pueblo y clero para el Señor, lo cual le será más grato que ganar a sólo el pueblo con escándalo del clero. Encubrid -concluyó- sus caídas, suplid sus muchas deficiencias; y, cuando hiciereis estas cosas, sed más humildes».

Capítulo CVIII

La reverencia que mostró al obispo de Imola

147. Cierta vez que San Francisco llegó a Imola, ciudad de la Romagna, se presentó al obispo del lugar para pedirle licencia de predicar. «Hermano -le respondió el obispo-, basta que predique yo a mi pueblo». San Francisco -la cabeza baja- sale humildemente. Al poco rato vuelve a entrar. Le pregunta el obispo: «Qué quieres, hermano? ¿Qué buscas otra vez aquí?» Y el bienaventurado Francisco: «Señor, si un padre hace salir al hijo por una puerta, el hijo tiene que volver a él entrando por otra». El obispo, vencido por la humildad, lo abraza con cara alegre y le dice: «Predicad desde ahora, tú y tus hermanos, en mi obispado, pues tenéis mi licencia general; y conste que esto lo ha merecido tu santa humildad».

Capítulo CIX

Su humildad con Santo Domingo y la de Santo Domingo con él, y el mutuo afecto de ambos

148. Santo Domingo y San Francisco, las dos lumbreras resplandecientes del orbe, coincidieron en Roma con el señor ostiense -que más tarde fue sumo pontífice (114)-. Y según

que alternaban los tres en hablar cosas melifluas acerca del Señor, les dijo, finalmente, el obispo: «En la Iglesia primitiva, los pastores de la Iglesia eran pobres, hombres que ardían en caridad y no en codicia. ¿Por qué no escoger para obispos y prelados aquellos de entre vuestros hermanos que destacan sobre los demás por la doctrina y por el ejemplo?»

Surge luego entre los dos santos porfía sobre la respuesta, no por quitársela de la boca el uno al otro, sino por cedérsela mutuamente, o mejor, por incitarse ambos a ser el otro el primero en responder. En efecto, por el aprecio mutuo que se profesaban, el uno para el otro resultaba ser el primero. La humildad venció por fin a Francisco, para no adelantarse; venció también a Domingo, para obedecer al ser el primero en responder.

Tomando, pues, la palabra el bienaventurado Domingo, dijo al obispo: «Señor, mis hermanos - si se dan cuenta- están ya bastante encumbrados, y, en cuanto depende de mí, no permitiré que obtengan otro género de dignidad».

Después de estas breves palabras, el bienaventurado Francisco se inclina ante el obispo y dice: «Mis hermanos se llaman menores precisamente para que no aspiren a hacerse mayores. La vocación les enseña a estar en el llano y a seguir las huellas de la humildad de Cristo para tener al fin lugar más elevado que otros en el premio de los santos. Si queréis -añadió- que den fruto en la Iglesia de Dios, tenedlos y conservadlos en el estado de su vocación y traed al llano aun a los que no lo quieren. Pido, pues, Padre, que no les permitas de ningún modo ascender a prelacias, para que no sean más soberbios cuanto más pobres son y se insolenten contra los demás».

Estas fueron las respuestas de los dos santos.

149. ¿Qué decís vosotros, hijos de santos? Los celos y las envidias os delatan como degenerados; y no menos como bastardos la ambición de bienes. Os mordéis y devoráis mutuamente, pues las guerras y las contiendas no tienen otro origen que las ambiciones. Es incumbencia vuestra luchar contra los escuadrones de las tinieblas, en rudo combate contra los ejércitos de los demonios, pero volvéis vuestras espadas los unos contra los otros. Los padres, llenos de sabiduría, se miran con familiaridad de cara (115), pero los hijos, llenos de envidia, no pueden ni soportar el verse los unos a los otros. ¿Qué hará el cuerpo si tiene dividido el corazón? Seguramente, la doctrina de la santidad daría más fruto en el mundo entero si el vínculo de la caridad uniese más estrechamente entre sí a los ministros de la palabra de Dios. De hecho, lo que hablamos o enseñamos se vuelve sumamente sospechoso desde el momento en que hay señales claras que evidencian que existe entre nosotros cierto fermento de odio. Yo bien sé de una y otra parte que no son responsables los buenos, sino los malos, quienes -para evitar el contagio de los santos- creería justo que fuesen expulsados.

¿Qué decir, en fin, de esos que saben cosas de alta sabiduría? Los padres llegaron al reino por el camino de la humildad y no de la altivez; los hijos, rondando la ambición, no buscan el camino de la ciudad que es su morada. Y ¿qué puede esperarse sino que, no siguiendo el camino de los padres, tampoco consigamos su gloria? ¡No sea así, Señor! Haz que bajo las alas de los maestros humildes sean humildes los discípulos; haz que se quieran bien los que son hermanos espirituales y veas los hijos de tus hijos como prenda de paz para Israel (116).

Capítulo CX

Cómo se recomendaron el uno al otro

150. Terminadas las respuestas de los dos santos -como dejamos dicho arriba-, el señor obispo de Ostia, muy edificado de ellas, dio gracias sin fin a Dios. Y, a la despedida, el bienaventurado Domingo pidió a San Francisco que tuviera a bien darle la cuerda con que se

ceñía. San Francisco no accedía, rehusando hacerlo con una humildad comparable con la caridad que mostraba Santo Domingo en la petición. Pero venció al fin, afortunada, la devoción del que había pedido, y se ciñó devotamente la cuerda bajo la túnica interior. Por último, ambos santos se despiden dándose las manos y haciéndose dulcísimas recomendaciones. Y dice el Santo al Santo: «Hermano Francisco, quisiera que tu Religión y mi Religión se hicieran una sola y viviéramos en la Iglesia con la misma forma de vida». Después, ya que se separaron, dijo Santo Domingo a los circunstantes, que eran muchos: «En verdad os digo que los demás religiosos deberían seguir a este santo varón que es Francisco. ¡Tan alta es la perfección de su santidad!»

LA OBEDIENCIA

Capítulo CXI

Que por practicar la obediencia tuvo siempre un guardián

151. Este perspicacísimo negociante, puesta la mirada en ganar de muchas maneras y en convertir todo el tiempo presente en mérito, quiso ser guiado con el freno de la obediencia y someterse a sí mismo al gobierno de otros. De hecho, no sólo renunció al generalato, sino que, para mayor mérito de obediencia, pidió también un guardián particular (Test 27), a quien venerase como a prelado suyo. Así, pues, dijo al hermano Pedro Cattani -a quien tiempo atrás había prometido obediencia (cf. 2 Cel 143)-: «Te ruego por Dios que confíes tus veces para conmigo a uno de mis compañeros, a quien pueda obedecer con la misma entrega que a ti. Sé -añadió- el fruto de la obediencia y que para quien doblega el cuello al yugo de otro no pasa un instante sin ganancia». De este modo -otorgada su instancia-, dondequiera permaneció obediente hasta la muerte, en obediencia reverente y constante a su guardián.

Llegó a decir una vez a sus compañeros: «Entre otras gracias que la bondad divina se ha dignado concederme, cuento ésta: que al novicio de una hora que se me diera por guardián, obedecería con la misma diligencia que a otro hermano muy antiguo y discreto. El súbdito -añadió- no tiene que mirar en su prelado al hombre, sino a aquel por cuyo amor se ha sometido. Cuanto es más desestimable quien preside, tanto más agradable es la humildad de quien obedece».

Capítulo CXII

Cómo describió al verdadero obediente y tres clases de obediencia

152. Otra vez, el bienaventurado Francisco, sentado entre sus compañeros, dijo exhalando un suspiro: «Apenas hay en todo el mundo un religioso que obedezca perfectamente a su prelado» Conmovidos los compañeros, le replicaron: «Padre, dínos cuál es la obediencia más alta y perfecta». Y él, describiendo al verdadero obediente con la imagen de un cadáver, respondió: «Toma un cadáver y colócalo donde quieras. Verás que, movido, no resiste; puesto en un lugar, no murmura; removido, no protesta. Y, si se le hace estar en una cátedra, no mira arriba, sino abajo; si se le viste de púrpura, dobla la palidez. Este es -añadió- el verdadero obediente: no juzga por qué se le cambia, no se ocupa del lugar en que lo ponen, no insiste en que se le traslade. Promovido a un cargo, conserva la humildad de antes; cuanto es más honrado, se tiene por menos digno». Otra vez, hablando sobre el particular, dijo que las obediencias que se conceden por pedidas son propiamente licencias; llamó, en cambio, santas obediencias a las que se imponen sin haberlas pedido. Afirmaba que ambas son buenas (cf. 1 Cel 45), pero más segura la segunda. Pero consideraba máxima obediencia, y en la que nada tendrían la carne y la sangre, aquella en la que por divina inspiración se va entre los infieles, sea para ganar al prójimo, sea por deseo de martirio. Estimaba muy acepto a Dios pedir esta obediencia (117).

Capítulo CXIII

Que no se debe mandar por obediencia con motivos leves

153. Opinó que rara vez se ha de mandar por obediencia; y que de primeras no ha de lanzarse el dardo, cuando esto debería ser lo último. «No hay que darse prisa -decía- en llevar la mano a la espada» (118). Pero de quien no corría a obedecer el precepto de la obediencia, opinaba que ni temía a Dios ni respetaba al hombre (119).

Nada más verdadero que estas enseñanzas. ¿Qué es, en efecto, la autoridad de mandar en quien manda temerariamente sino espada en mano de un furioso? Y ¿qué desahucio hay comparable con el del religioso que desprecia la obediencia?

Capítulo CXIV

Cómo echó al fuego la capucha de un hermano porque había venido sin obediencia, aunque atraído por devoción

154. Manda una vez que se eche en medio de una gran fogata la capucha quitada a un hermano que había venido sin obediencia y solo. Y como nadie se atrevía a salvarla del fuego por el temor que les infundía un mínimo ceño del Padre, manda el Santo que la extraigan de las llamas y la sacan ilesa.

Aunque los méritos del Santo bastasen para lograr esto, tal vez medió también el haberlo merecido el hermano. Porque, por más que le faltara la discreción, única guía de las virtudes, lo había dominado la devoción de ver al Padre santísimo.

LOS QUE DAN EJEMPLO BUENO O MALO

Capítulo CXV

El ejemplo de un buen hermano y una costumbre de los hermanos antiguos

155. Afirmaba que los hermanos menores han sido enviados por el Señor en estos últimos tiempos para esto: para dar ejemplos de luz a los envueltos en las tinieblas de los pecados. Solía decir que se sentía penetrado de suavísima fragancia y ungido de ungüento precioso (Ex 29,18) cuando oía las proezas de los hermanos santos que hay esparcidos por el orbe.

Sucedió que un hermano llamado Bárbaro había disparado una palabra injuriosa contra otro hermano en presencia de un varón noble de la isla de Chipre. Pero al darse cuenta de que aquel choque había herido algún tanto al hermano, ardiendo en deseo de vindicta contra sí, toma estiércol de asno, lo mete en la boca para molerlo y se dice: «Mastique estiércol la lengua que ha lanzado el veneno de la iracundia contra mi hermano». El caballero, asombrado y maravillado ante lo que veía, marchó muy edificado, y desde aquella hora se puso a sí mismo con todos sus bienes, con liberalidad, a disposición de los hermanos.

Era costumbre inviolable de los hermanos que, si alguno decía acaso a otro tal o cual palabra molesta, postrándose luego en el suelo, cubriera de besos santos los pies del ofendido, aunque éste se resistiese. Exultaba el Santo con estos casos, es decir, cuando oía que sus hijos sacaban

de entre sí mismos ejemplos de santidad, y colmaba de bendiciones muy deseables a tales hermanos que de palabra o de obra inducían a los pecadores al amor de Cristo. Enteramente lleno como vivía del celo de las almas, quería que los hijos se le asemejasen de veras.

Capítulo CXVI

Cómo algunos daban mal ejemplo y la maldición del Santo contra ellos y cómo el mal ejemplo le era insoportable

156. Asimismo, quien profanaba la santa Religión con obras o ejemplos malos, incurría en terribilísima maldición de él. Le contaron, pues, un día que el obispo de Fondi (120) había dicho a dos hermanos que se le presentaron con una barba que, so pretexto de mayor desprecio de sí mismos, dejaban crecer más y más: «Tened cuidado, no vaya a deslustrarse la hermosura de la Religión con esas novedades presuntuosas».

Se levantó de pronto el Santo y, tendidas las manos al cielo, prorrumpió, bañado en lágrimas, en estas palabras de oración, o mejor, de imprecación: «Señor Jesucristo, que elegiste a los apóstoles en número de doce, del cual, si bien cayera uno, no obstante, los demás, unidos a ti, predicaron el santo Evangelio llenos de un mismo espíritu. Tú, Señor, acordándote de tu antigua misericordia, has plantado en esta hora postrera la Religión de los hermanos para sostenimiento de tu fe y para llevar a cabo por ellos el misterio de tu Evangelio. ¿Quién dará satisfacción por ellos en tu presencia si, en el ministerio para el que fueron enviados, no sólo no dan ejemplos de luz a todos, sino que les muestran obras de las tinieblas? De ti, santísimo Señor, y de toda la corte celestial y de mí, pequeñuelo tuyo, sean malditos los que con su mal ejemplo confunden y destruyen lo que por los santos hermanos de esta Orden has edificado y no cesas de edificar».

¿Dónde están los que se dicen felices con la bendición de él y se jactan de gozar a su gusto de la intimidad de él? No lo quiera Dios; pero, si se encontraran, sin haberse arrepentido, con que han dado escándalo con obras de las tinieblas, ¡ay de ellos!, ¡ay de su condenación eterna! (121).

157. Solía decir: «Los hermanos mejores se cubren de vergüenza por las obras de los malos hermanos y, aunque no hayan pecado ellos, cargan con el juicio que se hace por el ejemplo de los depravados. Con esto, me hunden una cruel espada y me la revuelven sin cesar en las entrañas». Por eso sobre todo se aislaba de la compañía de los hermanos, para no oír contar de uno o de otro algo malo, que le renovase el dolor.

Solía decir también: «Vendrá tiempo en que la Religión amada de Dios sea difamada por causa de los malos ejemplos, hasta el punto de avergonzarse de salir en público. Pero los que llegaren a entrar entonces en la Orden serán guiados por sola la operación del Espíritu Santo; la carne y la sangre no los mancharán en nada, y serán de veras benditos del Señor. Y, aunque no se hubiesen dado en ellos obras meritorias, enfriándose la caridad, que excita a los santos a actuar con fervor, les sobrevendrán inmensas tentaciones, y quienes fueren hallados a tal tiempo victoriosos en la prueba, serán mejores que los de antes. Pero ¡desdichados aquellos que, pagados de sólo la apariencia de vida religiosa, se engolfarán en el ocio y no resistirán constantes a las tentaciones permitidas para prueba de los elegidos!; porque sólo los que fueren probados recibirán la corona de la vida, a los cuales ejercita entre tanto la malicia de los réprobos».

Capítulo CXVII

La revelación que Dios le hizo acerca del estado de la Orden y de que la Orden no perecerá nunca

158. Mas recibía mucho consuelo con las visitas del Señor, en las cuales se le aseguraba que los fundamentos de su Religión permanecerían indefectiblemente firmes. Se le prometía también que al número de los que perecían sustituiría ciertamente otro igual de elegidos.

Como el Santo se turbaba una vez de los malos ejemplos y se presentara turbado a la oración, recibió del Señor este reproche: «¿Por qué te conturbas, homúnculo? ¿Es que acaso te he escogido yo como pastor de mi Religión de suerte que no sepas que soy yo su principal dueño? A ti, hombre sencillo, te he escogido para esto: para que lo que yo vaya a hacer en ti con el fin de que los demás lo imiten, lo sigan quienes quieran seguirlo. Yo soy el que ha llamado, y yo el que defenderá y apacentará; y para reparar la caída de algunos suscitaré otros; y, si no hubieren nacido todavía, yo los haré nacer. No te inquietes, pues, antes bien trabaja por tu salvación, porque, aun cuando el número de la Religión se redujere a tres, la Religión permanecerá por siempre firme con mi protección». Desde entonces solía decir que la virtud de un solo santo podía más que una multitud de imperfectos, porque un solo rayo de luz hace desaparecer espesas tinieblas.

CONTRA EL OCIO Y LOS OCIOSOS

Capítulo CXVIII

La revelación que tuvo de cuándo sería servidor de Dios y cuándo no

159. Desde que este hombre, abandonando las cosas caducas, comenzó a adherirse al Señor, no consintió en desperdiciar ni la menor partecilla del tiempo. De hecho, aun después de haber acumulado en los tesoros del Señor méritos incontables, se le veía siempre con el mismo ánimo que al principio, cada vez mas dispuesto a ejercitarse en las cosas del espíritu. Consideraba ofensa grave no estar haciendo algo bueno; tenía por retroceso no adelantar continuamente.

Una vez, mientras descansaba en la celda en Siena, llamó de noche a los compañeros que dormían y les dijo: «Hermanos, he rogado al Señor que me haga saber cuándo soy siervo suyo y cuándo no. Pues -añadió- no quisiera ser sino su siervo. Y el mismo benignísimo Señor acaba de responderme con su dignación: "Sábette siervo mío verdadero cuando piensas, hablas y obras cosas santas". Hermanos, os he llamado por esto: quiero quedar en vergüenza ante vosotros si dejo de hacer alguna vez una de esas tres cosas».

Capítulo CXIX

La penitencia impuesta en la Porciúncula por palabras ociosas

160. Otro día, en Santa María de la Porciúncula, el hombre de Dios, que veía cómo la ganancia de la oración se perdía después en conversaciones ociosas (cf. 2 Cel 19), ordenó, para remedio de éstas, lo siguiente: «Cualquier hermano que incurriere en alguna palabra ociosa o inútil, está obligado a decir en seguida su culpa y a rezar un padrenuestro por cada palabra ociosa. Igualmente, es mi voluntad que, si el hermano se adelanta a acusar su falta, diga el padrenuestro por su propia alma; si se la reprocha antes algún otro hermano, lo dirá por el alma del que le ha reprochado» (122).

Capítulo CXX

Cómo, trabajando él, no podía ver a los ociosos

161. Solía decir que los perezosos que no se familiarizan con ninguno de los trabajos, serán vomitados de la boca del Señor (cf. Ap 3,16). Ningún ocioso podía presentarse delante que no recibiese un reproche mordaz. Pues él, modelo de toda perfección, se ocupaba y trabajaba con sus manos, sin permitirse desperdiciar en nada el don precioso del tiempo (123). Dijo también una vez: «Quiero que todos mis hermanos trabajen y se ocupen en algo, y que los que no saben ningún oficio, lo aprendan» (cf. Test 20-21). Y, señalando el motivo, añadió: «Para ser menos gravosos a los hombres y para que el corazón y la lengua no divaguen, con el ocio, por cosas ilícitas». Y la ganancia o merced del trabajo no la quería a disposición del que trabaja, sino del guardián o de la familia.

Capítulo CXXI

Lamentación dirigida a él sobre los ociosos y los glotones

162. Séame permitido, Padre santo, elevar hoy al cielo una lamentación sobre los que se dicen tuyos. Muchos -que prefieren holgar y no trabajar-, a quienes les resultan odiosas las prácticas de la virtud, demuestran que no son hijos de Francisco, sino de Lucifer. Hay entre nosotros más remisos que dispuestos al esfuerzo, siendo así que, habiendo nacido para el trabajo, debieran considerar su vida como milicia (Job 7,1; 5,7). Ni gustan de progresar en la acción ni pueden adelantar en la contemplación. Después de haber escandalizado a todos por su singularidad, trabajando más con las fauces que con las manos, detestan al que pide cuenta en la puerta y no aguantan que se les toque ni con la punta de los dedos. Pero, como decía el bienaventurado Francisco, me sorprende más el descaro de los que en su casa no hubieran vivido sino del propio sudor, y ahora, sin trabajar, comen del sudor de los pobres. ¡Sagacidad extraña! Aunque no hacen nada, los creerías ocupados siempre. Saben los horarios de las comidas; y, si el hambre los acosa alguna vez, acusan al sol de haberse dormido.

¿Voy a creer, Padre bueno, que estos hombres abominables son dignos de tu gloria? ¡Ni siquiera de tu hábito! Tú has enseñado siempre a buscar las riquezas de los méritos en este tiempo falaz y fugaz, para no verse obligados a mendigar en el futuro. Y estos que han de acabar luego en el destierro, ni siquiera disfrutan en la tierra. Reina este mal en los súbditos porque los prelados lo disimulan, como si fuera posible no incurrir en el castigo de aquellos cuyos vicios toleran.

LOS MINISTROS DE LA PALABRA DE DIOS

Capítulo CXXII

Qué cualidades debe tener el predicador

163. A los ministros de la palabra de Dios los quería tales, que, dedicándose a estudios espirituales, no se embargasen con otras ocupaciones. Pues solía decir que los ha escogido un gran rey para transmitir a los pueblos las órdenes recibidas de boca de él. Observaba: «El predicador debe primero sacar de la oración hecha en secreto lo que vaya a difundir después por los discursos sagrados; debe antes enardecerse interiormente, no sea que transmita palabras que no llevan vida». Aseguraba que el oficio de predicador es digno de veneración; y cuantos lo ejercen, dignos de ser venerados por todos. «Ellos son -decía- la vida de la Iglesia (124), los debeladores de los demonios, la luz del mundo».

Dignos de mayor honor juzgaba aún a los doctores en sagrada teología. Por cierto que un día hizo escribir, dirigiéndose a todos: «A todos los teólogos y a los que nos administran las palabras divinas debemos honrar y tener en veneración, como a quienes nos administran espíritu y vida» (Test 13). Una vez que escribió al bienaventurado Antonio, hizo comenzar la carta con estas palabras: «Al hermano Antonio, mi obispo» (125).

Capítulo CXXIII

Contra los que ambicionan vana alabanza. Exposición de un pasaje profético

164. Pero decía que son de llorar los predicadores que venden -muchas veces- lo que hacen a cambio de una alabanza vana. Y para curar los tumores de éstos les medicinaba de vez en cuando con este antídoto: «¿Por qué os gloriáis de haber convertido a quienes han sido convertidos por las oraciones de mis hermanos los simples?»

Y añadía aquel texto: *Parió la estéril muchos hijos*, con esta explicación: «Estéril es mi hermano pobrecillo, que no tiene el cargo de engendrar hijos en la Iglesia. Ese parirá muchos en el día del juicio, porque a cuantos convierte ahora con sus oraciones privadas, el Juez los inscribirá entonces a gloria de él. *Y se marchitará la que muchos tiene* (1 Sam 2,5), porque el predicador que se goza ahora de haber engendrado muchos él mismo, conocerá entonces que no hubo nada suyo en ellos».

Mas a los que pretenden ser alabados como retóricos más que como predicadores, hablando con elegancia, pero sin amor, no los quería mucho. Y decía que distribuyen mal el tiempo quienes se dan del todo a la predicación sin reservar nada a la devoción. Alababa al predicador -en concreto, a aquel predicador- que a tiempos se retiraba a gustar dentro de sí, a saborear dentro del alma.

LA CONTEMPLACIÓN DEL CREADOR EN LAS CREATURAS

Capítulo CXXIV

El amor del Santo a las creaturas sensibles e insensibles

165. Este feliz viador, que anhelaba salir de este mundo, como lugar de destierro y peregrinación, se servía, y no poco por cierto, de las cosas que hay en él. En cuanto a los príncipes de las tinieblas, se valía, en efecto, del mundo como de campo de batalla; y en cuanto a Dios, como de espejo lucidísimo de su bondad. En una obra cualquiera canta al Artífice de todas; cuanto descubre en las hechuras, lo refiere al Hacedor. Se goza en todas las obras de las manos del Señor (Sal 91,5), y a través de tantos espectáculos de encanto intuye la razón y la causa que les da vida. En las hermosas reconoce al Hermosísimo; cuanto hay de bueno le grita «El que nos ha hecho es el mejor» (126). Por las huellas impresas en las cosas sigue dondequiera al Amado (127), hace con todas una escala por la que sube hasta el trono.

Abraza todas las cosas con indecible afectuosa devoción y les habla del Señor y las exhorta a alabarlo. Deja que los candiles, las lamparas y las candelas se consuman por sí, no queriendo apagar con su mano la claridad, que le era símbolo de la luz eterna. Anda con respeto sobre las piedras, por consideración al que se llama Piedra (128). Cuando ocurre decir el versículo *Me has exaltado en la piedra* (Sal 60,3), como para expresarlo con alguna mayor reverencia, dice: «Me has exaltado a los pies de la Piedra».

A los hermanos que hacen leña prohíbe cortar del todo el árbol, para que le quede la posibilidad de echar brotes. Manda al hortelano que deje a la orilla del huerto franjas sin cultivar, para que a su tiempo el verdor de las hierbas y la belleza de las flores pregonen la hermosura del Padre de todas las cosas. Manda que se destine una porción del huerto para cultivar plantas que den fragancia y flores, para que evoquen a cuantos las ven la fragancia eterna (cf. 1 Cel 81).

Recoge del camino los gusanillos para que no los pisoteen; y manda poner a las abejas miel y el mejor vino para que en los días helados de invierno no mueran de hambre. Llama hermanos a todos los animales, si bien ama particularmente, entre todos, a los mansos.

Pero ¿cómo decirlo todo? Porque la bondad fontal, que será todo en todas las cosas, éralo ya a toda luz en este Santo.

Capítulo CXXV

Cómo las creaturas le correspondían con amor y el fuego que no lo lastimó

166. De ahí que todas las creaturas se esmeran en corresponder con amor al amor del Santo y -como se merece- con muestras de agradecimiento. Cuando las acaricia, le sonrían; cuando les pide algo, acceden; obedecen cuando les manda. He aquí, para solaz, algunos casos.

Durante la enfermedad de los ojos, obligan al Santo a que se deje curar, y llaman al lugar a un cirujano (129). Viene, pues, el cirujano, trayendo consigo un instrumento de hierro para cauterizar; y dispone que lo tengan al fuego hasta volverse incandescente. Mas el bienaventurado Padre, animando a su cuerpo, que tremaba ya de horror, habla así al fuego: «Hermano mío fuego, el Altísimo te ha creado dotado de maravilloso esplendor sobre las demás creaturas, vigoroso, hermoso y útil. Sé ahora benigno conmigo, sé cortés, porque hace mucho que te amo en el Señor (130). Pido al gran Señor que te ha creado que temple tu ardor en esta hora para que pueda soportarlo mientras me cauterizas suavemente». Al término de esta plegaria hace la señal de la cruz sobre el fuego y queda intrépido. El médico toma en las manos el hierro candente y tórrido, los hermanos huyen presa de la compasión, el Santo se ofrece, dispuesto y alegre, al hierro. Crepitante, penetra el hierro en la tierna carne, y el cauterio se extiende, sin solución de continuidad, de la oreja a la sobreceja.

Cuánto dolor le causara el fuego, lo testifican las palabras de quien mejor lo notó, es decir, del Santo. En efecto, sonriéndose, dijo el Padre a los hermanos que habían huido y volvían: «Pusilánimes, de corazón encogido, ¿por qué habéis huido? Os digo en verdad que no he experimentado ni ardor de fuego ni dolor alguno en la carne». Y, dirigiéndose al médico, le dijo aún: «Si la carne no está todavía bien cauterizada, cauterízala de nuevo». El médico, que tenía experiencia de reacciones diferentes en casos parecidos, hizo valer el hecho como milagro divino, observando: «Hermanos, os digo que hoy he visto maravillas».

Creo yo que el Santo, a cuya voluntad se aplacaban creaturas inhumanas, había vuelto a la inocencia primera.

Capítulo CXXVI

La avecilla que vino a posarse en sus manos

167. San Francisco iba de paso, en una pequeña barca, por el lago de Rieti al eremitorio de Greccio. El pescador le ofreció una avecilla de río para que se solazara en el Señor con ella.

Tomándola gozoso el bienaventurado Padre, la invitó mansamente, abiertas las manos, a marchar en libertad. Pero como ella no quería irse, sino que se recostaba en las manos del Santo como si estuviera en un nido pequeño, el Santo, con los ojos levantados, se sumergió en oración. Después de mucho tiempo, vuelto en sí como quien viene de otro mundo, mandó con dulzura a la avecilla que volviera sin temor a la libertad de antes. Con este permiso y una bendición marchó volando, mostrando, con un ademán del cuerpo, una alegría especial.

Capítulo CXXVII

El halcón

168. Mientras el bienaventurado Francisco, huyendo, según costumbre, de la vista y el trato con los hombres, estaba en cierto eremitorio (131), un halcón que había anidado en el lugar entabló estrecho pacto de amistad con él. Tanto que el halcón siempre avisaba de antemano, cantando y haciendo ruido, la hora en que el Santo solía levantarse a la noche para la alabanza divina. Y esto gustaba muchísimo al santo de Dios, pues con la solicitud tan puntual que mostraba para con él le hacía sacudir toda negligencia. En cambio, cuando al Santo le aquejaba algún malestar más de lo habitual, el halcón le dispensaba y no le llamaba a la hora acostumbrada de las vigiliass; y así -cual si Dios lo hubiere amaestrado-, hacia la aurora pulsaba levemente la campana de su voz.

No es de maravillar que las demás creaturas veneren al que es el primero en amar al Creador.

Capítulo CXXVIII

Las abejas

169. Una vez, el siervo de Dios se hizo construir en cierto monte una celdilla, en la que se entregó a penitencia muy rigurosa por cuarenta días. Al retirarse pasados los días, la celda quedó como en la soledad al no haber ningún sucesor. Había quedado en ella un vaso de arcilla, que el Santo usaba para beber. Como quiera que algunos acostumbraban ir a veces al lugar por veneración del Santo, encuentran un día el vaso lleno de abejas. Estaban éstas fabricando en él, con arte maravilloso, las celdillas de un panal, que simbolizaban de veras la dulzura de la contemplación que el santo de Dios había gustado en el lugar.

Capítulo CXXIX

El faisán

170. Cierta noble del condado de Siena envió al bienaventurado Francisco, que estaba enfermo, un faisán. En la alegría de recibirlo, no por el apetito de comerlo, sino por la costumbre que tenía de alegrarse siempre en tales casos por amor del Creador, le dijo al faisán: «Hermano faisán, alabado sea nuestro Creador». Y a los hermanos: «Hagamos ahora prueba de si el hermano faisán quiere quedarse con nosotros o volver a los lugares a los que está hecho y que le son más convenientes». Y, por orden del Santo, un hermano lo llevó lejos y lo dejó en una viña; pero el faisán volvió con paso veloz a la celda del Padre. El Santo ordena de nuevo que se le aleje más; pero el faisán volvió a toda prisa a la puerta de la celda y logró entrar en ella como forcejando, amparándose bajo las túnicas de los hermanos que estaban en la puerta. Después de

esto, el Santo, abrazándolo y acariciándolo mientras le decía palabras de ternura, mandó que se le diese de comer con diligencia.

Presenciando esto un médico gran devoto del santo de Dios, pidió el faisán a los hermanos, no para comerlo, sino para alimentarlo por reverencia al Santo. Y ¿qué? Lo llevó consigo a casa; pero el faisán, igual que si hubiese recibido una injuria, al verse separado del Santo, no quiso comer nada todo el tiempo que estuvo separado de él. Se maravilló el médico, y, devolviendo en seguida el faisán al Santo, contó al detalle todo lo que había pasado. En cuanto el faisán, dejado en el suelo, vio a su padre, comenzó a comer con gusto.

Capítulo CXXX

La cigarra

171. En la Porciúncula, cerca de la celdilla del santo de Dios, una cigarra que se aposentaba en una higuera cantaba muchas veces con suave insistencia. La llamó un día bondadosamente hacia sí el bienaventurado Padre, extendiéndole la mano, y le dijo: «Hermana mía cigarra, ven a mí». La cigarra, como si estuviera dotada de razón, se pone al pronto en sus manos. Le dice: «Canta, hermana mía cigarra, y alaba jubilosa al Señor, tu creador». Obediente en seguida, la cigarra comenzó a cantar, y no cesó hasta que el varón de Dios, uniendo su alabanza al canto de ella, la mandó que volviese al lugar donde solía estar. Allí se mantuvo, como atada, por ocho días seguidos. Y el Santo, al bajar de la celda, la acariciaba con las manos, la mandaba cantar; a estas órdenes estaba siempre dispuesta a obedecer. Y dijo el Santo a sus compañeros: «Licenciamos a nuestra hermana cigarra, que bastante nos ha alegrado hasta ahora con su alabanza, para que nuestra carne no pueda vanagloriarse de eso». Y al punto, con el permiso del Santo, se alejó y no apareció más en el lugar. Los hermanos testigos del hecho quedaron admirados sobremanera.

LA CARIDAD

Capítulo CXXXI

Su caridad y cómo, para salvar las almas, quería mostrarse modelo de perfección

172. No es de extrañar que a quien la fuerza del amor había hecho hermano de las demás creaturas, la caridad de Cristo lo hiciera más hermano de las que están marcadas con la imagen del Creador. Solía decir al efecto que nada hay más excelente que la salvación de las almas. Y lo razonaba muchas veces recurriendo al hecho de que el unigénito de Dios se hubiese dignado morir colgado en la cruz por las almas. De aquí nacieron su recurso a la oración, sus correrías de predicación, sus demasías en dar ejemplo. No se creía amigo de Cristo si no amaba las almas que él ha amado. Y ésta era -en lo más íntimo de él- la razón principal de su veneración a los doctores (cf. 2 Cel 163), que, como colaboradores de Cristo, desempeñan la misma misión con Cristo. Y aun a los mismos hermanos -como a quienes profesaban juntos una misma fe singular y como a quienes unía una misma participación en la herencia eterna- los abrazaba con el más entrañable y total amor sobremanera.

173. Cuantas veces lo reprendían por la aspereza de su vida, respondía que había sido dado a la Orden como modelo, igual que el águila que incita a volar a sus polluelos (Dt 32,11). Por eso, si bien su carne inocente, que se sometía ya espontánea al espíritu, no necesitara que se la azotase por pecados, con todo, el Santo le infligía nuevos malos tratos por la razón de ser modelo, recorriendo los caminos difíciles solamente por el ejemplo debido a los demás (Sal 16,4).

Con razón por cierto, pues se mira más a las obras que a las palabras de los prelados. Padre, con las obras perorabas con más suavidad, persuadías con más facilidad, probabas con más seguridad. Aunque los prelados hablen lenguas de hombres y de ángeles, si no dan ejemplos de caridad, poco me aprovecharán a mí, nada a sí mismos (132). Pero si el que tiene que corregir no se hace en absoluto de temer y el capricho suplanta a la razón, ¿bastarán los sellos (133) para salvarse? Sin embargo, se ha de hacer lo que mandan con imperio (Adm 3,5), para que la corriente de agua, bien que pasando por canales enjutos, llegue a los cuadros del jardín. Y entre tanto recójanse rosas de las espinas, para que el mayor sirva al menor.

Capítulo CXXXII

El cuidado de los súbditos

174. Y hablando de esto, ¿quién ha llegado a tener la solicitud de Francisco por los súbditos? Alza en todo momento las manos al cielo por los verdaderos israelitas (134), y, aun olvidado de sí, busca, antes que todo, la salvación de los hermanos. Se postra a los pies de la Majestad, ofrece sacrificios espirituales por los hijos, mueve a Dios a hacerles bien. Lleno de temor, compadece con amor a la pequeña grey atraída en pos de sí, no sea que, después de haber perdido el mundo, pierda también el cielo. Le parecía desmerecer la gloria para sí si no hacía gloriosos a una consigo a los que se le habían confiado (cf. 1 R 4,6), a quienes su espíritu engendraba más trabajosamente que las entrañas de la madre cuando los había dado a luz.

Capítulo CXXXIII

Compasión para con los enfermos

175. Tenía mucha compasión de los enfermos, mucha solicitud por las necesidades de ellos. Si la caridad de los seglares le enviaba alguna vez manjares selectos, aun necesitándolos él sobre todos, los daba a los demás enfermos. Hacía suyos los sufrimientos de todos los enfermos y les dirigía palabras de compasión cuando no podía prestarles otra ayuda. En días de ayuno comía también él, para que los enfermos no se avergonzaran de comer, y no tenía reparo en pedir carne por lugares públicos de la ciudad para el hermano enfermo.

Aconsejaba, con todo, a los enfermos sufrir con paciencia las privaciones y no dar mal ejemplo si no se les satisfacía en todo. Así, en una regla hizo escribir estas palabras: «Ruego a todos mis hermanos enfermos que en sus enfermedades no se aíren ni se conturben contra Dios o contra los hermanos. No pidan medicinas con demasiado afán, ni tengan desordenado deseo de que sane la carne, que ha de morir pronto y es enemiga del alma. Den gracias a Dios por todo y quieran estar como Dios quiere que estén. Porque Dios ejercita con el aguijón de los castigos y de las enfermedades a cuantos ha ordenado para la vida eterna, como dice Él mismo: *Yo reprendo y castigo a los que amo*» (1 R 10,3-4; Ap 3,19).

176. Enterado un día de las ganas de comer uvas que tenía un enfermo, lo llevó a la viña y, sentándose bajo una vid, comenzó a comerlas para animar al enfermo a que las comiera.

Capítulo CXXXIV

La compasión que tenía para con los enfermos de alma y cómo algunos se conducen contrariamente

177. Alentaba con mayor clemencia y soportaba con más paciencia a aquellos enfermos de quienes sabía que, como niños que fluctúan, estaban agitados por tentaciones y vivían con el ánimo apocado. Por eso, evitando con ellos las correcciones ásperas -si no veía peligro en esto-, se ahorra la vara para guardar las almas. Decía que toca al prelado, que es padre (135) y no tirano, prevenir las ocasiones de pecar e impedir que caiga quien, una vez caído, difícilmente se levantaría.

¡Desdichada insensatez, digna de compadecerse, la de nuestros días! Y no se trata sólo de que no levantamos o no sostenemos a los débiles, sino que a veces los empujamos para que caigan. Tenemos en nada el sustraer al sumo Pastor una ovejuela, por la cual ofreció en la cruz poderosos clamores y lágrimas. De diferente manera te portabas tú, Padre santo, que preferías la enmienda a la perdición. Sabemos, con todo, que el mal del amor propio está muy arraigado en algunos, y que éstos necesitan cauterio y no ungüento. Está claro, pues, que para muchos es más saludable regirlos con cetro de hierro que pasarles la mano. Pero aceite y vino, vara y cayado, severidad y clemencia, cauterio y unción, cárcel y regazo, todo tiene su tiempo. Todo ello reclama el Dios de las venganzas y el Padre de las misericordias, quien, sin embargo, prefiere la misericordia al sacrificio (Mt 9,13).

Capítulo CXXXV

Los hermanos españoles

178. En ocasiones, este varón santísimo era arrebatado hacia Dios de modo maravilloso y experimentaba en su espíritu transportes de alegría cada vez que llegaba hasta él el buen olor de los hijos. Un clérigo español dado a Dios tuvo la dicha de ver y hablar con San Francisco. Y, entre otras noticias que le trajo de los hermanos de España, alegró al Santo con el siguiente relato:

- Tus hermanos, que viven en un eremitorio pobrecillo de nuestra tierra, se habían reglamentado su forma de vida de tal modo, que la mitad de ellos atendía a los quehaceres de casa, y la otra mitad a la contemplación. Así, cada semana la vida activa se tornaba contemplativa, y la quietud de los contemplativos activa (136). Un día, puesta la mesa y hecha la señal de llamada, acuden todos menos uno de los contemplativos de turno. Después de alguna espera se van a la celda para llamarlo a la mesa, a tiempo en que él, en una mesa más espléndida, era alimentado por el Señor. Y así es como le encuentran postrado rostro en tierra, tendido en forma de cruz, sin respiración ni movimiento que diera señales de vida. A su cabeza y a sus pies ardían dos candelabros, que con su resplandor alumbraban maravillosamente la celda. Le dejan en paz para no estorbar la unción, *para no despertar a la amada hasta que ella quiera* (137). Con este motivo, los hermanos tratan de espiar por los resquicios de la celda, estando detrás de las paredes y atisbando por entre las celosías. ¿Qué más? Mientras los amigos miraban a la que habita en los jardines, de pronto se desvanece la luz y el hermano vuelve en sí. Se levanta luego, y, acudiendo a la mesa, dice la culpa por la tardanza. Esto ha sucedido -concluyó el español- en nuestra tierra.

Rociado por la fragancia de los hijos, no podía San Francisco contener su gozo. Al instante prorrumpió en alabanzas, y, como si para él no hubiera otra gloria que la de oír buenas nuevas de los hermanos, desde lo más íntimo exclamó: «Gracias te doy, Señor, santificador y guía de los pobres, que me has regocijado con tales noticias de mis hermanos. Bendice, te ruego, a aquellos hermanos con amplísima bendición y santifica con gracias especiales a cuantos por los buenos ejemplos hacen que su profesión sea fragante».

Capítulo CXXXVI

Contra los que viven mal en los eremitorios y que quería que todas las cosas fueran comunes

179. Aunque hayamos visto por estos episodios la caridad del Santo, que quiere que nos alegremos con él en los éxitos felices de los amados, creemos, con todo, que quedan reprendidos, y no poco, aquellos que viven diferentemente en los eremitorios. Pues son muchos los que convierten el lugar de contemplación en lugar de ocio, y del plan de vida eremítica -instaurada para llevar las almas a la perfección- hacen una sentina de placeres. Los anacoretas de hoy tienen como norma vivir cada uno a su gusto. No extendiendo esto a todos, pues sabemos de santos de carne y huesos que viven en los eremitorios según normas estupendas. Como sabemos de los padres que precedieron, que fueron flores solitarias (138). ¡Ojalá los eremitas de hoy no degeneren de la hermosura primitiva, la alabanza de cuya santidad perdura eterna!

180. Por lo demás, San Francisco, recomendando a todos la caridad, exhortaba a mostrar afabilidad e intimidad de familia. «Quiero -decía- que mis hermanos se muestren hijos de una misma madre; y que a uno que pidiera la túnica, la cuerda u otra cosa, se la dé el otro generosamente. Préstense también mutuamente los libros y cuanto puedan desear, para que nadie se vea forzado a quitárselo al otro». Y, con el fin de no decir tampoco en esto algo que Cristo no hiciera por medio de él (cf. Rm 15,18), era el primero en hacerlo.

Capítulo CXXXVII

Dos hermanos franceses a quienes dio su túnica

181. Dos hermanos franceses muy santos toparon con San Francisco en el camino. A los que experimentaban ya una alegría indecible por el encuentro, se les duplicó el gozo, según que había sido larga la fatiga por el deseo de verlo. Después de dulces demostraciones de afecto y de gratas conversaciones, su ardiente devoción pidió a San Francisco la túnica que vestía. Éste, sacándola en seguida y quedándose desnudo, se la entregó con muchísimo gusto, y se vistió -recibida en piadoso cambio- la de uno de ellos, más pobre que la suya (cf. 2 Cel 50). No sólo hacía tales cosas, sino que estaba también pronto a entregarse por entero a sí mismo hasta agotarse; y daba muy gozosamente cuanto le pedían.

LA DETRACCIÓN

Capítulo CXXXVIII

Cómo quería que se castigase a los detractores

182. Si toda alma llena de caridad aborrece a los que Dios aborrece, así ocurría en san Francisco. Execrando, en efecto, de modo espantoso a los detractores más que a otra clase de viciosos, solía decir de ellos que llevan veneno en la lengua, con que inficionan a los demás (cf. Adm 25). Por eso, si los chismosos y pulgas mordaces hablaban alguna vez, los evitaba -como nosotros mismos lo vimos- y se apartaba por no prestarles oído, no fuera que se manchase oyéndolos.

Así, un día que oyó a un hermano denigrar la fama de otro, volviéndose a su vicario, el hermano Pedro Cattani, se expresó en estos términos terribles: «Amenazan divisiones a la Orden si no se hace frente a los detractores. El perfume suavísimo de muchos se tornará pronto hediondo si no se tapan las bocas de los hediondos (cf. 2 Cel 155). Anda, anda, examina con cuidado, y si ves que el hermano acusado es inocente, haz saber a todos -por medio de una corrección severa- quién es el que ha acusado. Si tú no puedes castigarlo por ti mismo, ponlo en

las manos del púgil florentino. (Es que llamaba púgil al hermano Juan de Florencia, que era hombre alto de estatura y muy forzado) (139). Quiero -continuó- que tú, así como todos los ministros, tengáis sumo cuidado de que este mal pestífero no se difunda más».

Y a veces juzgaba que quien había arrancado el buen nombre de su hermano, merecía ser despojado del hábito, y que no podía elevar los ojos a Dios si primero no devolvía lo que había robado. Por eso -como muestra de una abominación más eficaz-, los hermanos de entonces habían dispuesto entre sí, con una sanción en firme, evitar cuidadosamente todo cuanto rebajara el honor de los demás o sonare a injuria. ¡Muy recta y acertadamente por cierto! Pues ¿qué es el detractor sino hiel entre los hombres, fermento de maldad, deshonor del universo? Y ¿qué es el hombre de lengua doble sino escándalo de la Religión, veneno del claustro, desintegración de la unidad? ¡Ay!, que la tierra está cubierta de animales venenosos, y ningún hombre de bien puede escapar de las mordeduras de los enemigos. Se prometen premios a los acusadores y, humillando la inocencia, se da, a las veces, la palma a la falsedad. Más: cuando alguien no es capaz de vivir de su hombría de bien, se gana con qué comer y con qué vestir destruyendo la de los demás.

183. A este propósito, San Francisco observaba a menudo: «El detractor se dice a sí: "Me falta santidad de vida, no tengo el prestigio de la ciencia o de otra disposición peculiar, por lo que no encuentro puesto ni ante Dios ni ante los hombres. Ya sé qué he de hacer: pondré tacha en los elegidos y ganaré el favor de los grandes. Sé que mi prelado es un hombre y que echa a veces mano de este mismo procedimiento, es decir, de cortar los cedros y dejar ver sólo zarzales en el bosque". ¡Ea, miserable! Sáciate de carne humana, y pues no puedes vivir de otra manera, roe las entrañas de los hermanos. Esos tales se esfuerzan en parecer buenos, no en hacerse de veras; denuncian vicios y no se despojan de vicios. Alaban sólo a aquellos por cuya autoridad quieren verse protegidos y omiten toda alabanza si ésta no ha de llegar a oídos del interesado. Venden, a cambio de alabanzas dañosas, la palidez del rostro debida al ayuno con el fin de parecer espirituales que juzguen de todo, sin que ellos puedan ser juzgados por nadie (cf. 1 Cor 2,15). Tienen la fama de la santidad, pero no las obras; nombre de ángeles, pero no la virtud de los mismos.

DESCRIPCIÓN DEL MINISTRO GENERAL Y DE OTROS MINISTROS

Capítulo CXXXIX

Cómo debe portarse con los compañeros

184. Hacia el fin de su vida de entrega al Señor, un hermano solícito siempre de las cosas que se refieren a Dios, movido de amor hacia la Orden, inquirió: «Padre, tú te irás, y la familia que te ha seguido va a quedar en este valle de lágrimas. Indica, si lo ves en la Orden, alguno en cuya confianza pueda descansar tu animo, a quien pueda imponerse con seguridad el peso de ministro general». Respondió San Francisco, entrecortando sus palabras con suspiros: «Hijo, no veo ninguno capaz de ser caudillo de ejército tan diverso, pastor de grey tan numerosa. Pero quiero haceros su retrato, esto es, como dice el adagio, modelaros el tipo, en el cual se vean las cualidades que ha de tener el padre de esta familia».

185. «Debe ser -dice- hombre de mucha reputación, de gran discreción, de fama excelente. Hombre sin amistades particulares, no sea que, inclinándose más a favor de unos, dé mal ejemplo a todos. Hombre amigo de entregarse a la santa oración, que dé unas horas a su alma y otras a la grey que se le ha confiado. Debe comenzar la mañana con la santa misa y encomendarse a sí mismo y la grey a la protección divina con devoción prolongada. Después de la oración -siguió diciendo- se pondrá a disposición de todos, pronto a ser importunado por todos, a responder a todos, a proveer con dulzura a todos.

»Debe ser hombre en quien no haya lugar para la sórdida acepción de personas, que tenga igual cuidado de los menores y de los simples que de los sabios y mayores. Hombre que, por más que se le haya dado distinguirse en letras, sin embargo, se distinga más como imagen de sencillez piadosa en la conducta y promotor de la virtud. Hombre que excre el dinero -corruptela principal de nuestra profesión y perfección- y que -cabeza de una Religión pobre, mostrándose modelo a la imitación de los demás- no use jamás de peculio.

»Debe bastarle para sí -añadió- el hábito y un pequeño libro de registros; y para los hermanos, un guardaplumas y el sello. No sea coleccionista de libros ni muy dado a la lectura, a fin de no sustraer al cargo lo que da de más al estudio. Hombre que consuele a los afligidos, como último asilo que es de los atribulados, no sea que, por no hallar en él remedios saludables, el mal de la desesperación domine a los enfermos. Para plegar los insolentes a la mansedumbre, abájese él; y, a fin de ganar las almas para Cristo, ceda algún tanto de su derecho. No cierre las entrañas de la misericordia, como a ovejas que se habían perdido, a los desertores de la Orden, sabedor de que se dan tentaciones muy fuertes, que pueden empujar a tan gran caída.

186. »Quisiera que todos lo veneraran como a quien hace las veces de Cristo y lo proveyeran con buena voluntad de todo cuanto necesita. No deberá, con todo, complacerse en los honores (Adm 4) ni contentarse más en los favores que en las injurias. Si alguna vez, por debilidad o por cansancio, necesitase más dieta, no la tome en lugar escondido, sino a la vista de todos, para que los demás no tengan reparo de atender al cuerpo en su flaqueza.

»A él sobre todo toca discernir las conciencias que se cierran y descubrir la verdad oculta en los pliegues más íntimos y no dar oídos a los charlatanes. Finalmente, debe ser tal, que, por la ambición de conservar el honor, no haga vacilar de ningún modo la indefectible norma de la justicia y que sienta que un cargo tan grande le resulta más peso que honor. En todo caso, ni la demasiada suavidad engendre indolencia, ni una indulgencia laxa, relajación de la disciplina, de manera que, siendo amado de todos, llegue también a ser temido de los obradores del mal.

»Y quisiera verlo rodeado de compañeros virtuosos que -al igual que él- se mostraran ejemplo de toda buena obra: rigurosos contra las comodidades, fuertes en las dificultades y afables con tal oportunidad, que recibieran con santo agrado a cuantos acudieran a ellos.

»Ahí tenéis -concluyó- el tipo de ministro general de la Orden; tal como debe ser».

Capítulo CXL

Los ministros provinciales

187. El dichoso Padre requería también todas estas cualidades en los ministros provinciales, bien que en el ministro general deba destacar de modo singular cada una de ellas. Quería que sean afables con los menores y atrayentes por su mucha benevolencia, de modo que los culpables de algo no tengan reparo en confiarse al amor de ellos (cf. CtaM 9-11). Los quería comedidos en las órdenes, indulgentes con las ofensas, dispuestos más bien a soportar las injurias que a devolverlas, enemigos de los vicios, médicos de los viciosos. Los quería, en fin, tales, que por su vida sean espejo de disciplina para los demás. Mas quería también que les preceda el honor que se les debe y que se los ame como a quienes soportan el peso de cuidados y trabajos. Aseguraba que los que gobiernan de ese modo y según estas normas las almas que se les confían, son, delante de Dios, dignos de los más grandes premios.

Capítulo CXLI

Lo que respondió el Santo acerca de los ministros

188. Cierta hermano preguntó una vez al Santo cómo así había privado de su cuidado a los hermanos y los había dejado en manos de otros, como si ya no le pertenecieran (2 Cel 143). Le respondió: «Hijo, amo a los hermanos como puedo; pero, si siguiesen mis huellas, los amaría más, sin duda, y no me desentendería del cuidado de ellos. Hay prelados que los llevan por otros caminos, proponiéndoles ejemplos de los antiguos (140) y teniendo en poco mis consejos. Pero cuál sea el resultado, se verá al final». Y poco después -en un momento en que se le agravó en extremo la enfermedad-, movido por la fuerza del espíritu, se incorporó en el lecho y dijo: «¿Quiénes son esos que me han arrebatado de las manos la Religión mía y de los hermanos? Si voy al capítulo general, ya les haré ver cuál es mi voluntad». Replicó el hermano: «¿Es que ya no vas a cambiar esos ministros provinciales que durante tanto tiempo han abusado de la libertad?» Y el Padre, lamentándose, dio esta terrible respuesta: «Vivan a su gusto, que al fin es menor daño la pérdida de unos pocos que la de muchos».

No decía esto de todos, sino de algunos que, por lo demasiado que duraban en el cargo, parecía que habían reivindicado la prelatura como derecho de herencia. A todos los prelados de regulares, cualquiera que fuese el cargo que ostentasen, recomendaba esto sobre todo: que no cambiasen las costumbres sino para mejorarlas, que no mendigasen favores negociados, que no pensasen en ejercer un poder, sino en cumplir un deber.

LA SANTA SIMPLICIDAD

Capítulo CXLII

Cuál es la verdadera simplicidad

189. El Santo procuraba con mucho empeño en sí y amaba en los demás la santa simplicidad, hija de la gracia, hermana de la sabiduría, madre de la justicia. Pero no daba por buena toda clase de simplicidad, sino tan sólo la que, contenta con Dios, estima vil todo lo demás. Ésta se gloria en el temor de Dios, no sabe hacer ni decir nada malo. Porque se conoce a sí, no condena a nadie, cede a los mejores el poder, que no apetece para sí. Ésta es la que, no considerando como máximo honor las glorias griegas (141), prefiere obrar a enseñar o aprender. Ésta es la que, dejando para los que llevan camino de perderse los rodeos, florituras y juegos de palabras, la ostentación y la petulancia en la interpretación de las leyes, busca no la corteza, sino la médula; no la envoltura, sino el cogollo; no la cantidad, sino la calidad, el bien sumo y estable.

Ésta la requería el Padre santísimo en los hermanos letrados y en los laicos, por no creerla contraria, sino verdaderamente hermana de la sabiduría; bien que los desprovistos de ciencia la adquieren más fácilmente y la usan más expeditamente. Por eso, en las alabanzas a las virtudes que compuso dice así: «¡Salve, reina sabiduría, el Señor te salve con tu hermana la pura santa simplicidad!» (SalVir 1).

Capítulo CXLIII

El hermano Juan el simple

190. Mientras San Francisco pasaba junto a una villa vecina a Asís, un tal Juan, varón simplicísimo, que araba en la heredad, le salió al encuentro y le dijo: «Quiero que me hagas hermano, pues desde hace mucho tiempo deseo servir a Dios». El Santo se alegró a la vista de la simplicidad del hombre y correspondió al deseo de él con estas palabras: «Hermano, si quieres hacerte compañero nuestro, da a los pobres lo que tuvieres, y te recibiré en cuanto te despojes de

los bienes». El hombre suelta al instante los bueyes y ofrece uno a San Francisco, diciendo: «Demos este buey a los pobres, porque tengo derecho a recibir tanto de mi padre en herencia». Sonríe el Santo y estima en mucho este rasgo de simplicidad. Pero los padres y los hermanos pequeños, luego que se enteran de esto, corren con lágrimas en los ojos, lamentando más la pérdida del buey que la del hombre. El Santo les dice: «Estaos tranquilos. Ved que os devuelvo el buey y me llevo al hermano» (142). Toma, pues, consigo al hombre y, después de haberle vestido el hábito de la Religión, lo escoge por compañero especial en gracia de su simplicidad.

Y así fue: si San Francisco estaba -donde sea- meditando, Juan el simple repetía e imitaba de inmediato todos los gestos y posturas de aquél. Si el Santo escupía, él escupía; si tosía, él tosía; unía suspiros a suspiros y llanto a llanto; cuando el Santo levantaba las manos al cielo, levantaba también él las suyas, mirándolo con atención como a modelo y reproduciendo en sí cuanto él hacía. Advirtiéndolo éste, le pregunta un día por qué hace esas cosas. «He prometido -le responde- hacer todo cuanto haces tú; para mí es un peligro pasar por alto algo». El Santo se complace en la pura simplicidad, pero le prohíbe con dulzura que lo siga haciendo. Y así, no mucho después, el simple voló al Señor en esa pureza. El Santo, que proponía muchas veces su vida a la imitación, con muchísimo regocijo lo llamaba no hermano Juan, sino San Juan.

Obsérvese que es propio de la santa simplicidad ajustar la vida a las normas de los mayores, apoyarse siempre en los ejemplos y enseñanzas de los santos. ¿Quién dará a los sabios de este mundo ir con tal aplicación tras el que reina ya en los cielos, al igual que la santa simplicidad se conformaba con él en la tierra? En fin, que, habiendo seguido al Santo en vida, se le adelantó a la vida.

Capítulo CXLIV

Cómo procuraba la unidad entre los hijos y cómo habla de ella en parábolas

191. El Santo tuvo siempre constante deseo y solicitud atenta de asegurar entre los hijos el vínculo de la unidad, para que los que habían sido atraídos por un mismo espíritu y engendrados por un mismo Padre, se estrechasen en paz en el regazo de una misma madre. Quería unir a grandes y pequeños, atar con afecto de hermanos a sabios y simples, conglutinar con la ligadura del amor a los que estaban distanciados entre sí.

Una vez propuso una parábola con moraleja rica de enseñanza: «Se celebra -dijo- un capítulo general de todos los religiosos que hay en la Iglesia. Y como quiera que concurren letrados y no letrados, sabios y quienes sin tener ciencia saben agradar a Dios, se encarga un discurso a uno de los sabios y a uno de los simples. Delibera el sabio, como sabio al fin, y piensa para sí: "No ha lugar a ostentar ciencia donde hay perfectos sabios, ni está bien que, diciendo cosas sutiles ante personas agudísimas, destaque yo por mis alardes. Acaso consiga más fruto hablando con sencillez".

»Amanece el día señalado, se reúne la asamblea de los santos, hay expectativa por oír los discursos. Se adelanta el sabio, vestido de saco, cubierta de ceniza la cabeza, y, predicando más ante la admiración de todos con su compostura, dice con brevedad de palabra: "Grandes cosas hemos prometido, mayores nos están prometidas; guardemos éstas, suspiremos por aquéllas. El deleite es breve; la pena, perpetua; el padecimiento, poco; la gloria, infinita. De muchos la vocación, de pocos la elección, de todos la retribución". Los oyentes compungidos de corazón rompen en llanto, y veneran como a santo al verdadero sabio. El simple dice para sí: "El sabio me ha robado todo lo que yo había decidido hacer y decir. Pero ya sé qué he de hacer. Sé algunos versos de salmos; haré el papel de sabio, ya que él ha hecho el de simple".

»Llega la hora de la sesión del día siguiente. Se levanta el simple, propone como tema el salmo escogido; e, impulsado por el Espíritu, habla tan fervorosa, sutil y devotamente merced a la

inspiración divina, que todos, con asombro, confiesen convencidos: *El Señor tiene sus intimidades con los simples* (Prov 3,32)».

192. Esta parábola con moraleja, que narraba, como se ha dicho, el varón de Dios, la explicaba como sigue: «Nuestra Religión es la asamblea numerosísima y como un sínodo general, que reúne de todas las partes del mundo a los que siguen igual forma de vida. En ella, los sabios convierten en provecho suyo lo que poseen los simples, viendo que los idiotas buscan con fervor las cosas del cielo y que los iletrados, en cuanto hombres, saben gustar las cosas espirituales, en cuanto promovidos por el Espíritu. Los simples, a su vez, aprovechan en ella lo propio de los sabios, viendo igualados a su nivel a hombres ilustres que habrían podido vivir con gran prestigio en cualquier parte del mundo. Resplandece así -concluía el Santo- la hermosura de esta familia dichosa, cuyo multiforme ornato agrada no poco al padre de familia».

Capítulo CXLV

Cómo quería el Santo que se le hiciera la tonsura

193. De cuando en cuando, San Francisco decía al peluquero que le iba a rasurar: «Ten cuidado de no hacerme una corona grande (143), pues quiero que mis hermanos simples tengan puesto en mi cabeza». Quería, en fin, que la Religión fuera lo mismo para pobres e iletrados que para ricos y sabios. Solía decir: «En Dios no hay acepción de personas, y el ministro general de la Religión -que es el Espíritu Santo- se posa igual sobre el pobre y sobre el rico». Hasta quiso incluir estas palabras en la Regla; pero no le fue posible, por estar ya bulada (144).

Capítulo CXLVI

Cómo quería que los grandes sabios que venían a la Orden se despojaran de todas las cosas

194. Dijo una vez que el clérigo encumbrado, cuando venía a la Orden, debía renunciar, en cierto modo, a la ciencia misma, para ofrecerse, expropiado de esa posesión, desnudo en los brazos del Crucificado.

«La ciencia -observaba- hace indóciles a muchos, impidiendo que cierto engolamiento que se da en ellos se pliegue a enseñanzas humildes. Por eso -continuó- quisiera que el hombre de letras me hiciese esta demanda de admisión: "Hermano, mira que he vivido por mucho tiempo en el siglo y no he conocido bien a mi Dios. Te pido que me señales un lugar separado del estrépito del mundo donde pueda pensar con dolor en mis años pasados y, recogíendome de las disipaciones del corazón, enderece mi espíritu hacia cosas mejores". ¿Adónde creéis -añadió- que llegaría el que comenzara de esta manera? Sin duda, se lanzaría, como león desatado de cadenas, con fuerza para todo, y el gusto feliz experimentado al principio se incrementaría en continuos progresos. En fin, éste sí que se entregaría seguro al ministerio de la palabra, porque esparciría lo que le bulle dentro». ¡Enseñanza verdaderamente llena de piedad! ¿Qué otra cosa hay, en efecto, de más urgente necesidad -para el que viene de un mundo tan distinto- que eliminar y limpiar con prácticas de humildad los afectos mundanos fomentados y arraigados por mucho tiempo? Estos que así entran, pronto en la escuela de perfección llegarán a la meta de la perfección.

Capítulo CXLVII

Cómo quería que se instruyeran y cómo apareció a un compañero deseoso de darse a la perfección

195. Le dolía que se buscara la ciencia con descuido de la virtud, sobre todo si cada uno no permanecía en la vocación a la cual fue llamado desde el principio (cf 1 Cor 7,20.24). Decía: «Mis hermanos que se dejan llevar de la curiosidad de saber, se encontrarán el día de la retribución con las manos vacías. Quisiera más que se fortalecieran en la virtud, para que, al llegar las horas de la tribulación, tuviesen consigo al Señor en la angustia. Pues -añadió- la tribulación ha de sobrevenir, y en ella los libros para nada útiles serán echados en las ventanas y en escondrijos». No decía esto porque le desagradaban los estudios de la Escritura, sino para atajar en todos el afán inútil de aprender y porque quería a todos más buenos por la caridad que pedantes por la curiosidad.

Presentía, asimismo, tiempos inminentes, en que estaba seguro de que la ciencia sería ocasión de ruina (Adm 7,3), y, en cambio, el haberse dado a cosas espirituales, sostenimiento del espíritu.

A un hermano laico que quería un salterio y le pedía permiso de tenerlo, en lugar del salterio, le ofreció ceniza.

El Santo, después de su muerte, apareció en visión a uno de los compañeros que se dedicaba a veces a la predicación y se lo prohibió y le ordenó emprender el camino de la simplicidad. Testigo le es Dios de haber experimentado después de esta visión tan gran dulzura, que por muchos días el rocío de la alocución del Padre parecíale que se le instilaba al presente en sus oídos.

LAS DEVOCIONES ESPECIALES DEL SANTO

Capítulo CXLVIII

Cómo se conmovía a la mención del amor de Dios

196. No resultará ni inútil ni impropio hablar brevemente de las devociones especiales de San Francisco. Aunque, como quien gozaba de la unción del Espíritu, su devoción la extendía a todo, sentía, sin embargo, especial inclinación a ciertas devociones. Entre otras expresiones usuales en la conversación, no podía oír la del «amor de Dios» sin conmoverse hondamente. En efecto, al oír mencionar el amor de Dios, de súbito se excitaba, se impresionaba, se inflamaba, como si la voz que sonaba fuera tocara como un plectro la cuerda íntima del corazón. Solía decir que ofrecer ese censo a cambio de la limosna era una noble prodigalidad y que cuantos lo tenían en menor estima que el dinero eran muy necios. Y cierto es que él mismo observó inviolable hasta la muerte el propósito que -entretenido todavía en las cosas del mundo- había hecho de no rechazar a ningún pobre que pidiera por amor de Dios (1 Cel 17; 2 Cel 5).

En una ocasión, no teniendo nada que dar a un pobre que pedía por amor de Dios, toma con disimulo las tijeras y se apresta a partir la túnica. Y lo hubiera hecho de no haberle sorprendido los hermanos, de quienes obtuvo que dieran otra cosa al pobre.

Solía decir: «Tenemos que amar mucho el amor del que nos ha amado mucho» (145).

Capítulo CXLIX

Su devoción a los ángeles y lo que hacía por amor de san Miguel

197. Tenía en muchísima veneración y amor a los ángeles, que están con nosotros en la lucha y van con nosotros entre las sombras de la muerte. Decía que a tales compañeros había que venerarlos en todo lugar; que había que invocar, cuando menos, a los que son nuestros custodios. Enseñaba a no ofender la vista de ellos y a no osar hacer en su presencia lo que no se haría delante de los hombres. Y porque en el coro se salmodia en presencia de los ángeles, quería que todos cuantos hermanos pudieran se reunieran en el coro y salmodiaran allí con devoción. Respecto a San Miguel, que tiene el encargo de conducir las almas a Dios (Dan 12,1), decía muchas veces que hay que venerarlo aún más. Y así, en honor de San Miguel ayunaba devotísimamente la cuaresma que media entre la fiesta de la Asunción y la de aquél. Solía decir: «Cada uno debería ofrecer alguna alabanza o alguna ofrenda especial a Dios en honor de tan gran príncipe».

Capítulo CL

Su devoción a nuestra Señora, a quien encomendó especialmente la Orden

198. Rodeaba de amor indecible a la Madre de Jesús, por haber hecho hermano nuestro al Señor de la majestad. Le tributaba peculiares alabanzas (cf. SalVM y OfP ant), le multiplicaba oraciones, le ofrecía afectos, tantos y tales como no puede expresar lengua humana. Pero lo que más alegra es que la constituyó abogada de la Orden y puso bajo sus alas, para que los nutriese y protegiese hasta el fin, los hijos que estaba a punto de abandonar. ¡Ea, Abogada de los pobres!, cumple con nosotros tu misión de tutora hasta el día señalado por el Padre (Gal 4,2).

Capítulo CLI

La devoción a la navidad del Señor y cómo quería que se atendiera a todos en esa fiesta

199. Con preferencia a las demás solemnidades, celebraba con inefable alegría la del nacimiento del niño Jesús; la llamaba fiesta de las fiestas, en la que Dios, hecho niño pequeñuelo, se crió a los pechos de madre humana. Representaba en su mente imágenes del niño, que besaba con avidez; y la compasión hacia el niño, que había penetrado en su corazón, le hacía incluso balbucir palabras de ternura al modo de los niños. Y era este nombre para él como miel y panal en la boca (1 Cel 84-86 y 115; Prov 16,24).

Una vez que se hablaba en colación de la prohibición de comer carne en navidad, por caer esta fiesta en viernes, le rebatió al hermano Morico: «Hermano, pecas al llamar día de Venus (146) al día en que nos ha nacido el Niño. Quiero -añadió- que en ese día hasta las paredes coman carne; y ya que no pueden, que a lo menos sean untadas por fuera».

200. Quería que en ese día los ricos den de comer en abundancia a los pobres y hambrientos y que los bueyes y los asnos tengan mas pienso y hierba de lo acostumbrado. «Si llegare a hablar con el emperador -dijo-, le rogaré que dicte una disposición general por la que todos los pudientes estén obligados a arrojar trigo y grano por los caminos, para que en tan gran solemnidad las avecillas, sobre todo las hermanas alondras, tengan en abundancia». No recordaba sin lágrimas la penuria que rodeó aquel día a la Virgen pobrecilla. Así, sucedió una vez que, al sentarse para comer, un hermano recuerda la pobreza de la bienaventurada Virgen y hace consideraciones sobre la falta de todo lo necesario en Cristo, su Hijo. Se levanta al momento de la mesa, no cesan los sollozos doloridos, y, bañado en lágrimas, termina de comer el pan sentado sobre la desnuda tierra. De ahí que afirmase que esta virtud es virtud regia, pues ha brillado con tales resplandores en el Rey en la Reina. Y que a los hermanos -reunidos en capítulo- que le pedían su parecer acerca de la virtud que le hace a uno más amigo de Cristo respondiese -como confiando un

secreto del corazón-: «Sabed, hijos, que la pobreza es camino especial de salvación, de frutos muy variados, bien conocidos por pocos».

Capítulo CLII

La devoción al cuerpo del Señor

201. Ardía en fervor, que le penetraba hasta la médula, para con el sacramento del cuerpo del Señor, admirando locamente su cara condescendencia y su condescendiente caridad (147). Juzgaba notable desprecio no oír cada día, a lo menos, una misa, pudiendo oírla. Comulgaba con frecuencia y con devoción tal, como para infundirla también en los demás. Como tenía en gran reverencia lo que es digno de toda reverencia, ofrecía el sacrificio de todos los miembros, y al recibir al Cordero inmolado inmolaba también el alma en el fuego que le ardía de continuo en el altar del corazón.

Por esto amaba a Francia, por ser devota del cuerpo del Señor (148); y deseaba morir allí, por la reverencia en que tenían el sagrado misterio.

Quiso a veces enviar por el mundo hermanos que llevasen copones preciosos, con el fin de que allí donde vieran que estaba colocado con indecencia lo que es el precio de la redención, lo reservaran en el lugar más escogido.

Quería que se tuvieran en mucha veneración las manos del sacerdote, a las cuales se ha concedido el poder tan divino de realizarlo. Decía con frecuencia: «Si me sucediere encontrarme al mismo tiempo con algún santo que viene del cielo y con un sacerdote pobrecillo, me adelantaría a presentar mis respetos al presbítero y correría a besarle las manos, y diría: "¡Oye, San Lorenzo (149), espera!, porque las manos de éste tocan al Verbo de vida y poseen algo que está por encima de lo humano"».

Capítulo CLIII

La devoción a las reliquias de los santos

202. El hombre amado de Dios, que se mostraba devotísimo del culto divino, no descuidada ni dejaba sin venerar cosa que se refiriera a Dios. Hallándose en Monte Casale, en la región de Massa, mandó a los hermanos que trajesen -de una iglesia que estaba abandonada de todos al lugar de los hermanos- con toda reverencia unas reliquias santas. Le dolía vivamente saber que desde hacía mucho tiempo no se les daba el honor debido. Pero, precisado él -por una causa que surgió- a irse a otro lugar, los hijos, olvidando el mandato del Padre, descuidaron el mérito de la obediencia. Mas un día que los hermanos querían celebrar misa, al quitar, como de costumbre, la sabanilla del altar, encontraron unos huesos muy bien conservados y extraordinariamente olorosos. Los hermanos quedaron muy sorprendidos al observar lo que no habían visto hasta entonces. De regreso poco después el santo de Dios, indaga con diligencia si se ha cumplido su orden referente a las reliquias. Mas, confesando humildemente los hermanos su negligencia en obedecer, obtuvieron el perdón mediante una penitencia. Y les dijo el Santo: «Bendito sea el Señor mi Dios, que ha hecho por sí lo que debisteis haber hecho vosotros».

Considera atentamente la devoción de Francisco, admira el beneplácito de Dios respecto al polvo de que estamos hechos y proclama la alabanza de la santa obediencia, pues Dios obedeció a los ruegos de aquel cuya voz no obedecieron los hombres.

Capítulo CLIV

La devoción a la cruz. Un misterio oculto

203. Y para terminar, ¿quién podría decir, quién podría comprender cuán lejos estaba de gloriarse si no es en la cruz del Señor? (Gál 6,14; Adm 5). Sólo a quien lo ha experimentado le es dado saberlo. De seguro que, aun cuando de alguna manera percibiéramos en nosotros aquellas cosas, no encontraríamos de ningún modo -para expresar realidades tan excelentes y maravillosas- palabras que están ya envilecidas por su aplicación a lo cotidiano y vulgar. Y tal vez por eso tuvo que ser revelado en la carne lo que no hubiera podido ser explicado con palabras. Hable, pues, el silencio donde falla la palabra, que también lo significado clama cuando falla el signo. Baste a los hombres saber sólo esto: que no está todavía del todo claro por qué apareció en el Santo aquel sacramento, pues, cuando él se ha dignado hacer alguna revelación, lo que se refiere a la razón y a la finalidad nos lo ha dejado pendiente del futuro (150). Resultará veraz y digno de fe quien tendrá por testigos la naturaleza, la ley y la gracia.

LAS DAMAS POBRES

Capítulo CLV

Cómo quería que las trataran los hermanos

204. No está bien silenciar la memoria del edificio espiritual, mucho más noble que el material, que, después de reparar la iglesia de San Damián, levantó el bienaventurado Padre en aquel lugar, guiándolo el Espíritu Santo, para acrecentar la ciudad del cielo. No es de creer que para reparar una obra perecedera que estaba a punto de arruinarse le hubiera hablado -desde el leño de la cruz y de modo tan estupendo- Cristo, el cual infunde temor y dolor a los que le oyen. Pero, como el Espíritu Santo había predicho ya anteriormente (cf. 1 Cel 18-20 y 2 Cel 13), debía fundarse allí una orden de vírgenes santas que, como un cuerpo de piedras vivas pulimentadas, un día habrán de ser llevadas para restauración de la casa celestial.

Después que las vírgenes de Cristo comenzaron a reunirse en el lugar, afluyendo de diversas partes del mundo, y a profesar vida de mucha perfección en la observancia de la altísima pobreza y con el ornato de toda clase de virtudes, aunque el Padre se retrajo poco a poco de visitarlas, sin embargo, su afecto en el Espíritu Santo no cesó de velar por ellas. En efecto, el Santo -que las veía abonadas por pruebas de muy alta perfección, prontas a soportar y padecer por Cristo toda suerte de persecuciones e incomodidades, decididas a no apartarse nunca de las santas ordenaciones recibidas- prometió prestar ayuda y consejo a perpetuidad, de su parte y de la de sus hermanos, a ellas y a las demás que profesaban firmemente la pobreza con el mismo tenor de vida (151). Mientras vivió fue solícito en cumplirlo así, y, próximo ya a la muerte, mandó con interés que lo cumplieran por siempre, añadiendo que un mismo espíritu había sacado de este siglo a los hermanos y a las damas pobres (152).

205. A los hermanos que se sorprendían a veces de que no visitara personalmente más a tan santas servidoras de Cristo, decía: «Carísimos, no creáis que no las amo de veras. Pues si fuera culpa cultivarlas en Cristo, ¿no hubiese sido culpa mayor el haberlas unido a Cristo? Y si es cierto que el no haber sido llamadas, para nadie es injuria, digo que es suma crueldad el no ocuparse de ellas una vez que han sido llamadas. Pero os doy ejemplo para que vosotros hagáis también como yo hago. No quiero que nadie se ofrezca espontáneamente a visitarlas, sino que dispongo que se destinen al servicio de ellas a quienes no lo quieren y se resisten en gran manera: tan sólo varones espirituales, recomendables por una vida virtuosa de años».

Capítulo CLVI

Cómo reprendió a algunos que por voluntad propia iban a los monasterios

206. Aconteció, en efecto, a cierto hermano que tenía en un monasterio dos hijas de vida ejemplar; como dijera una vez que llevaría a gusto al monasterio un regalillo de nada de parte del Santo, éste lo increpó con muchísimo rigor, repitiéndole unas palabras que no es del caso referir ahora. Por lo que envió el presente con otro que no quería ir, pero que no se resistió muy obstinadamente.

Otro hermano se fue un día de invierno -movido a compasión- a un monasterio, no sabiendo que la voluntad del Santo era tan estrictamente contraria. Enterado de lo ocurrido, el Santo le obligó a andar muchas millas desnudo en el más crudo rigor de una nevada (153).

Capítulo CLVII

De una predicación que les hizo más con el ejemplo que con la palabra

207. Estando en San Damián el Padre santo, e incitado con incesantes súplicas del vicario (154) a que expusiera la palabra de Dios a las hijas, vencido al fin por la insistencia, accedió. Reunidas, como de costumbre, las damas para escuchar la palabra de Dios y no menos para ver al Padre, comenzó éste a orar a Cristo con los ojos levantados al cielo, donde tenía puesto siempre el corazón. Ordena luego que le traigan ceniza; hace con ella en el suelo un círculo alrededor de sí y la sobrante se la pone en la cabeza. Al ver ellas al bienaventurado Padre que permanece callado dentro del círculo de ceniza, un estupor no leve sobresalta sus corazones. De pronto, se levanta el Santo y, atónitas ellas, recita el salmo *Miserere mei, Deus* por toda predicación. Terminado el salmo, sale afuera más que de prisa. Ante la eficacia de esta escenificación fue tanta la contrición que invadió a las siervas de Dios, que, llorando a mares, apenas si podían sujetar las manos que querían cargar sobre sí mismas la vindicta. Les había enseñado plásticamente que las consideraba como a ceniza y que -en relación con ellas- ningún sentimiento llegaba a su corazón que no correspondiera a la reputación presignificada.

Tal era su trato con las mujeres consagradas; tales las visitas, provechosísimas, pero motivadas y raras. Tal su voluntad respecto a todos los hermanos: quería que las sirvieran por Cristo -a quien ellas sirven-, cuidándose, con todo, siempre, como se cuidan las aves, de los lazos tendidos a su paso.

RECOMENDACIÓN DE LA REGLA A LOS HERMANOS

Capítulo CLVIII

Recomendación de la Regla de San Francisco. El hermano que la llevaba consigo

208. Francisco tenía ardentísimo celo de la profesión común de una vida y de la Regla y distinguió con especial bendición a los celadores de ella (155). Así es que decía a los suyos que la Regla es el libro de la vida, esperanza de salvación, médula del Evangelio, camino de perfección, llave del paraíso, pacto de alianza eterna. Quería que la tuvieran todos, que la supieran todos (1 R 24,1) y que en todas partes la confirieran con el hombre interior para razonamiento ante el tedio y recordatorio del juramento prestado. Enseñó que había que tenerla presente a todas horas, como despertador de la conducta que se ha de observar, y -lo que es más- que se debería morir con ella.

Un hermano laico (a quien -creemos- hay que venerarlo entre los mártires) que grabó en sí esta enseñanza, ha logrado la palma de una victoria gloriosa. En efecto, al conducirle los sarracenos al martirio, levantando en alto la Regla entre las manos, las rodillas humildemente dobladas, dijo al compañero: «Hermano carísimo, me acuso, ante los ojos de la Majestad y ante ti, de todas las faltas que he cometido contra esta santa Regla». A esta breve confesión siguió el golpe de espada, que puso fin a la vida con el martirio, realzado luego con prodigios y milagros. Había entrado en la Orden siendo aún tan joven, que apenas podía con el ayuno reglamentario; pero con ser tan tierno, llevaba, sin embargo, un cilicio sobre la carne. ¡Feliz muchacho, que comenzó felizmente y acabo más felizmente! (156).

Capítulo CLIX

Una visión que abona la Regla

209. El Padre santísimo tuvo, respecto a la Regla, una visión acompañada de una voz que venía del cielo. Era el tiempo en que se trataba entre los hermanos acerca de la confirmación de la Regla; al Santo, preocupado con vivo interés por este asunto, se le dio a ver en sueños lo que sigue: le parecía que había recogido del suelo pequeñísimas migajas de pan, que tenía que distribuir a numerosos hermanos que le rodeaban hambrientos. Temía mucho distribuir migajas tan menudas, ante el riesgo de que se le deslizasen por las manos partículas tan diminutas; pero una voz del cielo le animaba con voz poderosa: «Francisco, haz con todas las migajas una hostia y dala a comer a los que quieran comerla». Hizo el Santo como se le había dicho, y cuantos no la recibían devotamente o, recibida, tenían a menos el don, aparecían después notoriamente tocados de lepra. A la mañana siguiente, doliéndose el Santo de no poder descifrar el misterio de la visión, la refiere a los compañeros. Pero poco más tarde, permaneciendo él en vela en oración, se le dio a oír del cielo esta voz: «Francisco, las migajas de la noche pasada son las palabras del Evangelio; la hostia es la Regla; la lepra, la maldad».

Los hermanos de entonces, que estaban muy prontos a toda obra de supererogación, no juzgaban dura o difícil esta fidelidad que habían jurado. Y es que no hay lugar para la languidez y la desidia allí donde el estímulo del amor excita sin cesar a más y mejor.

LAS ENFERMEDADES DE SAN FRANCISCO

Capítulo CLX

Cómo conversó con un hermano sobre la atención que se debe al cuerpo

210. Francisco, el pregonero de Dios, siguió las huellas de Cristo por el camino de innumerables contratiempos y enfermedades recias, pero no echó pie atrás hasta llevar a feliz término con toda perfección lo que con perfección había comenzado. Aun estando agotado y deshecho corporalmente, no se detuvo nunca en el camino de la perfección, nunca consintió en disminuir el rigor de la disciplina. Pues ni era capaz de condescender en lo más mínimo con su cuerpo, ya exhausto, sin remordimiento de la conciencia. E incluso cuando, contra su voluntad, porque era necesario, hubo que aplicarle calmantes por los dolores corporales, superiores a sus fuerzas, habló con calma a un hermano, de quien sabía que iba a recibir un consejo leal: «¿Qué te parece, carísimo hijo, que mi conciencia protesta desde lo íntimo a menudo por el cuidado que tengo de mi cuerpo? Teme ella que soy yo demasiado indulgente con él, enfermo; que me preocupo de aliviarlo con fomentos que lo miman. No porque -acabado como está por largas enfermedades- se deleite ya en tomar algo que le resulte atractivo, pues ya hace tiempo que perdió la apetencia y el sentido del gusto».

211. El hijo, dándose cuenta de que el Señor le ponía en los labios la respuesta adecuada, le respondió con tino: «Dime, Padre, si tienes a bien, con cuánta diligencia te obedeció el cuerpo mientras pudo».

- Hijo, soy testigo -respondió él- de que me ha sido obediente en todo, de que no ha tenido miramiento alguno consigo, sino que iba, como precipitándose, a cumplir cuanto se le ordenaba. No ha recusado trabajo alguno, no se ha hurtado molestia alguna, todo para poder cumplir perfectamente lo mandado. Hemos estado de acuerdo yo y él en esto: en seguir sin resistencia alguna a Cristo el Señor.

- Padre -replicó el hermano-, y ¿dónde está entonces tu generosidad, tu piedad, tu mucha discreción? ¿Es acaso esta correspondencia digna de amigos fieles: recibir con gusto el favor y desatender en tiempo de necesidad al que lo hace? ¿En qué has podido servir hasta ahora a Cristo tu Señor sin la ayuda del cuerpo? Y ¿no se ha expuesto para eso a todo peligro, como confiesas tú mismo?

- Hijo -concede el Padre-, confieso que lo que dices es mucha verdad.

- Y ¿es esto razonable -insiste el hijo-: que desasistas, en necesidad tan manifiesta, a un amigo tan fiel, que se ha expuesto -por ti- a sí mismo con todo lo suyo a la muerte? Lejos de ti, Padre, que eres amparo y báculo de los afligidos; lejos de ti tamaño pecado contra el Señor.

- Bendito seas tú, hijo -replicó el Padre-, que has procurado tan sabios y saludables remedios a mis dificultades.

Comenzó luego a hablar con alegría al cuerpo: «Alégrate, hermano cuerpo, y perdóname, que ya desde ahora condesciendo de buena gana al detalle a tus deseos y me apresuro a atender placentero tus quejas».

Pero ¿qué podía deleitar a aquel cuerpecillo ya extenuado? ¿Qué podía darle consistencia, si iba desmoronándose por todas partes? Francisco estaba ya muerto al mundo y Cristo vivía en él. Los placeres del mundo le eran cruz, porque llevaba arraigada en el corazón la cruz de Cristo. Y por eso le brillaban las llagas al exterior -en la carne-, porque la cruz había echado muy hondas raíces dentro, en el alma.

Capítulo CLXI

Lo que el Señor le había prometido en las enfermedades

212. Era milagroso de veras que un hombre abrumado con dolores vehementes de parte a parte tuviera fuerzas suficientes para tolerarlas. Pero a estas sus aflicciones les daba el nombre no de penas, sino de hermanas. Eran, sin duda, muchas las causas de donde provenían. De hecho, para que alcanzase más gloria por sus triunfos, el Altísimo le preparó situaciones difíciles no sólo en sus comienzos, ya que, estando como estaba avezado en las lides, le proporcionaba todavía ocasiones de victoria. Los seguidores de él tienen también en esto un ejemplo, porque ni con los años moderó su actividad ni con las enfermedades su austeridad. Y no sin causa logró purificación completa en este valle de lágrimas hasta llegar a pagar el último ochavo (Mt 5,26) -si había algo en él que debiera ser purgado en el fuego-, para que finalmente -purificado del todo- pudiera subir de un vuelo al cielo. Pero, a mi juicio, la razón principal de sus sufrimientos era - como él aseguraba refiriéndose a otros- que en sobrellevarlos hay una gran recompensa.

213. Así, pues, una noche en que se sentía más agobiado que de ordinario por varias y dolorosas molestias, comenzó a compadecerse de sí en lo íntimo del corazón (157). Mas para que su espíritu, que estaba pronto, no condescendiera, cual hombre sensual, con la carne, ni por un

instante en cosa alguna, mantiene firme el escudo de la paciencia invocando a Cristo. Hasta que al fin, mientras oraba así puesto en trance de lucha, obtuvo del Señor la promesa de la vida eterna a la luz de este símil: «Si toda la tierra y todo el universo fueran oro precioso sobre toda ponderación; y -libre tú de los dolores- se te diera en recompensa, a cambio de las acerbias molestias que padeces, un tesoro de tan grande gloria, en comparación de la cual el oro propuesto no fuera nada, es más, ni siquiera mereciera nombrarse, ¿no te gozarías sufriendo de buena gana lo que ahora sufres por un poco de tiempo?» «Me gozaría -respondió el Santo-, me gozaría lo indecible». «¡Exulta, pues -le dijo el Señor-, porque tu enfermedad es prenda de mi reino, y espera seguro y cerciorado, por el mérito de la paciencia, la herencia de mi reino!»

¡Cuán grande alegría debió de experimentar este hombre dichoso con la feliz promesa! ¡Con cuánto amor también, y no sólo con cuánta paciencia, debió de abrazar las molestias del cuerpo! Esto lo conoce él al presente a perfección; que entonces no le fue posible decir lo indecible. Alguna poca cosa dijo, con todo, a los compañeros, como pudo. Entonces compuso algunas *Alabanzas de las creaturas*, incitándolas a alabar a su modo al Creador (158).

TRÁNSITO DEL PADRE SANTO

Capítulo CLXII

Cómo exhortó y bendijo al fin a los hermanos

214. *El fin del hombre*, dice el sabio, *descubre lo que él es* (Eclo 11,29). Esto se ve gloriosamente cumplido en este santo. Corriendo por la vía de los mandamientos de Dios con alegría del alma, llegó, por los grados de todas las virtudes, a escalar la cima, y como obra dúctil, perfectamente elaborada a golpes de martillo de múltiples tribulaciones, conducido a la perfección, alcanzó el límite de su consumación. Precisamente sus obras maravillosas resplandecieron más, y apareció a la luz de la verdad que todo su vivir había sido divino cuando, vencidas ya las seducciones de la vida mortal, voló libre al cielo. Pues tuvo por deshonra vivir para el mundo, amó a los suyos en extremo (Jn 13,1), recibió a la muerte cantando.

De hecho, al acercarse a los últimos días, en los cuales a la luz temporal que se desvanecía sucedía la luz perpetua, demostró con ejemplo de virtudes que nada tenía de común con el mundo. Acabado, pues, con aquella enfermedad tan grave que puso fin a todos los dolores, hizo que lo pusieran desnudo sobre la desnuda tierra, para que en aquellas horas últimas, en que el enemigo podía todavía desfogar sus iras, pudiese luchar desnudo con el desnudo (159). En verdad que esperaba intrépido el triunfo y estrechaba ya con las manos entrelazadas la corona de justicia. Puesto así en tierra, despojado de la túnica de saco, volvió, según la costumbre, el rostro al cielo y, todo concentrado en aquella gloria, ocultó con la mano izquierda la llaga del costado derecho para que no se viera. Y dijo a los hermanos: «He concluido mi tarea; Cristo os enseñe la vuestra».

215. A la vista de esto, los hijos se deshacen en lágrimas, y, entre continuados suspiros que les nacen de lo profundo del alma, desfallecen por la demasía de dolor y compasión. Entre tanto, al contenerse algo los sollozos, el guardián, sabedor -más en verdad por inspiración divina- del deseo del Santo, se levantó de pronto y, tomando la túnica, los calzones y una capucha, dijo al Padre: «Reconoce que, por mandato de santa obediencia, se te prestan esta túnica, los calzones y la capucha. Y para que veas que no tienes propiedad sobre estas prendas te retiro todo poder de darlas a nadie». El Santo se goza y exterioriza el júbilo del corazón, porque ve que ha guardado fidelidad hasta el fin a la dama Pobreza. El no querer tener, ni siquiera al fin de su vida, hábito propio, sino prestado, lo hacía por el celo de la pobreza. La gorra de saco la solía llevar en la cabeza para cubrir las cicatrices que le dejó la curación de los ojos, aunque más necesitaba una de piel, liviana, con lana suave y exquisita.

216. Alza después el Santo las manos al cielo y canta a su Cristo, porque, exonerado ya de todas las cosas, se va libre a Él. Pero, con el fin de mostrarse en todo verdadero imitador del Cristo de su Dios, amó en extremo a los hermanos e hijos, a quienes había amado desde el principio. Mandó, pues, que llamasen a todos los hermanos que estaban en el lugar para que vinieran a él, y, alentándolos con palabras de consolación ante el dolor que les causaba su muerte, los exhortó, con afecto de padre, al amor a Dios. Habló largo sobre la paciencia y la guarda de la pobreza, recomendando el santo Evangelio por encima de todas las demás disposiciones. Luego extendió la mano derecha sobre los hermanos que estaban sentados alrededor, y, comenzando por su vicario, la puso en la cabeza de cada uno, y dijo: «Conservaos, hijos todos, en el temor del Señor y permaneced siempre en Él. Y pues se acercan la prueba y la tribulación, dichosos los que perseveraren en la obra emprendida. Yo ya me voy a Dios; a su gracia os encomiendo a todos» (cf 1 Cel 108). Y bendijo -en los hermanos presentes- también a todos los que vivían en cualquier parte del mundo y a los que habían de venir después de ellos hasta el fin de los siglos.

Nadie se acapare para sí esta bendición que el Santo dio en los presentes para los ausentes; como ha sido descrito en otro lugar, hubo en aquella ocasión una cláusula especial; pero de ella se hizo uso para viciar, más bien, el oficio (160).

Capítulo CLXIII

Su muerte y lo que hizo antes de la muerte

217. Como los hermanos lloraban muy amargamente y se lamentaban inconsolables, ordenó el Padre santo que le trajeran un pan. Lo bendijo y partió y dio a comer un pedacito a cada uno. Ordenando asimismo que llevaran el códice de los evangelios, pidió que le leyeran el evangelio según San Juan desde el lugar que comienza *Antes de la fiesta de la Pascua*, etc. Se acordaba de aquella sacratísima cena, aquella última que el Señor celebró con sus discípulos. Todo esto lo hizo, en efecto, en memoria veneranda de aquélla y para poner de manifiesto el afecto de amor que profesaba a los hermanos.

Así que los pocos días que faltaban para su tránsito los empleó en la alabanza, animando a sus amadísimos compañeros a alabar con él a Cristo. Él, a su vez, prorrumpió como pudo en este salmo: *Clamé al Señor con mi voz, con mi voz supliqué al Señor* (Sal 141), etc. Invitaba también a todas las creaturas a alabar a Dios, y con unas estrofas que había compuesto anteriormente él las exhortaba a amar a Dios (cf. 1 Cel 109). Aun a la muerte misma, terrible y antipática para todos, exhortaba a la alabanza, y, saliendo con gozo a su encuentro, la invitaba a hospedarse en su casa: «Bienvenida sea -decía- mi hermana muerte». Y al médico: «Ten valor para pronosticar que está vecina la muerte, que va a ser para mí la puerta de la vida». Y a los hermanos: «Cuando me veáis a punto de expirar, ponedme desnudo sobre la tierra -como me visteis anteayer-, y dejadme yacer así, muerto ya, el tiempo necesario para andar despacio una milla».

Llegó por fin la hora, y, cumplidos en él todos los misterios de Cristo, voló felizmente a Dios.

Cómo un hermano vio el alma del Padre santo en su tránsito

217a. Un hermano -uno de sus discípulos, célebre por la fama notable que disfrutaba- vio el alma del Padre santísimo que subía derecha al cielo, a modo de una estrella grande como la luna y luciente como el sol, avanzando sobre la inmensidad de las aguas llevada sobre una nube blanca.

Con este motivo se reunió numerosa multitud de pueblos, que alababan y glorificaban el nombre del Señor. La ciudad de Asís se lanza en tropel y toda la región corre a ver las maravillas

de Dios, que el Señor había manifestado en su siervo. Los hijos se lamentaban de la orfandad de tan gran padre y hacían ver con lágrimas y suspiros los afectos de piedad del corazón. La novedad del milagro cambió, sin embargo, el llanto en júbilo; el luto, en fiesta. Veían el cuerpo del bienaventurado Padre condecorado con las llagas: veían en medio de las manos y de los pies, no ya las hendiduras de los clavos, sino los clavos mismos, formados de su carne, mejor aún, connaturales a la carne misma, que conservaban el color negruzco del hierro, y el costado derecho, enrojecido de sangre. Su carne, naturalmente morena antes, brillando ahora con blancura extraordinaria, daba fe del premio de la resurrección. Sus miembros, en fin, se volvieron flexibles y blandos, sin la rigidez propia de los muertos, antes bien trocados en miembros como de niño.

Capítulo CLXIV

La visión que tuvo el hermano Agustín ya moribundo

218. Era por entonces ministro de los hermanos de la Tierra de Labor el hermano Agustín, que, moribundo ya, sin habla desde hacía algún tiempo, exclamó de pronto -de modo que oyeron los que estaban presentes-, diciendo: «Espérame, Padre, espérame. Mira que me voy contigo». Y a los hermanos que le preguntaban muy admirados a quién hablaba así: «¿No veis -respondió con animación- a nuestro padre Francisco, que se va al cielo?» Y al instante, su alma, dejando el cuerpo, siguió al Padre santísimo.

Capítulo CLXV

Cómo el Padre santo, después del tránsito, apareció a un hermano

219. A otro hermano de vida laudable que a la sazón estaba absorto en oración, se le apareció aquella misma noche y hora el glorioso Padre vestido de dalmática de púrpura, seguido de innumerable multitud de hombres. Muchos se separaron de la multitud y vinieron a preguntar al hermano: «Hermano, ¿no es éste el Cristo?» Respondió el hermano: «Sí que es él». Pero otros inquirían con nueva pregunta: «¿No es San Francisco?» Y el hermano respondía igualmente que sí. Y es que, igual al hermano que a la multitud que acompañaba a Francisco, les parecía que la persona de Cristo y la del bienaventurado Francisco era la misma.

Para quien quiera entender bien esto no es temerario, pues *quien se adhiere a Dios se hace un espíritu con él* (1 Cor 6,17) y el mismo Dios *será todo en todas las cosas* (1 Cor 12,6). Finalmente llegó el bienaventurado Padre con el maravilloso cortejo a lugares amenísimos, que, regados por aguas cristalinas, verdeaban con la hermosura de toda clase de hierbas, y que constituían un plantío de toda clase de árboles deliciosos y de aspecto primaveral por la belleza de las flores. Se veía, asimismo, un palacio deslumbrante de magnificencia y hermosura singular, en donde entró con transportes de alegría el nuevo vecino del cielo; allí encontró a numerosísimos hermanos; y, sentados a una mesa preparada con todo ornato y colmada de variedad de delicias, comenzó a una con ellos el banquete deleitable.

Capítulo CLXVI

Visión del obispo de Asís acerca del tránsito del Padre santo

220. El obispo de Asís había ido por aquellos días en peregrinación a la iglesia de San Miguel (161). Estando hospedado de regreso en Benevento, el bienaventurado padre Francisco se le apareció en visión la noche misma del tránsito y le dijo: «Mira, padre, dejando el mundo, me voy a Cristo». Al levantarse de mañana el obispo, contó a los compañeros lo que había visto, y ante notario -que para esto había sido citado- hizo constar el día y la hora del tránsito. Y así, del todo apenado y bañado en lágrimas, se dolía de haber perdido el mejor padre. De regreso ya en su ciudad, refirió al detalle lo sucedido y dio rendidas gracias sin fin al Señor por sus dones.

Canonización y translación de San Francisco

220a. En el nombre del Señor Jesús. Amén. En el año de su encarnación 1226, el 4 de octubre -el día que había predicho-, cumplidos veinte años desde que se adhirió con toda perfección a Cristo, el varón apostólico Francisco, seguidor de la vida y huellas de los apóstoles, libre de las cadenas de la vida mortal, pasó felizmente a Cristo; y, sepultado cerca de la ciudad de Asís (162), comenzó a brillar en todas partes con variedad de milagros, con tantos y tan admirables prodigios, que atrajo en breve tiempo a gran parte del mundo a lo que era la admiración del nuevo siglo. Como brillara ya en diversas partes con nueva luz de milagros y afluyeran de todas partes muchos que se alegraban de haber sido librados de sus desgracias por intervención de él, el señor papa Gregorio, que a la sazón estaba en Perusa con todos los cardenales y otros prelados de diversas iglesias, comenzó a mover el asunto de la canonización, hasta que, acordes todos, convinieron en ella. Leen y aprueban los milagros que había hecho el Señor por su siervo y enaltecen con ponderadísimos elogios la vida y conducta del bienaventurado Padre.

Convocados previamente a tan gran solemnidad los príncipes de la tierra y numerosos prelados, acompañados de multitud incontable del pueblo, haciendo corte al dichoso papa, entran el día señalado en la ciudad de Asís para celebrar en ella, para mayor exaltación del Santo, su canonización. Al llegar todos al lugar preparado para tan solemne concentración, el papa Gregorio se dirige, en primer lugar, a todo el pueblo y narra con afecto melifluido las maravillas de Dios. Ensalza, asimismo, al santo padre Francisco en un discurso celebrísimo, bañado en lágrimas al dar a conocer la pureza de su vida. Y, acabado el discurso, el papa Gregorio, alzando las manos al cielo, proclamó con voz vibrante... (163).

Capítulo CLXVII

Oración de los compañeros al Santo

221. Henos aquí, bienaventurado Padre nuestro: el afán de la simplicidad se ha empeñado en cantar a su manera tus magníficas obras y en divulgar para tu gloria siquiera unas cuantas de las incontables virtudes de tu santidad. Sabemos que nuestras palabras -que no están a tono para cantar las excelencias de tan alta perfección- han dejado muy sombreadas tus esplendorosas maravillas. Te pedimos -a ti y a los lectores- que apreciéis nuestro afecto por el empeño que hemos puesto, alegrándonos de que el ápice de una vida maravillosa supere a la pluma humana.

Porque ¿quién, ¡oh insigne entre los santos!, podrá engendrar en sí mismo o comunicar a los demás aquellos fervores de tu espíritu?; y ¿quién será capaz de concebir aquellos inefables afectos que desde ti saltaban incesantemente hasta Dios? Pero hemos escrito lo que precede enfrascados en tu dulce memoria, intentando -mientras vivimos- darla a conocer a los demás siquiera balbuciendo. Te nutres ya de la flor de harina (Sal 80,17), tú en otro tiempo hambriento; te abresas en el torrente de delicias (Sal 35,9), tú que hasta ahora tenías sed. No te creemos, con todo, saciado de la abundancia de la casa de Dios como para que te hayas olvidado de tus hijos, pues Aquel en quien te abresas se acuerda también de nosotros. Llévanos, pues, en pos de ti, Padre venerado, para que corramos tras el suave perfume de tus ungüentos (Ct 1,3), nosotros a

quienes ves tibios por la desidia, lánguidos por la pereza, semivivos por la negligencia. Ya la pequeña grey te sigue con paso vacilante, y la mirada deslumbrada de sus ojos enfermos no aguanta los destellos de tu perfección. Haz que nuestros días sean como los primeros, tú que eres espejo y modelo de perfectos, y no consientas que, siendo iguales a ti en la profesión, seamos desiguales en la vida.

222. Nos postramos ya ante la clemencia de la majestad eterna; presentamos ahora nuestras humildes oraciones por el siervo de Cristo, nuestro ministro, sucesor tuyo en la santa humildad y émulo en el celo de la verdadera pobreza, el cual se cuida de tus ovejas con solicitud, con suave dulzura por amor de tu Cristo. Te pedimos, santo, que lo guíes y veles por él, para que, adherido siempre a tus mismas huellas, llegue a conquistar a perpetuidad la alabanza y la gloria que tú has conseguido.

223. Padre benignísimo, te suplicamos también con todo el afecto del corazón por aquel hijo tuyo que ahora -como ya en otras ocasiones- ha escrito con devoción tus loores. Él se ofrece y consagra a ti, y a la par te presenta y dedica esta pequeña obra compilada, si no acreditado por méritos, sí, en cambio, por el empeño que ha puesto piadosamente. Dígnate defenderlo y guardarlo de todo mal, dale aumento de méritos en santidad y haz que por tus ruegos llegue a gozar por siempre de la compañía de los santos.

224. Padre, acuérdate de todos tus hijos, que, angustiados por indecibles peligros, sabes muy bien tú, santísimo, cuán de lejos siguen tus huellas. Dales fuerza, para que resistan; hazlos puros, para que resplandezcan; llénalos de alegría, para que disfruten. Impetra que se derrame sobre ellos el espíritu de gracia y de oración, para que tengan, como tú, la verdadera humildad; guarden, como tú, la pobreza; merezcan, como tú, la caridad con que amaste siempre a Cristo crucificado, quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

- 1) El capítulo general de Génova, en 1244; el ministro general era Crescencio de Jesi.
- 2) Celano ingresó en la Orden en 1214 ó 1215 y pasó a Alemania en 1221; pudo, pues, conocer a San Francisco por seis años. Pero aquí, más que en nombre propio, habla en el de los que fueron compañeros del Santo por largo tiempo.
- 3) La expresión está tomada de Is 26,8.
- 4) La «providencia» se representa aquí en Pedro Bernardone, que, en su alegría al volver de una expedición de Francia, hizo llamar Francisco a su hijo (TC 1). El nombre no era entonces muy usado; se generalizó después del Santo. Cf. el muy documentado artículo de Bihl, *De nomine sancti Francisci*: AFH 19 (1929) p. 469-529.
- 5) Al abatimiento del dominio imperial aparecen los contrastes entre los habitantes de Asís. La clase popular se levanta contra los nobles, que, solicitando ayuda, acuden a Perusa. No deseaba otra cosa esta ciudad. Pero la clase popular asisiense no se doblegó ni a los nobles conciudadanos ni a los perusinos. Las luchas duraron, con treguas intermedias, de 1202 a 1209. Entre los guerreros de Asís se encontraba también Francisco. Tras la batalla de 1202 en Ponte San Giovanni, a media altura entre las dos ciudades, fueron vencidos los asisienses, y Francisco cayó prisionero. Estuvo en prisión un año. El 31 de agosto de 1205 se llegó a una paz provisoria.
- 6) Su prisión duró un año.
- 7) Frase tomada del oficio de San Martín, que la liturgia aplica a San Francisco: *Franciscus pauper et humilis caelum dives ingreditur*.
- 8) Esta imagen, de estilo bizantino, se conserva en la iglesia de Santa Clara de Asís, a la que fue trasladada cuando las clarisas abandonaron San Damián en 1260.
- 9) Respuesta ignorada por 1 Cel 15.
- 10) *Ad petendam regulam*: Francisco no ha pedido una regla, sino la aprobación de la Regla ya compuesta. El verbo *petere* se usa aquí en sentido jurídico: pedir el reconocimiento de un derecho.
- 11) Ni el episodio ni la parábola se encuentran en 1 Cel. Son, con todo, anteriores, pues los consigna Odón de Chérítón (condado de Kent) en su colección de sermones para los evangelios dominicales, compuesto en 1219 (Bihl, *Sancti Francisci parabola*: AFH 22 [1929] p. 584-86).
- 12) LM 3,10 indica que el papa hace tonsurar aun a los hermanos laicos para que puedan predicar sin que las autoridades eclesiásticas locales los tomen como sospechosos de herejía.
- 13) Un documento de 1160 confirma esta afirmación de Celano (A. Fortini, *Nova vita di San Francesco*, p. 385).
- 14) Cf. 1 Cel 44; 2 Cel 57 y 59. La distinción jurídica aquí utilizada se apoya en la bula *Quo elongati* (1230), de Gregorio IX.
- 15) Acaso los pasajes de Heb 11,33-38 y 2 Cor 11,23-29.
- 16) *Sale conditum sacrificium*: la sal de la alianza de Dios (Lev 2,13).
- 17) *Dispensatione*: administración, gestión económica, *cargo de mayordomo o de padre de familia*.

- 18) Nótese cómo se aplica aquí a la *Iglesia* la frase usada: seguir las huellas de *Cristo*.
- 19) Dt 13,13; 1 Sam 2,13; 25,17. Cf. también 2 Cor 6,15.
- 20) Sal 17,8. *Montes* se aplica, metafóricamente, a los cardenales, ya que en ellos se apoya el papa para el gobierno de la iglesia, como sobre siete colinas se apoya la ciudad de Roma.
- 21) *Alumnus*, en la latinidad posterior, tiene este sentido activo y no el sentido clásico de *ser discípulo de otro*.
- 22) Acaecía esto el 29 de agosto de 1219. Cf. 1 Cel 57. Los hermanos Pedro Cattani, Iluminado, Elías y Cesáreo de Espira acompañaban a San Francisco (cf. Jordán de Giano, *Crónica*, 11.12.14).
- 23) Una bula de Honorio III de 15 de marzo de 1219 confirma el testimonio de Celano: concede al arzobispo de Toledo la facultad de conmutar, a favor de la cruzada contra los moros de España, los votos de los que se habían alistado para la cruzada de Oriente, a excepción de los nobles y los caballeros. Atanasio López publicó la bula en AIA 14 (1920) p. 498; cf. también Delorme, *Les espagnoles à la bataille de Damiette*: AFH 16 (1923) p. 245-46.
- 24) El suceso tuvo lugar, según LM 11,11, en un capítulo.
- 25) Puede que ocurriera en 1242, cuando Rieti, por su fidelidad al papa, fue asediada (1241-44) por las fuerzas de Federico II. Sabemos que, en mayo de 1242, Andrés de Cicala, capitán del reino de Nápoles, asoló los alrededores de la ciudad de Rieti por orden del emperador.
- 26) Las discordias entre la nobleza y la clase popular en Perugia nacieron en 1214. Con ocasión de ellas se dieron diversas intervenciones de los romanos pontífices: de Inocencio III, en 1214; de Honorio III, en 1218. En 1223 hubo nuevos enfrentamientos; volvieron a repetirse en 1225. Puede que el hecho a que aquí se refiere tuviera lugar en 1213 (acaso en 1217), cuando todavía no se había impuesto la fama de Francisco. Bigaroni hace notar que, siendo los caballeros representantes de la clase alta, se oponían a la promoción de las clases populares; tal vez por eso no verían con buenos ojos la predicación de San Francisco al pueblo (*Compilatio Assisiensis* [Porziuncola 1975] p. 213 n. 129).
- 27) Sobre los penitentes «en su propia casa», cf. Meersseman, *Le dossier de l'Ordre de la Pénitence au XIII siècle* (Fribourg 1961) p. 4 y 5 (no obstante la interpretación equivocada respecto a San Francisco).
- 28) La región de Nápoles.
- 29) Al lado del lago Fucino, en el Abruzzo, al este del Lazio y sur de Sabina.
- 30) En el palacio del obispo de Rieti (2 Cel 41).
- 31) Al del monte Alverna, según Bartolomé de Pisa (AF 4 p. 38).
- 32) Cf. *Introducción* a las Florecillas.
- 33) *Introducción* a la *Carta al hermano León*.
- 34) En el palacio episcopal (AF 10 p. 162 n. 1).
- 35) En la antigüedad se servían del perejil para reanimar a los moribundos, que es de lo que aquí se trata.

- 36) Tal vez se expresa el autor en términos un poco exagerados. Con ocasión de la partida de Federico II para Tierra Santa, algunas fuerzas imperiales atacaron a la Marca de Ancona y al ducado de Espoleto, que estaban bajo el papa. En respuesta, el ejército pontificio invadió Nápoles, que dependía del emperador. Así nació la guerra. Hubo también guerras en otras regiones de Italia.
- 37) En 1228 hizo su aparición el hambre en la Italia central, durante el conflicto entre Gregorio IX y Federico II. Salimbene cuenta en su *Crónica*: «El precio corriente del trigo oscilaba entre 12 y 15 sueldos imperiales el sextario; una libra de carne de cerdo, 13 sueldos...» (el sextario de trigo daba para amasar siete panes, ración semanal por individuo; el sueldo imperial equivalía a 70 u 80 gramos de oro).
- 38) Mt 8,20; Lc 9,58. En ambos textos se lee «el Hijo del hombre».
- 39) La Porciúncula era considerada como la cuna y modelo de la Orden, porque los postulantes eran admitidos allí a la Orden (LP 56) y allí se reunían todos los hermanos para el capítulo de Pentecostés.
- 40) Sin duda, el episodio tiene lugar en 1221.
- 41) Esta víctima, más bien que Tomás de Celano, sería aquel de quien él recibió la noticia.
- 42) *In carcere* (en la soledad): AF 10 p. 167 n. 5 sugiere que la evolución del sentido de la palabra *carcer* podría ser la siguiente: «cella, reclusorium, eremitorium, desertum».
- 43) *Ciudadanos*: asentados, instalados, en contraposición a *peregrino*, que es la condición del hermano menor.
- 44) Se sabe por LP 74 que los hermanos en la Porciúncula, conformándose al ejemplo y voluntad de su Padre, mientras éste vivió se sentaban en tierra para comer.
- 45) LP 102 relaciona el episodio con una discusión referente al pasaje de la Regla que reproducía la prohibición del Evangelio: *No llevéis nada en el camino* (1 R 14,1).
- 46) En el texto original se dan las aliteraciones entre *ostiensis*, *ostium*, *hostibus*, *hostia*.
- 47) Que le había comprado el señor Juan de Greccio (cf. LP 119).
- 48) La cizaña contiene un elemento narcótico; algunas especies son venenosas; los síntomas que describe San Francisco corresponden justamente a los de una intoxicación alimenticia: cefalalgia, contracción espasmódica de los músculos, hormigueo, accesos convulsivos...
- 49) Alusión a Núm 14,2-4 en que los hebreos añoran las cebollas de Egipto y querían recuperar lo que fue para ellos, a la vez, tierra de placer y de esclavitud.
- 50) En 1 Cel 27 aparece un deseo exactamente opuesto.
- 51) Sal 68,33s. Francisco ha incluido este último verso en su OfP 14,5.
- 52) Mt 25,40 y 45. Los dos versículos han sido fundidos en uno solo por San Francisco, que ha reemplazado las palabras «a los más pequeños de entre los míos» por las del versículo 45, donde el comparativo *minoribus* permite una aplicación literal a los hermanos menores.
- 53) "Gran profeta", Cristo; cf. Lc 7,16.

- 54) ¿Querrá, acaso, referirse a excusas respecto de la mendicación? La frase con que comienza el párrafo parece sugerir que hay situaciones en que las limosnas voluntariamente ofrecidas pueden llevar a los hermanos a no buscarlas. Tal podría ocurrir en las ciudades; por el contrario, la mendicidad era el único medio de sustento en los eremitorios.
- 55) Para entender bien este párrafo y los tres siguientes hay que recordar toda la interpretación «caballeresca» del reino de Dios en el siglo XIII.
- 56) Esta localidad está situada cerca de San Giovanni dei Tre Fossi, a lo largo de la antigua ruta de Asís a Nocera Umbra.
- 57) Lc 10,8; texto consignado en 1 R 3 y 2 R 3.
- 58) Sobre *loculi*, bolsas, cf. Jn 12,6; Adm 4,3.
- 59) La pobreza es interpretada, de ordinario, como esposa del Hijo (2 Cel 55; *Sacrum commercium* 18.20.23.62.64, etc; aquí, en cambio, figura como esposa del padre. ¿Se referirá al Padre celestial o, más bien, al padre Francisco? Esta última interpretación quedaría abonada por las últimas palabras de este mismo número.
- 60) Cf. 2 Cel 80 nota.
- 61) Se encuentran diferentes redacciones de este mismo episodio y diferentes interpretaciones de la visión en la corriente biográfica, de inspiración llamada leoniana (cf. *Actus* c. 25). Wadding ha recogido y comentado uno de estos textos (*Annales* I a. 1220 XXI p. 378-79).
- 62) Esta misma anécdota se presenta de manera diversa en 1 Cel 76.
- 63) A no ser que Tiburtino sea el nombre de pila del amigo de los hermanos.
- 64) Diócesis situada cerca del lago Fucino; cf. también 2 Cel 42.
- 65) *Le Celle*, eremitorio situado a pocos kilómetros de la villa de Cortona.
- 66) Probablemente, Collestrada, cerca del famoso Ponte San Giovanni, donde el ejército de Asís fue vencido en 1202 y Francisco hecho prisionero.
- 67) Muchas abadías imponían a sus religiosos el juramento de no vender, en provecho de los pobres, los libros de la comunidad. Los concilios de París y de Rouen (1213-14) lo prohibieron, porque «vender para dar es una de las obras de misericordia» (Mansi, XXII, p. 832 y 900).
- 68) Según LP 89, éste se preocupaba de que fuera atendida.
- 69) Sucedió en abril de 1226; cf. 1 Cel 105.
- 70) ¿Tomás de Celano o los informadores de que se sirvió?
- 71) Este detalle está ya anotado en 1 Cel 96.
- 72) El texto original, *In arcto navis plurimis insertis*; es difícil la comprensión de la frase. Los editores de Quaracchi sugieren que puede tratarse de lenguaje figurado. En *Saint François. Documents*, la traducción francesa toma *navis* como dativo de *navus* o *gnavus*: diligente, activo. Para Fagot, se trata de una nave de la Iglesia. Casolini propone una corrección: *quamvis* por *navis*. El autor de la traducción presente mantiene la palabra *nave*, conservando toda la oscuridad que encierra el texto original.

- 73) 2 Cor 6,1. Cf. 1 Cel 7; 2 Cel 7.
- 74) Cf. 1 Cel 63; muchas veces, la gente se abalanzaba sobre él y le cortaba tantos pedazos de su túnica, que lo dejaban casi desnudo. Cf. también 2 Cel 94 nota.
- 75) Una vez más volvemos a encontrar un lugar de los hermanos menores identificado con una «leprosería»; cf. 1 Cel 17 y 1 R 9,2; 8,10, que prevé esta estancia entre los leprosos y la mendicidad en favor de ellos.- Entre Borgo y la abadía de San Justino se encuentra una iglesia pequeña dedicada a San Ladre o Lázaro; esta iglesia ocupa, probablemente, el lugar de la antigua leprosería (cf. V. Cavanna, p. 271).
- 76) Donó a los hermanos menores el convento de Farneto, al sur de San Justino; es un convento muy rico en recuerdos franciscanos; cf. Cavanna, pp. 131-36.
- 77) «En San Francisco, las citas bíblicas no acuden por las palabras, sino por los sentimientos, por la experiencia religiosa. Cuando lee su biblia, no lee sólo las palabras, contempla la tradición de Israel o la tradición cristiana y las asimila. No piensa en amueblar su memoria, sino en encontrar una luz y una fuerza; intenta asimilar la vida eterna de la Iglesia» (Sabatier, *Allocution prononcée en la cathédral de Canterbury à l'occasion du septième centenaire de l'arrivée des Frères Mineurs en cette ville*: RHF 2 p. 118).
- 78) Tomado textualmente de la *Vida de San Antonio Abad*, de San Atanasio (PG 73 p. 128).
- 79) Su nombre era Guillermo Divini; nació en Lisciano, cerca de Ascoli. Su conversión queda narrada en este mismo número. Fue poeta cortesano que mereció ser coronado por el emperador. Enviado en 1217 a Francia, en lugar de San Francisco, para establecer allí la Orden, fue el primer ministro provincial de la nación francesa. Vuelto a Italia en 1223, fue compañero de San Francisco en los últimos años de vida de éste. De 1226 a 1228 fue visitador de las clarisas. Retornó a Francia, donde murió el 1236. Entre las muchas casas que fundó está la de Vézelay, que fue donde murió.
- 80) En el de las clarisas de Colpersito, cerca de San Severino. Cf. 1 Cel 78.
- 81) Según el método escolástico enseñado a la sazón en las universidades.
- 82) 1 Cel 24 lo cataloga como segundo.
- 83) Es decir, el buen ejemplo dado por el hermano Bernardo. Cf. 2 Cor 2,15.
- 84) Murió en 1246, poco antes de que se escribiera esta *Vida*. Cf. 3 Cel 3.
- 85) 1 Cel 56-61; 2 Cel 167-171.
- 86) Cristo: cf. Jn 1,29.36; 1 Cel 77-79.
- 87) Ángel Clareno, dependiente de los escritos de los hermanos León y Conrado de Offida, dice que San Francisco se refería a su madre y a Santa Clara. Pero el mismo Oligier indica que el texto de 2 Cel 112, comparado con el de 3 Cel 37-39 y EP 186, induce a concluir que se trata no de la señora Pica, sino de Jacoba de Settesoli.
- 88) Esta «virgen consagrada a Dios» es, probablemente, la misma a quien San Francisco devolvió la vista: 3 Cel 124.
- 89) Vorreux opina que se trata del período que media entre la redacción de la Regla bulada y la del Testamento: 1223-26 (*Saint François. Documents* p. 443 n. 1).

- 90) LP 63 y EP 99 anotan aquí un detalle característico: cuando la tristeza era más fuerte e impedía a Francisco presentarse entre los hermanos con su habitual rostro alegre, evitaba aparecer entre ellos. Cf. también 2 Cel 128 y 1 R 7,16.
- 91) Mt 17,19. El evangelio había anunciado a Francisco las penas que habría de sobrellevar (1 Cel 92-93); un verso del evangelio señala también la desaparición definitiva de ellas.
- 92) Sobre el hermano asno véase 2 Cel 129 y 211.
- 93) León Brancalone, que intervendrá en los grandes negocios del papado al lado de Hugolino.
- 94) Acerca de los «palaciegos», o los hermanos que moraban en los palacios, cf. Salimbene, *Crónica* p. 184-210. El hermano Hugo de Digne dijo al rey San Luis (que le insistía en que siguiera a su corte): «El religioso fuera del claustro es como el pez fuera del agua».
- 95) Este compañero, cuyo nombre no menciona ni 2 Cel ni LM 6,6, es el hermano Pacífico, según testimonio de LP 65 y EP 59. Ubertino de Casale dice que es el hermano Maseo (*Arbor vitae* v. 4). Sobre la adjudicación de esta visión al hermano Leonardo de Asís, cf. AFH 20 (1927) p. 107. La iglesia es la de Bovara; todavía se conserva el crucifijo, del siglo XII, ante el cual oró San Francisco.
- 96) En las proximidades de la iglesia de San Pedro de Bovara, a unos tres kilómetros, había dos leproserías: la de Santo Tomás y la de San Lázaro. En una de ellas se alojarían San Francisco y el hermano Pacífico.
- 97) Adm 10; SalVir 14-18; 2CtaF 37-38.
- 98) Entre junio de 1225 y enero de 1226.
- 99) Este hermano músico era, sin duda, Pacífico.
- 100) *Versum honestum*: el adjetivo hay que tomarlo aquí en su acepción técnica; un canto es *honestus* cuando es fluido, de forma elegante.
- 101) Cf. 1 Cel 16 nota 26.
- 102) La Regla prescribe el ayuno desde Todos los Santos hasta Navidad. Es la cuaresma llamada de San Martín (LP 81) o de Adviento.
- 103) Cf. Adm 10 y 12; 1 R 17,22; etc.
- 104) Más tarde, Francisco lleva mitones (LM 13,8).
- 105) Sobre esta denominación cf. la *Regla para los eremitorios*.
- 106) Casi ciego, Francisco no puede darse cuenta de la treta.
- 107) San Francisco recuerda, acaso, el episodio reciente de la cítara en Rieti.
- 108) Era el hermano Rufino (1 Cel 95); el otro, del que se tratará en seguida, es Elías; el texto de Celano distingue bien entre Elías, que vio la herida, y Rufino, que la tocó.
- 109) Mt 2,29; cf. 1 Cor 3,10; Heb 6,1.

- 110) Rainerio, nombrado obispo de aquella diócesis por Honorio III en 1218. Ponemos de relieve, de pasada, este detalle: a diferencia de los herejes de su tiempo, Francisco predicaba delante de los obispos, nunca contra ellos, y muchas veces con su permiso. Cf 2 Cel 147 y 2 R 9.
- 111) Francisco, casi ciego y muy débil, estaba siempre escoltado por uno o varios hermanos, que le servían como guías y enfermeros. Cf. 1 Cel 102 nota 17.
- 112) «Yo no quiero ser de mejor condición», añade EP 40.
- 113) Cf. Adm 20; Florecillas 8.
- 114) El encuentro tuvo lugar al comienzo de 1221, algunos meses antes de la muerte de Santo Domingo en Bolonia el 6 de agosto de aquel año.
- 115) Ex 25,17: el *propiciatorio* era una placa de oro macizo colocada encima del arca; en sus dos extremos había dos querubines mirándose frente a frente.
- 116) Sal 127,6.- Precisamente cuando Celano escribe estas líneas, 1246, el maestro general de los Predicadores, Juan el Teutónico, acaba de expedir una encíclica exhortando a sus súbditos a la bienquerencia y comprensión respecto a los hermanos menores. En 1255, Juan de Parma, ministro general de los franciscanos, y Humberto de Romanis, maestro general de los dominicos, escribieron una circular común invitando paternal y severamente a la paz y a la unión a los miembros de ambas Órdenes.
- 117) Todo este párrafo juega continuamente sobre el doble sentido de la palabra *obediencia*: orden impuesta o acción de obedecer. San Francisco quiere decir aquí que el ir a misiones, aunque lo haya pedido el religioso mismo, no pertenece al rango de permisos o licencias, pues esta petición no la formula la carne, sino el espíritu. Cf. 1 R 16 y 2 R 12.
- 118) Francisco tiene la misma actitud respecto a las peticiones «en nombre de Dios». «Le desagradaba sobremanera, y se lo corregía muchas veces a los hermanos, que se empleara inútilmente por cualquier bagatela la expresión "por amor de Dios". Y decía: "Es tan sublime el amor de Dios, que no debería pronunciarse sino raras veces, con verdadera necesidad y con suma reverencia"» (EP 34).
- 119) Lc 18,4. Este texto lo cita San Benito en su *Regla* 5.
- 120) En la provincia de Gaeta, al sur de Roma.
- 121) Aquí, como más adelante en el n. 216, se alude, sin duda, al hermano Elías, que, cuando escribía Celano, estaba todavía excomulgado. Pero los defensores del ex general de la Orden consideran interpolados estos dos pasajes. Cf. 1 Cel 108.
- 122) EP 82 ofrece algunos otros artículos de esta legislación penal.
- 123) Con todo, se encuentra en San Buenaventura el curioso detalle que sigue: «No hizo mucho caso del trabajo manual, si no por evitar la ociosidad; aunque ha sido el más perfecto observador de la Regla, no creo que ganase nunca, por el trabajo de sus manos, doce monedas o su equivalente en especie. Más bien advertía a los hermanos que tenían que orar, y no quería que, por ganar lo que es perecedero, se apague la oración» (*Epistola de tribus quaestionibus*: Opera omnia 8 [1898] p. 334).
- 124) Literalmente: la vida del Cuerpo. Cf. Ef 1,23.

- 125) Cf. CtaAnt. «Los documentos de la Edad Media dan, a veces, a los monjes misioneros el nombre de obispos, que es como decir "predicadores autorizados". Así, se encuentran honrados con el título de *episcopoi* simples sacerdotes. San Francisco saludará a San Antonio llamándolo su obispo, en el sentido de predicador de la Orden de los Menores» (Schuster, *Vie de saint Benoît*, 12 p. 153).
- 126) En San Agustín se encuentra el mismo camino ascensional (*Confesiones* I 4; II 6,12; III, 6,10).
- 127) Cf. Job 23,11; Ct 5,17.
- 128) «Esta roca era Cristo» (1 Cor 10,4).
- 129) De hecho, es el hermano Elías quien le obliga (1 Cel 98).
- 130) Negándose, por ejemplo, a apagar las lámparas (2 Cel 165) o los incendios (LP 86; EP 117).
- 131) En el monte Alverna, según San Buenaventura (LM 8,10).
- 132) 1 Cor 13,1-3; Adm 5,5.
- 133) Símbolo externo de su autoridad.
- 134) Ap 10,5; Ex 17,11-13; Lm 7,2.
- 135) Decía, con más frecuencia aún, que un superior debe ser una madre. Cf. CtaL; 1 R 9,11; 2 R 6,8; REr.
- 136) El mismo San Francisco había previsto, sin fijar el ritmo preciso para el intercambio de funciones: «Los hijos toman el oficio de madres como les pareciere establecer los turnos para alternarse» (REr 10).
- 137) Ct 2,7. Las imágenes que siguen están tomadas también del Ct 2,9; 8,13.
- 138) *Flores solitarios*: que también entonces eran flores extrañas; acaso quiera también sugerir Celano que fueron flores cultivadas en la soledad.
- 139) Este Juan de Florencia es, sin duda, el mismo Juan de Lodi; según EP 85, el verdadero hermano menor deberá tener, entre otras cualidades, «la fortaleza corporal y espiritual del hermano Juan de Lodi, que en su tiempo fue el más fuerte de todos los hombres».
- 140) De los antiguos fundadores de Órdenes (cf. LP 18).
- 141) Es una cita de 2 Mac 4,15, en que se reprocha a los judíos por no apreciar los valores tradicionales y estimar, en cambio, los ajenos. Quiere decir Celano que la simplicidad anhela sólo los honores que engendra la vida y el obrar, y no los que nacen de la mera ciencia. Estos vendrían a ser, para un hermano menor, lo que las *glorias griegas* para un judío.
- 142) LP 61 describe la comida de despedida, al fin de la cual Francisco pronuncia esta alocución: «Este hijo vuestro quiere servir a Dios; no debéis entristeceros por esta determinación, sino alegraros. Es un honor para vosotros, no sólo a los ojos de Dios, sino también a los de los hombres... Dios será honrado por uno de vuestra sangre y todos nuestros hermanos serán hijos y hermanos vuestros...»
- 143) Como la que llevaban los doctores, los obispos, los prelados.

- 144) El 29 de noviembre de 1223.
- 145) La breve oración, familiar a San Francisco, *Absorbeat* desarrolla el mismo tema.
- 146) *Veneris dies*: tal es, en efecto la etimología pagana de nuestro *viernes*.
- 147) Celano emplea aquí expresiones similares a las de la CtaO 27.
- 148) Generalmente, se cree que el Santo conoció la devoción a la eucaristía en Francia por medio de Jacobo de Vitry, con quien se encontraría en Perusa con ocasión de los funerales de Inocencio III (Eccleston, o.c., 15 p. 119) y de la consagración episcopal del mismo Jacobo.
- 149) Que, como San Francisco, era diácono.
- 150) LM 13,4; 1 Cel 90. Tomás de Eccleston dice que, cuando la aparición del serafín, «le fueron reveladas muchas cosas que no fueron comunicadas nunca a hombre alguno». Luego añade que al hermano Rufino le manifestó que se le habían hecho las revelaciones señaladas en EP 79 (Eccleston, o.c., 13 p. 93-94).
- 151) «Y el bienaventurado Padre, viendo que ninguna pobreza, ni trabajo, ni tribulación, ni ignominia, ni desprecio del mundo temíamos..., nos escribió la forma de vida en estos términos: "Ya que..."» (*Regla de Santa Clara*, cap. 6).
- 152) Cf. 2 Cel 13. Según el P. Oliger (AFH 5 [1912] p. 435), Santa Clara ha recibido de Celano los términos del capítulo 6 de la Regla.
- 153) Se trataría del hermano Felipe.
- 154) El hermano Elías.
- 155) Esta bendición cierra el testamento de San Francisco y sigue inmediatamente a una exhortación a observar la Regla «pura y simplemente».
- 156) Se llamaba Electo y murió, probablemente, en vida de San Francisco.
- 157) Sucedió en San Damián, durante el invierno de 1224; Francisco está más de cincuenta días sin ver la luz, que le molestaba en los ojos; ratones y musgaños le invadían la pequeña celda de ramaje, impidiéndole dormir y orar. Cf. EP 100 y 119; LP 83; Flor 19.
- 158) Cf. *Selecciones de Franciscanismo* n. 13-14, 1976, número monográfico acerca del Cántico.
- 159) Los vestidos simbolizan las diversas ataduras del alma al mundo. Esta misma idea se encuentra en 1 Cel 15.
- 160) Este último pasaje ha dado lugar a numerosas discusiones. Parece apreciarse en él una acusación al hermano Elías por haberse servido de la bendición de San Francisco (cf. 1 Cel 108) para un ejercicio arbitrario de autoridad. Los defensores del vicario del Santo creen que el pasaje está interpolado.
- 161) Al Monte Gargano, en la Pulla.
- 162) En San Jorge, que actualmente está dentro de la ciudad.
- 163) El ms. M llega hasta aquí; el último folio del cuaderno ha sido arrancado.